
LOS CINCO
JUNTO AL MAR
Enid Blyton

Los Cinco van a la granja Tremannon de vacaciones. Quieren disfrutar del mar, pedalear en sus bicicletas y probar los deliciosos guisos de la señora Pennthlan. Ana se siente feliz porque esta vez todos están de acuerdo en pasar unas vacaciones tranquilas. Pero una noche de tormenta Julián y Dick divisan una luz en la torre en ruinas de la costa. Cuenta la leyenda que hubo un tiempo en que los naufragadores atraían de este modo a los barcos para hacerlos encallar y asaltarlos. ¿Tiene esta misteriosa luz algo que ver con aquellas viejas historias? Los Cinco se aventuran a investigarlo.



Enid Blyton

Los Cinco junto al mar

Los Cinco - 12

ePub r1.1
liete 27.05.14

Título original: *Five go down the sea*
Enid Blyton, 1953
Traducción: Isabel Ulsamer
Ilustraciones: Enrique Ventura

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO JUNTO AL MAR

Capítulo I

EMPIEZAN LAS VACACIONES

—¡Diantre! —exclamó Dick—. ¡Un pinchazo! El neumático de atrás se deshincha. ¡Qué inoportunidad!

Julián se volvió y echó una mirada a la rueda trasera de la bicicleta de Dick. Luego consultó su reloj.

—Tienes el tiempo justo para hincharla —le advirtió—. Dentro de siete minutos sale el tren.

Dick bajó de la bicicleta y echó mano de la bomba. Sus compañeros se apearon también para presenciar la operación. Querían ver si el neumático se hinchaba a pesar del pinchazo.

Se dirigían a la estación de Kirrin para tomar el tren, llevándose las bicicletas. Habían enviado con antelación el equipaje y habían salido con tiempo suficiente para ir a la estación, facturar las bicicletas, cargarlas en el vagón de equipajes y subir al tren sin prisas.

—¡A ver si perdemos el tren! —exclamó *Jorge*, frunciendo el ceño. Siempre que las cosas salían mal se enojaba.

—No lo perderemos —aseguró Julián, haciendo una mueca ante la cara descompuesta de *Jorge*—. ¿Verdad que no lo perderemos, *Tim*?

Tim lanzó un ladrido que evidentemente quería decir que estaba de acuerdo. Lamió la mano de *Jorge*, y ella (pues, en realidad, era una niña y su nombre Jorgina) lo acarició. Cuando vio que el neumático de Dick se hinchaba, sus facciones se suavizaron. ¡Llegarían a tiempo! Dick colocó de nuevo el tapón de la válvula, comprobó si el neumático estaba bien hinchado y volvió a colocar la bomba en su sitio.

—¡Ha sido un trabajo muy duro! —exclamó mientras montaba en su bicicleta—. Creo que aguantará hasta que lleguemos a la estación. Temía que os fuerais sin mí.

—¡Eso no! —dijo Ana—. Habríamos salido en el tren siguiente. ¡Vamos, *Tim*!

Los cuatro primos y *Tim* reanudaron a toda prisa el camino de la estación. Ya pedaleaban por el andén, cuando sonó la señal que indicaba que el tren estaba a punto de salir.

El mozo se acercó a ellos con una sonrisa en su cara roja, grande y redonda.

—Ya he facturado vuestro equipaje —explicó—. Total, sólo lleváis un pequeño baúl.

—No necesitamos más para las vacaciones. ¿Puede facturar nuestras «bicis»? ¡Dése prisa, por favor! El tren está a punto de salir.

El mozo empezó a rotular las cuatro bicicletas. Procedía con calma. No permitiría que saliera el tren antes de terminar su trabajo. ¡De ningún modo! Una vez facturadas las bicicletas, dijo a los muchachos:

—Ya veo que vais a Cornwall, tal vez a Tremannon. ¡Mucho cuidado si os bañáis! Es una costa peligrosa. El mar ruge como una fiera hambrienta.

—Por lo visto, usted no ha estado nunca allí —dijo Ana—. Es un lugar delicioso.

—¿Delicioso? —exclamó el mozo, levantando la voz, porque la locomotora empezaba a hacer ruido—. Yo iba por allí de vez en cuando en el bote de pesca de mi tío, y no creo que se pueda llamar delicioso a un lugar como aquél, tan solitario e inhóspito. No es el más apropiado para unas vacaciones. Ni hay escollera, ni venden helados. No se dan conciertos, no hay un solo cine…

—No importa —dijo Julián—. Podemos pasar sin todo eso. Nos bastará con bañarnos, alquilar un bote para pasear, pescar e ir en bicicleta por los alrededores. ¡Éstas son las vacaciones que a nosotros nos gustan!

—¡Guau! —aprobó *Tim*, moviendo la cola.

—Ya sé que a ti también te gustan —dijo *Jorge* acariciándole la cabeza—. ¡Vamos! ¡Subamos ya!

—Voy a llevar vuestras «bicis» al vagón de equipajes —dijo el

mozo—. ¡Que paséis unas buenas vacaciones! ¡Y si veis a mi tío, decidle que me conocéis! ¡Se llama como yo: Juan Dostres!

—¡Bien, Juan! —gritó Julián, mientras subía al vagón—. ¡Gracias por todo! ¡Buscaremos a su tío si nos es posible!

Los cuatro se sentaron junto a las ventanillas, y *Tim* se acercó a la portezuela, levantó las patas delanteras y se asomó por el hueco del cristal. Evidentemente, le gustaba que el viento de la velocidad le acariciara la nariz.

—*Tim*, se te va a meter la carbonilla en los ojos —le advirtió *Jorge*—. Ya te pasó la última vez, y casi te destrozas un ojo rascándote con la pata.

Tim no le hizo caso. ¡Qué le importaba la carbonilla! Se sentía feliz. Estaba de vacaciones una vez más y acompañado de aquellos chicos a los que tanto quería. Habría conejos para cazar. *Tim* no había conseguido jamás dar caza a un conejo, pero no perdía la esperanza.

—¡Estamos de nuevo en marcha! —exclamó Julián, recostándose en su rincón—. ¡Me encantan los preparativos de las vacaciones: consultar mapas, trazar itinerarios para llegar al sitio elegido y, por fin, ponerse en marcha!

—¡Y más en un día tan magnífico como el de hoy! —añadió Ana —. Oye, *Jorge*: ¿cómo se supo lo de la granja Tremannon?

—Todo se debe a mi padre —explicó *Jorge*—. Como sabéis, papá tiene muchos amigos entre los hombres de ciencia y éstos desean ir a lugares solitarios para trabajar con tranquilidad. Uno de estos científicos fue a la granja Tremannon porque le habían dicho que era uno de los lugares más solitarios del país. Papá dijo que su amigo estaba en los huesos cuando fue a la granja y que volvió tan gordo como un pavo de Navidad. Y entonces mamá opinó que éste era el lugar apropiado para que pasáramos nosotros las vacaciones.

—Es verdad —dijo Dick—, pues también yo estoy en los huesos, tras los meses de esclavitud en el colegio. ¡Tengo que cebarme!

Todos se echaron a reír. Julián aclaró:

—Tú eres muy dueño de creer que estás en los huesos, pero la verdad es que no lo parece. Por el contrario, necesitas ejercicio para rebajar la grasa. Afortunadamente, ejercicio no nos faltará. Andaremos, pedalearemos, nadaremos y treparemos…

—Y comeremos —añadió *Jorge*—. Oye, *Tim*: tendrás que ser cortés con los perros de la granja. De lo contrario, lo pasarás muy mal.

—Y no olvides —intervino Dick— que cuando salgas a pasear tienes que pedir permiso a los otros perros si quieres dedicarte a cazar sus conejos.

Tim azotó con su cola las rodillas de Dick y abrió la boca. La lengua le colgaba. Parecía exactamente que se estuviera riendo.

—Gracias por reírte cuando digo un chiste, *Tim*. Y te aseguro que me encanta que vengas con nosotros.

—En todos los viajes de vacaciones nos ha acompañado —dijo *Jorge*—. Y no ha faltado en ninguna de nuestras aventuras.

—¡Nuestro buen camarada *Tim*! —exclamó Julián—. A lo mejor, está a punto de participar en una nueva aventura. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Esta vez no quiero aventuras —anunció Ana con firmeza—. Me conformo con unas buenas vacaciones. Mi deseo es que tengamos un tiempo alegre y soleado y que no vayamos en busca de nada extraño, misterioso, extraordinario…

—De acuerdo —convino Julián—. Esta vez no habrá aventuras. Quedan totalmente descartadas. Y si se nos presenta algún asunto que esté fuera de lo corriente, huiremos de él. ¿Conformes?

—Sí —dijo Ana.

—Bien —exclamó *Jorge*, no muy convencida.

—De acuerdo —aceptó Dick.

Julián comentó:

—Hay que reconocer que formáis un conjunto fuerte y unido. Por eso, aun en contra de mi voluntad, me pongo a vuestro lado. Incluso si nos vemos de improviso en medio de una aventura, diremos: «No, gracias», y nos apartaremos. Quedamos así, ¿no?

—Bueno —empezó a decir *Jorge*—, yo no estoy segura de que…

Pero nadie pudo saber de qué no estaba segura, pues *Tim* eligió ese momento para que se le introdujera un granito de carbonilla en un ojo. Gruñó, se sentó en el suelo y empezó a rascarse el ojo con una pata.

—¿Lo estás viendo? —exclamó *Jorge*—. Ya te lo advertí. Ven; voy a sacarte la carbonilla con la punta del pañuelo. Siéntate.

Julián, sujétalo, ¿quieres?

El granito de carbonilla fue extraído, y *Tim* volvió inmediatamente a su puesto en la ventanilla, sacando la cabeza y manteniéndola erguida, como de costumbre.

—Tendremos que sujetarlo y cerrar todas las ventanas —dijo *Jorge*.

—No —protestó enérgicamente Julián—; no estoy dispuesto a asarme lentamente en este vagón supercaldeado, sólo porque *Tim* sea un testarudo. Si no logras que te obedezca, allá él: que se le meta otra carbonilla en el otro ojo.

Pero el problema se resolvió en un instante. El tren lanzó un agudo silbido y desapareció en la oscuridad. *Tim*, sorprendido y aterrado, dejó la ventanilla y trató de subirse al regazo de *Jorge*.

—¡No seas tonto, *Tim*! —exclamó la niña—. ¡Es sólo un túnel! Julián, dale un tirón. Hace demasiado calor para llevar encima a un perro tan pesado como *Tim*. ¡Quieto, *Tim*! Ya te he dicho que es sólo un túnel.

El viaje les pareció interminable. En el vagón hacía un calor insufrible y el tren paraba en infinidad de estaciones y apeaderos. Algunas paradas eran de diez minutos. Tuvieron que hacer transbordo dos veces, lo que significaba esperar en estaciones batidas por el sol a que llegase el tren que debían tomar. *Tim* jadeaba con la lengua fuera. *Jorge* pidió agua a los mozos en las dos estaciones de transbordo.

Llevaban comida, pero no tenían apetito. Cada vez estaban más sucios y tenían más sed, pues se habían bebido toda la naranjada que les habían preparado para el camino.

—¡Uf! —exclamó Julián, abanicándose con una revista—. ¡Lo que daría yo por un baño!… ¡*Tim*, no resoples sobre mí! ¡Ya tengo bastante calor!

—¿A qué hora llegaremos? —preguntó Ana.

—Tenemos que apearnos en Polwilley Halt —respondió Julián —. Es el lugar más cercano a la granja Tremannon, adonde iremos en «bici». Si tenemos suerte, estaremos en la granja a la hora de la merienda.

—Debimos comprar muchas más bebidas —gimió Dick—. Tengo la sensación de haber estado perdido en el desierto, abrasado por el

sol, durante varias semanas.

Todos se alegraron al llegar a Polwilley Halt. Al principio creyeron que no se hallaban en una estación, pero se equivocaron. Sólo había un pequeño andén de madera junto a los raíles. El tren se detuvo y exhaló un profundo suspiro como si estuviera rendido de fatiga. Los niños no se levantaron. No habían visto ni el pequeño andén de madera ni el minúsculo rótulo que decía: *Polwilley Halt.*

Se oyeron unos pasos rápidos por el andén. La cara sudorosa del revisor apareció en la ventanilla.

—¿No teníais que bajar aquí? ¡Pues daos prisa!

—Pero ¿esto es Polwilley? —preguntó Julián, levantándose de un salto—. Perdone; no sabíamos que esto fuera un apeadero. En seguida bajamos.

El tren volvió a ponerse en marcha apenas cerraron la portezuela. Se quedaron en el pintoresco y reducido andén completamente solos con sus bicicletas, que se veían no lejos de ellos, apoyadas en la pared. El apeadero era una construcción solitaria en medio de florecientes campos y colinas de cima redondeada. No había ni un solo edificio en todo lo que alcanzaba la vista.

Pero no muy lejos, hacia el oeste, la aguda mirada de *Jorge* descubrió algo magnífico. Asió el brazo de Julián.

—¡Mira, el mar! ¡Allí, entre las colinas! ¿No lo ves? Estoy segura de que es el mar. ¡Qué azul tan brillante tiene!

—Siempre es de un azul brillante en la costa de Cornish —dijo Dick—. ¡Ah! Me siento mejor cuando veo estas cosas. Vamos por las bicicletas y busquemos el camino de la granja Tremannon. Si no bebo pronto algo, acabaré con la lengua colgando, como *Tim*.

Fueron a recoger las bicicletas. Dick tocó su neumático trasero. Había perdido algo, pero no mucho. Le sería fácil volver a hincharlo.

—¿Está muy lejos la granja Tremannon? —preguntó.

Julián consultó su cuaderno.

—«Bajad en Polwilley Halt. Desde aquí habéis de recorrer seis kilómetros y medio por caminos estrechos para llegar a la granja. El pueblo de Tremannon está kilómetro y medio antes…». No está mal. Podremos tomar una limonada o un helado en el pueblo.

—¡Guau, guau! —asintió *Tim*, que conocía perfectamente la palabra «helado».

—¡Pobre *Tim*! —exclamó Ana—. Va a pasar mucho calor corriendo detrás de las bicicletas… Vayamos despacio.

—Nunca había pensado lanzarme a una loca carrera —advirtió Dick—. Iré tan despacio como quieras, Ana.

Partieron, con *Tim* detrás, por un estrecho camino encajonado entre altos setos. Iban despacio para no fatigar al perro, que corría, jadeante pero con resolución. ¡Qué leal era aquel *Tim*! Nunca dejaba de acompañar a los cuatro niños, por muy lejos que fueran.

Eran las cinco, y la tarde, magnífica. No se encontraron con nadie, ni siquiera con un granjero en su lento carro. Hacía demasiado calor, incluso para los pájaros, que no cantaban. El aire estaba en calma. Todo era silencio y soledad en torno de los viajeros.

Julián se volvió y dijo a sus tres compañeros:

—¡Aventura a la vista! Lo siento, pero vamos hacia una aventura. Bueno, ¡qué importa! Le volveremos la espalda y diremos: ¡Vete! ¡Es lo pactado!

Capítulo II

LA GRANJA TREMANNON

El viaje desde el apeadero hasta la granja Tremannon fue verdaderamente magnífico. Las amapolas se mecían a centenares en los bordes del camino, y las madreselvas de los setos los envolvían con su perfume cuando pasaban. El trigo se erguía en los campos, sobre espigas ya doradas, y alternaba con el escarlata de las amapolas.

Al fin llegaron a Tremannon. En realidad, el pueblo era sólo una sinuosa calle formada por unas cuantas tiendas y casas de vecinos, y otras casas dispersas a lo lejos. Más lejos aún, en las colinas, había algunas granjas, cuyas paredes de piedra gris brillaban al sol.

Los cuatro niños entraron en una de esas grandes tiendas de pueblo donde se vende de todo.

—¿Tienen helados? —preguntó Julián, esperanzado.

No tuvo suerte, pues no había, pero sí naranjada y limonada, que estaban en el sótano de la tienda y, por lo tanto, frías.

—Vosotros debéis de ser los huéspedes que espera la señora Pennethlan —dijo la tendera—. Sois extranjeros, ¿verdad?

—No del todo —repuso Julián, recordando que para la mayoría de los habitantes de Cornish, cualquiera era extranjero si no residía en Cornwall—. Mi madre tenía una tía que pasó en Cornwall toda su vida. Así que no somos completamente extranjeros, ¿no le parece?

—Sí que lo sois —dijo la menuda y encorvada tendera mirando a Julián con sus ojos de pájaro—. Vuestro lenguaje es extraño, como el de aquel hombre que tuvo hace algún tiempo en su casa la señora Pennethlan. Nos preguntábamos si estaría loco…, aunque

era amable y sencillo.

—¡Ah! ¿Sí? —inquirió Julián, sirviéndose la tercera limonada—. Tenga en cuenta que era un científico, y para ser un buen científico hay que estar un poco loco. Por lo menos, así me lo han dicho. Esta limonada es excelente. Otra botella, por favor.

La viejecita se echó a reír de pronto y su risa sonó como el cacareo de una gallina.

—Oíd: Marty Pennethlan os ha preparado una comida estupenda, pero me parece que no podréis dar ni un bocado con el torrente de limonada que corre por vuestras tripas.

—No me diga que la oye correr —exclamó Julián, poniéndose serio—. En ese caso podría usted decir que tenemos una educación tan mala como la que suelen tener los extranjeros. Bien, ¿cuánto le debemos? Su limonada es superior.

Pagó y los cuatro montaron en sus bicicletas una vez más, después de recibir detalladas explicaciones sobre el camino que debían seguir para llegar a la granja. *Tim* salió tras ellos. Ya no tenía tanto calor, pues había estado bebiendo durante cuatro minutos sin parar.

—Creo que has bebido tanta agua como puede caber en un abrevadero de caballos, *Tim* —le dijo Julián. Luego hizo este comentario—: Si el tiempo se mantiene así, vamos a parecer pieles rojas.

Tuvieran que ir cuesta arriba hasta la granja Tremannon, pero al fin llegaron. Tan pronto como cruzaron el abierto portillo los saludó un concierto de ladridos, y cuatro perros enormes salieron a su encuentro a toda velocidad. *Tim* alzó al punto sus orejas y lanzó un gruñido que era una advertencia. Se había afirmado sobre sus patas y miraba fijamente a los cuatro perros.

Detrás de los perros salió una mujer. Una amplia sonrisa animaba su rostro.

—¡*Ben, Bouncar, Nellie, Willy*! ¡Un poco de calma! No temáis, muchachos; es su modo de decir: «Bienvenidos a la granja Tremannon».

Los perros rodeaban a los niños, con la lengua fuera y moviendo enérgicamente los rabos. Los cuatro (tres *collies* y un *scottie* negro) eran hermosos. *Tim* los miró, uno por uno. *Jorge* lo sujetaba por el

collar, temiendo que se sintiera batallador y creyera poder acabar con los cuatro en un periquete.

Pero no los atacó. Se comportó como un perfecto caballero. Movió la cola cortésmente y bajó las orejas. El pequeño *scottie* se acercó a él y le olfateó la nariz. *Tim* le devolvió el olfateo y empezó a mover vivamente el rabo.

Entonces, los tres perros pastores, los tres hermosos *collies* de cola lanosa, se acercaron también, y los cuatro niños respiraron, satisfechos, al ver que los perros de la granja no consideraban a *Tim* como un extranjero.

—Todo irá bien entre ellos —afirmó la señora Pennethlan—. Se han presentado mutuamente. Ahora venid conmigo. Vais sucios y debéis de estar cansados, hambrientos y sedientos. Os he preparado una merienda que os vais a chupar los dedos.

No hablaba con el acento de Cornish. Su afectuoso recibimiento era sincero. Los llevó al piso de arriba, donde había un lavabo rústico pero grande. Sólo tenía un grifo, y de agua fría. Además, salía muy poco a poco.

Pero estaba fría y era sumamente agradable lavarse con ella. Los fatigados niños se lavaron y peinaron.

Tenían destinados dos aposentos, uno para las chicas y otro para los chicos. Ambos eran pequeños, y sus ventanas no pasaban de ser ventanillos. Tan poca luz entraba por ellas, que las habitaciones parecían oscuras incluso aquella tarde de sol resplandeciente.

Los dos dormitorios estaban sencillamente amueblados, con dos camas cada uno, un armario, dos taburetes, una cómoda y una silla. Pero ¡qué paisaje tan hermoso se divisaba desde sus ventanillos!

Kilómetros y kilómetros de campiña, salpicada de campos de cereales, terrenos de pastos, altos setos y blancos y sinuosos senderos. Los brezos cubrían algunas colinas, que resplandecían al sol con tonos purpúreos, y, a lo lejos, relampagueaba el azul oscuro del mar de Cornish.

—Iremos al mar en bicicleta tan pronto como podamos —decidió Dick, mientras trataba de aplastar unos cuantos pelos que se erguían en su coronilla—. En la costa hay cavernas. Las exploraremos. Si la señora Pennethlan pudiese prepararnos comidas para nuestras excursiones, podríamos salir para todo el día siempre

que nos parezca bien.

—Seguro que nos las preparará —dijo Julián—. Esa mujer es una santa. Nunca me han recibido tan bien como aquí. ¿Todos listos? Bajemos, pues. Siento un horrible vacío en el estómago.

La merienda que les esperaba era realmente magnífica. Los chicos vieron un descomunal jamón tan sonrosado como la lengua de *Tim* y una ensalada digna de un rey. Mejor dicho, como apuntó Dick, digna de varios reyes, por lo abundante que era. Tenía todo lo que el más exigente pudiera desear.

—¡Lechuga, tomates, cebollas, rábanos, mostaza, zanahorias ralladas!… Son zanahorias, ¿verdad, señora Pennethlan? —exclamó Dick—. ¡Y huevo hilado!

Había también una gran fuente de patatas rociadas con mantequilla batida y cubiertas de perejil picado. Y un gran tarro de crema salada de fabricación casera.

—¡Mirad la crema de queso! —exclamó Dick, subyugado—. ¡Y el pastel de fruta! Esto son pastas secas, ¿no? Supongo que podemos probarlo todo, ¿verdad, señora Pennethlan?

—¡Claro! —dijo la rolliza señora, sonriendo, para satisfacción de Dick—. Y aquí tenéis un pastel de cerezas. Tanto la crema como las cerezas son productos de esta casa. Ya sé que los niños sois buenos comedores. He tenido siete hijos. Todos están casados y tienen sus casas. Así que he de atender a otros chicos siempre que tengo ocasión.

—Me alegro de que esta ocasión la haya tenido con nosotros —anunció Dick, empezando a comer jamón y ensalada—. Le daremos trabajo, señora Pennethlan. ¡Todos tenemos buen apetito!

—¡Todavía no he encontrado ningún chico que coma como comían los míos! —exclamó la señora Pennethlan, sinceramente apenada—. Y tampoco he conocido a ningún hombre que pueda comer tanto como mi marido. No tardará en llegar.

—No sé si quedará bastante para él —murmuró Ana mirando el jamón y la fuente, ya medio vacía, de la ensalada—. ¡Ah! ¿Qué me dice, señora Pennethlan, del amigo de mi tío, aquel señor que estuvo hospedado aquí y se marchó hecho un rollo de mantequilla?

—¡Oh! El pobre hombre —exclamó la anfitriona, mientras llenaba los vasos de rica y cremosa leche— estaba tan delgado

como el rastrillo de mi marido; era un crujiente manojo de huesos. Rechazaba todo lo que le servía. Al fin decidí no hacerle caso. Si no comía, le retiraba la bandeja, y a los diez minutos se la volvía a presentar, diciendo: «La comida, señor. Seguramente tendrá apetito». Y él la rechazaba de nuevo. Pero al fin se rendía.

—¿Y no se daba cuenta de que era la segunda vez que le servían la comida? —preguntó Julián, atónito—. ¡Cielos! ¡Debe de ser un soñador!

—En cierta ocasión le llevé la bandeja tres veces —prosiguió la señora Pennethlan—. Procurad que no tenga que hacer lo mismo con vosotros.

—¡Eso sería magnífico! —bromeó Julián—. ¡Tres veces jamón y ensalada!

Se oyeron unos pasos en el zaguán, se abrió la puerta y apareció el granjero. Los niños lo miraron con cierto temor.

Era una extraña pero magnífica figura de hombre. Un metro ochenta aproximadamente, recia constitución, y tan moreno, que se diría que era español. Su espesa pelambrera era negra y rizada, y sus ojos, tan negros como su cabello.

—Aquí tenéis al señor Pennethlan —dijo su esposa.

Los niños se levantaron, atemorizados todavía, para estrechar la mano de aquel gigante moreno.

El granjero dio la mano a los niños con ligeras inclinaciones de cabeza. Su mano era enorme y estaba cubierta de un vello negro y tan espeso que parecía crin. Ana se dijo que sería tan mullido y agradable al tacto como el lomo de un gato.

Sin decir palabra, se sentó y esperó a que su mujer preguntara.

—Bueno, Pennethlan —dijo ésta—, ¿cómo le ha ido a la vaca?

—¡Ah! —repuso el granjero, llenándose el plato de jamón.

Los niños estaban asombrados: se sirvió siete u ocho lonchas.

—¡Oh! Me alegro de que esté bien —comentó la señora Pennethlan amontonando los platos sucios—. La ternerita debe de ser preciosa. ¿De qué color es?

—¡Ah! —dijo el señor Pennethlan moviendo la cabeza.

—¿Roja y blanca como su madre? Ha sido una suerte, ¿no? —exclamó la buena mujer, que parecía tener el portentoso sentido de interpretar los «¡Ah!» de su esposo—. ¿Cómo la llamaremos?

Todos esperaban que dijese «¡Ah!», pero el señor Pennethlan no lo dijo. Lo que dijo esta vez fue algo así como «eco».

—Eso es; la llamaremos *Tacita de Manteca* —asintió la granjera—. ¡Qué ideas tan felices tienes, Pennethlan!

Resultaba raro oírle llamar a su esposo por el apellido. Los niños no podían imaginarse al gigante como un compañero ni aunque llevase un nombre tan corriente como Pedro o Juan. Siguieron saboreando su comida y observando cómo el señor Pennethlan consumía la suya, a enormes bocados y vaciando los platos rápidamente. La señora Pennethlan también lo miraba.

—Es un gran comedor, ¿verdad? —dijo orgullosamente—. También lo eran mis niños. Cuando estaban en casa tenía que trabajar de firme, pero ahora que sólo tengo que alimentar a Pennethlan me siento como desorientada. Por eso me gusta tener huéspedes. Si no tenéis suficiente comida, me lo diréis, ¿verdad?

Todos rieron y *Tim* ladró. Éste había paladeado también una suculenta comida: los restos de un gran caldero preparado por la señora Pennethlan, que tenían un sabor exquisito. Además, le habían obsequiado con el hueso más grande que había visto en su vida. Lo único que turbaba su felicidad en aquellos momentos era el problema de poner el hueso fuera del alcance de los perros de la granja.

De pronto, el señor Pennethlan empezó a rebuscar en los bolsillos traseros de su pantalón.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo. Y sacó un papel doblado y sucio. Lo tendió a su mujer, y ésta lo desplegó y lo leyó. Luego miró a los niños sonriente.

—¡Bien! —exclamó—. Esto se va a animar un poco. «Los del granero» llegarán esta semana. Veréis como os son simpáticos.

—¿Quiénes son «Los del granero»? —preguntó *Jorge*, extrañada de la evidente complacencia y excitación de la señora Pennethlan.

—Una compañía de actores ambulantes que recorren la comarca y actúan en nuestros grandes graneros —explicó la señora Pennethlan—. Ya sabéis que no hay cines en muchos kilómetros a la redonda. Por eso «Los del granero» son siempre bien recibidos.

—Comprendido —dijo Ana—. Les llaman «Los del granero» porque usan los graneros para sus representaciones. Desde luego,

nos encantará verlos, señora Pennethlan. ¿Actuarán en su granero?

—Sí; cuando lleguen, todo el pueblo se reunirá aquí —respondió la señora Pennethlan, enrojeciendo de alegría—. Y quizá venga gente de Taolin. Por supuesto, vosotros estáis invitados.

—¡Ah! —comentó el señor Pennethlan, moviendo su gran cabeza.

Evidentemente, también le gustaban «Los del granero», pues de pronto se echó a reír y dijo algo muy breve e incomprensible.

—Dice que sois como el caballo *Clopper* —aclaró su esposa riendo—. ¡Ya veréis cómo se sienta y cruza las patas! ¡Es un caballo maravilloso!

¡Qué cosa tan rara! ¡Un caballo que se sentaba y cruzaba las patas! Julián le guiñó el ojo a Dick. Lo creerían cuando lo vieran.

Capítulo III

LA PRIMERA TARDE

Después de la exquisita y abundante merienda, los cuatro niños sólo deseaban permanecer sentados y quietos. Dick se dijo que debía arreglar el pinchazo de su bicicleta, pero no estaba seguro de poder hacerlo como era debido.

La señora Pennethlan empezó a apilar los platos para lavarlos. *Jorge* y Ana le ofrecieron su ayuda.

—Sois muy amables, Ana y Jorgina —dijo la granjera—. Pero estáis demasiado cansadas. Ya me ayudaréis en otras ocasiones. Pero decidme: ¿cuál de vosotras es Ana y cuál Jorgina?

—Yo soy Ana.

—Y yo soy *Jorge*, no Jorgina. Por favor, no me llame Jorgina. No lo puedo sufrir. Siempre he deseado ser chico. Por eso prefiero que me llamen *Jorge*.

—Y sólo contesta cuando la llaman *Jorge* —explicó Ana—. En fin, ya que no nos necesita, nos iremos con los chicos.

Se fueron. *Jorge* parecía mucho más chico que chica con sus pantalones y su camisa gris, su pelo corto y rizado y su cara pecosa. Introdujo las manos en los bolsillos e imitó el modo de andar de Dick.

Dick localizó pronto el pinchazo y lo reparó. El señor Pennethlan llegó con una carga de paja para la vaca y la ternera recién nacida. Los muchachos lo miraron con temor: él solo tiraba de un carrito no muy pequeño lleno de fardos de paja prensada. ¡Qué fuerza tenía! Los saludó con la cabeza y pasó sin decir palabra.

—¿Por qué no hablará? —preguntó Dick—. Sin duda, sus siete hijos salieron tan habladores como su madre, y nunca tuvo ocasión

de pronunciar una sola palabra. Y ahora es ya demasiado tarde, porque se ha olvidado de hablar.

Los dos chicos se echaron a reír.

—¡Es un gigante! —comentó Julián—. Me gustaría llegar a ser tan alto como él.

—Pues a mí no —dijo Dick—. No me gustaría tener que pasar las noches con los pies fuera de la cama. Bueno, ya he terminado de reparar el neumático. Mira, éste es el clavo que lo pinchó. Debí de pasar por encima de él esta mañana cuando íbamos a la estación.

—Fíjate en *Tim* —dijo Julián—. Está divirtiéndose de lo lindo con estos perros. Se porta como un verdadero cachorrillo.

Allí estaba, correteando de un lado a otro alrededor de los perros, alejándose momentáneamente, saltando sobre ellos por turno y consiguiendo al fin que todos se excitaran. Entonces formaron un movedizo revoltijo, del que el pequeño *scottie* pugnaba por salir.

—*Tim* lo va a pasar bien en esta granja —afirmó Dick—. Pronto perderá su elegante línea si come tanto como nosotros.

—Lo llevaremos a dar largos paseos cuando salgamos en bicicleta —propuso Julián—. No podrá acumular mucha grasa si le obligamos a correr kilómetros y más kilómetros.

En este momento llegaron las chicas. Detrás de ellas, a escasa distancia, corría un extraño chiquillo, con los pies desnudos, un chichón en la cabeza y cubierto de suciedad.

—¿Quién es ése? —preguntó Dick.

—No lo sé —repuso *Jorge*—. Apareció detrás de nosotras de pronto y nos viene siguiendo desde entonces. ¡No quiere irse!

El chiquillo llevaba un raído pantalón y una camisa sin mangas ni botones. Tenía los ojos negros y la piel bronceada por el sol.

Se detuvo a corta distancia de ellos y se quedó mirándolos.

—¿Quién eres? —preguntó Dick.

El muchacho retrocedió, atemorizado.

—Te he preguntado quién eres —repitió Dick—. O, si lo prefieres, ¿cómo te llamas?

—Guan —respondió el chico.

—¿Guan? —exclamó Dick—. ¡Qué nombre tan extraño!

—Seguramente quiere decir Juan —opinó *Jorge*.

—Zí, Guan —asintió el rapaz.

—Supongo que «zí», será «sí» —dijo Ana—. Bien, Juan; puedes marcharte.

—Me quedo —anunció el chiquillo con firmeza.

Y se quedó.

Los seguía a todas partes y miraba todo lo que hacían con viva curiosidad, como si nunca hubiera visto otros niños.

—Es como un mosquito —exclamó Dick—. No cesa de zumbar alrededor de nosotros. Me está hartando. ¡Eh, Guan!

—¿Qué?

—¡Desaparece! ¿Entiendes? ¡Lárgate, emigra, vete, esfúmate! —le gritó Dick con cara seria. Guan lo miró fijamente.

La señora Pennethlan, que estaba fuera de la casa, oyó estas voces.

—¿Ya estás molestando, Juan? —le reprendió—. Es más curioso que un gato. ¡Vete a casa, Juan! Toma, llévale esto a tu bisabuelo. Y esto para ti.

Juan se acercó al punto y tomó el paquete de comida y el trozo de pastel que la señora Pennethlan le ofrecía. Luego echó a correr sin decir palabra, sin hacer ningún ruido con sus pies descalzos.

—¿Quién es? —preguntó *Jorge*—. ¡Qué criatura tan rara!

—Es un pobre huerfanito —explicó la granjera—. No tiene más parientes ni amigos que su anciano bisabuelo. El viejo le lleva más de ochenta años. Y es nuestro pastor. ¿Veis aquella colina de la derecha? Pues en su falda tiene su choza el anciano. Allí pasa el invierno y el verano, y esta pobre criatura vive con él.

—Supongo que irá al colegio —dijo Julián.

—Sí —repuso la señora Pennethlan—, pero hace novillos casi todos los días. ¿Por qué no vais a hablar con su bisabuelo? Su padre perteneció al grupo de «naufragadores» que hubo en esta costa y puede contaros interesantes aventuras de aquellos días terribles.

—Sí, iremos a hablar con él —afirmó Dick—. Me había olvidado de que la costa de Cornish fue la guarida de los llamados «naufragadores». Encendían hogueras y con ellas daban falsas señales que atraían los barcos a puntos de la costa donde se estrellaban contra las rocas. ¿No es así?

—Sí, y entonces saqueaban el barco destruido —explicó la

señora Pennethlan—. Y se dice que tampoco ayudaban a los pasajeros que se ahogaban. En aquellos tiempos la vida era muy difícil.

—¿Cuánto se tarda en ir hasta el mar en bicicleta? —preguntó *Jorge*—. Desde mi ventana se ve.

—¡Bah! No tardaréis más de diez minutos —repuso la granjera —. Debéis dejarlo para mañana. Ahora estáis muy cansados. ¿Por qué no dais una vuelta y luego os vais a la cama? Os tendré preparado un piscolabis cuando volváis.

—¡Oh, no! ¡No podemos comer nada más esta noche! Gracias, de todos modos —se apresuró Dick a responder—. Pero lo del paseo es una buena idea. Pasaremos un buen rato explorando los alrededores de la granja.

La señora Pennethlan se marchó.

—¡Un piscolabis! —exclamó Dick—. Nunca hubiera creído que esta palabra pudiera horrorizarme. Apuesto doble contra sencillo a que el señor Pennethlan se come un respetable piscolabis cuando vuelva. Vayamos hasta aquellos cobertizos.

Echaron a andar en grupo. *Tim* iba detrás de los cuatro perros de la granja, moviendo la cola alegremente. La tarde era magnífica. De las colinas bajaba una brisa fresca que era para ellos una caricia. Los niños deambularon, recreándose en la contemplación de las escenas cotidianas de la granja: los patos que nadaban en la alberca, las gallinas que iban y venían cacareando, las blancas manchas de los corderos en las montañas… Las vacas pacían con indolencia. Un viejo caballo de tiro se acercó al portillo para observarlos.

Le acariciaron el aterciopelado hocico, y el caballo se inclinó para oliscar a *Tim*, al que no conocía. *Tim* le husmeó a su vez, ceremoniosamente.

Entraron en los graneros y los exploraron. Eran espaciosos, oscuros y olían a humedad; en ellos se almacenaban los objetos más diversos. Dick estaba seguro de que el mayor debía de ser el que utilizaban «Los del granero» para sus actuaciones.

—Debe de ser una vida magnífica y divertida a la vez recorrer el país con un reducido equipaje y deleitar a los habitantes con cantos, bailes y toda clase de representaciones. Os advierto que yo como prestidigitador me defiendo.

—Es verdad —dijo Ana—. Escuchad, ¿no os parece que sería divertido que organizáramos una modesta representación nosotros y trabajáramos con «Los del granero», si ellos nos lo permiten, aunque sólo fuera por una tarde?

—No nos lo permitirán: somos «extranjeros» —dijo Dick con sorna—. Oye, ¿qué es aquello que asoma por detrás de aquel saco?

Tim fue en seguida a verlo. Al llegar se detuvo y empezó a ladrar. Los niños se acercaron.

—¡Otra vez ese chiquillo, ese Guan! —exclamó Julián, contrariado, mientras sacaba al rapaz de su escondite de un empujón—. ¿Por qué nos sigues por todas partes, estúpido? —le preguntó—. Eso no nos gusta, ¿sabes? Vete ya a casa. Si no, cuando llegues, te habrás zampado toda la comida que te ha dado la señora Pennethlan para tu bisabuelo.

Echó al niño del granero y lo vio marcharse a través del campo.

—¡Ya estamos libres de él! —exclamó—. Creo que es un poco tonto. Algún día iremos a visitar a su bisabuelo y veremos si realmente tiene algo interesante que contar sobre los antiguos «naufragadores».

—Ahora, a casa —propuso Dick, lanzando un bostezo—. He visto lo suficiente para saber que este lugar me va a gustar mucho. ¡Qué a gusto voy a dormir esta noche! ¿Vamos, Julián?

Todos estaban como Dick. El bostezo se les contagió y pensaron con avidez en sus camas. Volvieron a la granja con *Tim* pegado a sus talones y los perros siguiéndoles a una prudente distancia.

Dieron las buenas noches a los Pennethlan, que estaban tranquilamente sentados escuchando la radio. La señora Pennethlan se dispuso a acompañarlos al piso, pero ellos no aceptaron.

En respuesta a sus buenas noches, el granjero gruñó: «Ah», sin ni siquiera mirarlos, y siguió escuchando la radio. Subieron la escalera y desaparecieron en sus habitaciones.

Cuando estaba ya casi dormido, Julián oyó un ligero ruido bajo su ventana. Entreabrió los ojos y prestó atención, con el deseo de que no fueran ratas. Si lo eran, Ana se asustaría al oírlas, y *Tim*, que las descubriría con toda seguridad, echaría la casa abajo con sus ladridos.

El rumor se oyó de nuevo. Julián dijo en voz baja a Dick:

—Dick, ¿estás despierto? ¿Has oído un ruido en la ventana?

No recibió respuesta. Dick estaba profundamente dormido, soñando que había sufrido un pinchazo en un pie y que no podía andar hasta que lo reparase. Julián siguió escuchando. Una vez más oyó el ligero ruido. Era como si alguien tratara de atisbar por la ventana.

Se tiró de la cama y se acercó al ventanillo. Una espesa hiedra llegaba hasta él, trepando por el muro. Era evidente que alguien se ocultaba en ella, pues Julián vio que las ramas se movían.

De improviso, se asomó a la ventana y se encontró ante un rostro aterrado que lo miraba desde muy cerca.

—¡Guan! ¿Qué diantre haces aquí? —exclamó Julián, indignado —. Te acordarás de mí si sigues espiándonos. ¿Ves acaso algo raro en nosotros?

Guan estaba sobrecogido. De pronto, bajó por la hiedra como un gato, saltó al suelo produciendo un leve ruido y echó a correr velozmente a la incierta luz del crepúsculo.

«Confío en que no volverá a molestarnos —pensó Julián, metiéndose de nuevo en la cama—. Le daré una lección si lo hace. Ahora no me podré dormir. Este chiquillo me ha desvelado».

Pero pronto estuvo Julián tan profundamente dormido como Dick. Ni uno ni otro se movieron hasta que un gallo cantó bajo la ventana; decidió que ya era hora de que todo el mundo se despertase y lanzó con toda la potencia de su garganta su «quiquiriquí».

Los chicos se incorporaron de un salto. El sol naciente entraba en la habitación y Julián consultó su reloj. Era muy temprano todavía. Sin embargo, pronto oyó pasos en la planta baja. Esto le indicó que la señora Pennethlan y su gigantesco marido estaban levantados.

Se durmió de nuevo y lo volvieron a despertar de un fuerte golpe en la puerta y la voz de la señora Pennethlan:

—¡Son las siete y media y el desayuno estará preparado a las ocho! ¡Arriba!

¡Era maravilloso despertar en un lugar distinto, en el comienzo de las vacaciones, pensando sólo en bañarse, pasear, ir de excursión, comer y beber, y sin acordarse de exámenes ni deberes!

Los cuatro niños se desperezaron y se asomaron a la ventana. ¡Qué mañana tan hermosa!

Abajo los esperaba el desayuno.

—¡Oh! —exclamó Dick echando una ojeada a los huevos con jamón, al jamón dulce, a la compota casera y a la mermelada…

—Señora Pennethlan, sus siete hijos deben de haber sentido casarse y salir de casa. Si yo hubiera sido uno de ellos, me habría quedado con usted para toda la vida.

Capítulo IV

EN LA ENSENADA

Los tres primeros días que pasaron en la granja Tremannon fueron de inactividad. No hubo acontecimientos, pero sí mucho sol, buena comida, los perros y… ¡Guan!

El rapaz era un verdadero estorbo. Los cuatro niños parecían ejercer sobre él una irresistible fascinación y los seguía a todas partes con sus pies descalzos. Se encontraban con él detrás de los setos, en los caminos, en los lugares adonde iban de excursión, siempre mirándolos intensamente con sus negros ojos.

—¿Cómo conseguiremos ahuyentarlo? —gimió Julián—. Desaparece tras un seto y aparece en el siguiente. Debería de estar harto de ser nuestra sombra. ¿Qué atractivo tendrá para él esta persecución?

—Ninguno —respondió *Jorge*—. Lo hace sólo por curiosidad. Lo que no comprendo es la conducta de *Tim* con él. Le ladra, le gruñe, pero acepta sus bromas y sus juegos.

—Bueno, iré a ver a ese anciano mañana y le pediré que retenga a Guan —decidió Julián—. Este chico me trastorna. A veces lo aplastaría como a un mosquito, que es lo que parece, zumbando siempre a nuestro alrededor. ¡Miradlo! ¡Ahí está otra vez!

Sí, allí estaba. Un par de ojos oscuros los observaban desde un escondite formado por el tronco de un árbol y un montón de hojarasca. *Tim* saltó sobre él alegremente, y entre los dos armaron tal alboroto, que *Jorge* acabó por enfadarse.

—¡*Tim*, ven aquí en seguida! ¿No comprendes que no debes jugar con Guan? Así lo animas a seguirnos. ¡Estoy avergonzada de ti!

Tim escondió el rabo entre las patas traseras, se acercó a *Jorge* y se sentó junto a ella. Dick se echó a reír.

—¡Está enfurruñado! No te quiere mirar. Por eso ha bajado la cabeza y no la levanta.

Julián persiguió a Guan, amenazándolo con toda clase de torturas si lo atrapaba. Pero el niño corría como una liebre, y, de pronto, pareció esfumarse. Parecía poseer el don mágico de desvanecerse y la facultad no menos mágica de reaparecer.

—No me gusta ese chiquillo —dijo Julián—. Siento una extraña inquietud cada vez que veo de pronto sus ojos que nos acechan.

—Sin embargo, no debe de ser un mal chico, ya que a *Tim* le es simpático —opinó Ana, que tenía una fe ciega en los juicios del perro—. A *Tim* no le gustan las malas personas.

—Bueno, pues esta vez se ha equivocado —replicó *Jorge*, que seguía enfadada con *Tim*—. Se está portando como un necio. ¡Me tienes muy disgustada, *Tim*!

—Vamos a la playa a bañarnos —propuso Dick—. Iremos en bicicleta. Así Guan no podrá seguirnos.



Montaron en las bicicletas y se dirigieron a la costa. La señora Pennethlan les había preparado bocadillos y un pastel de frutas, a lo que añadió algunas bebidas para acompañarlos. Cuando emprendieron la marcha, vieron que Guan los observaba desde detrás de un seto.

Tomaron el camino de la playa, un estrecho sendero,

serpenteante como un riachuelo, cuyos giros y recodos obligaban a ir a velocidad moderada.

—¡Ya se ve el mar! —gritó Dick al salir del último recodo.

El camino discurría entre dos altos muros rocosos y al final se abría una ensenada cerrada por formidables rompientes, donde las olas lanzaban al aire cortinas de espuma.

Dejaron las bicicletas en lo alto de la ensenada y se refugiaron entre las rocas para ponerse los trajes de baño. Luego, Julián observó el mar. Estaba en calma más allá de las rocas, pero entre ellas rugía con violencia, de modo que era imposible zambullirse en el lugar donde se hallaban.

Anduvieron un buen trecho y llegaron a una gran laguna formada por un círculo de rocas.

—¡Exactamente lo que necesitamos! —exclamó *Jorge*. Y se tiró de cabeza—. ¡Porras, qué fría está!

Debería estar caldeada por el sol, pero a cada momento entraba en la laguna una ola enorme que la enfriaba. La irrupción de estas olas era un espectáculo imponente. Los cuatro nadaron hasta hartarse. *Tim* no disfrutó menos.

Comieron en las rocas, rodeados de espuma, y luego exploraron el pie de aquel trozo de costa bravía.

—¡Es emocionante! —exclamó *Jorge*—. ¡Cavernas y más cavernas! Y todas rivalizan en belleza. Cuando sube la marea, el agua debe de llegar en esas grutas a la altura de mis hombros.

—¡Seguro! —asintió Julián, que había calculado la altura aproximada de la marea—. Y buena parte de ellas quedarán completamente inundadas. No me extraña que la señora Pennethlan nos previniera de lo peligrosas que son las mareas aquí. ¡No quisiera tener que tratar de escalar estos muros de rocas si nos quedásemos aislados!

Ana alzó la vista y se estremeció. ¡Qué altos y escarpados eran! Parecían mirarla con el ceño fruncido, como si dijeran: «No soportamos molestias de nadie; así que, ¡mucho cuidado!».

—¡Válgame Dios! Mirad allí. ¿No es aquél el fastidioso Guan? —exclamó Dick de pronto.

Señalaba unas rocas cubiertas de algas. ¡Sí, desde ellas los observaba Guan!

—Debe de haber venido corriendo para no perdernos de vista —gruñó Julián—. Bueno, que se quede ahí. Es hora de volver. Nos encontrará en marcha cuando se acerque. ¡Debe de estar loco!

—¿Crees que sabe lo de la marea? —preguntó Ana, inquieta—. ¿Sabrá que ahora está subiendo y puede cercarlo?

—¡Claro que sí! —aseguró Julián—. Sin embargo, si queréis, podemos esperar un poco tomando el té en lo alto de la ensenada. Habrá de seguirnos si quiere escapar de la marea, a menos que esté dispuesto a trepar por las rocas. Pero sólo un loco podría intentar semejante disparate.

Habían apartado medio pastel y galletas para el té, y para tomarlo encontraron un buen sitio, que estaba cerca de donde habían dejado las bicicletas. Se sentaron y dieron fin al sabroso pastel de fruta que les había hecho la señora Pennethlan. Decididamente, era una cocinera formidable.

La marea fue subiendo rápidamente. El rumor de las grandes olas que se estrellaban contra las rocas era cada vez más profundo.

—Guan no aparece —dijo Ana—. ¿Le habrá pasado algo?

—Debe de estar calado hasta los huesos si no se ha movido de donde estaba —dijo Dick—. Vayamos a echar una mirada. Por mucho que lo deteste, no quisiera que se ahogase.

Los dos chicos bajaron tanto como pudieron y buscaron con la mirada el sitio donde habían visto a Guan. Pero ¡qué diferente estaba todo!

—¡Oh! ¡La playa ha desaparecido! —exclamó Julián, asombrado—. Ahora comprendo lo fácil que es quedar atrapado por la marea. ¿Has visto esa última ola? Ha entrado en la caverna que hemos explorado hace unos momentos.

—¿Qué le habrá pasado a Guan? —preguntó Dick—. No se le ve por ninguna parte. Que no ha subido es seguro, pues no nos hemos movido de donde estábamos, y lo habríamos visto. ¿Dónde estará?

La intranquilidad de Dick era evidente. Julián empezó a sentirse inquieto también. Vacilaba. ¿Debía seguir explorando aquel laberinto de rocas? La ola que llegó entonces lo disuadió. ¡Sería una locura intentarlo! Otra ola como aquélla, y Dick y él saldrían despedidos de la roca donde estaban.

—¡Mira! ¡Viene otra ola mayor todavía! —gritó Julián.

Inmediatamente saltaron de la roca y corrieron hacia la cima de la ensenada. Aun así, la ola les mojó los pies.

Volvieron junto a las niñas.

—No lo hemos visto por ninguna parte —dijo Julián, tratando de expresarse con una calma que estaba muy lejos de poseer—. Toda la playa está cubierta por el mar, y las cavernas bajas, inundadas.

—No se habrá ahogado, ¿verdad? —preguntó Ana, amedrentada.

—¡Oh, no! Sin duda, sabe valerse por sí solo —dijo Julián—. Conoce bien esta costa. Bueno, vámonos. Ya es tarde.

Emprendieron la marcha. *Tim* corría junto a las ruedas. Nadie hablaba. Estaban preocupados por la desaparición de Guan. ¿Qué le habría ocurrido?

Llegaron a la granja. Después de guardar las bicicletas, fueron en busca de la señora Pennethlan. Le explicaron la desaparición de Guan.

—Me pregunto si se habrá caído de la roca y se habrá ahogado —dijo Ana.

La señora Pennethlan se echó a reír.

—¡Eso ni pensarlo! Ese niño conoce los caminos y la costa como nadie. Es más listo de lo que creéis. Es un infeliz, pero sabe guardarse perfectamente de todos los peligros.

Estas palabras los tranquilizaron. Todos confiaron en que Guan volviera para mirarlos fijamente, sin parpadear, con sus negros ojos.

Se fueron a pasear por los caminos impregnados del aroma de la madreselva, acompañados por los cinco perros. Dick los obsequió con terrones de azúcar cuando los cuatro se sentaron a descansar en el portillo de la granja.

—¡Mirad! —gritó *Jorge*—. ¿Veis aquello? Allí.

Señalaba un roble cercano. Todos dirigieron al árbol sus miradas.

Dos ojos negros los fiscalizaban. ¡Era Guan! Los había seguido, como de costumbre, y se había escondido para observarlos. Ana se sintió tan aliviada al verlo, que lo llamó y le dijo amablemente:

—¿Quieres un caramelo, Guan?

Guan dejó su escondite y corrió hacia los chicos. Cuando llegó,

tendió la mano para recibir el caramelo. Por primera vez sonrió, y entonces su rostro sucio y áspero cobró una expresión cautivadora. Ana lo observó atentamente y calificó aquella carita de agradable. Sus ojos centelleaban y se le formaba un hoyuelo en cada mejilla al sonreír.

—Ya que estás aquí, te daremos un par de caramelos —le dijo Dick, que no podía ocultar su alegría al ver que el chiquillo no se había ahogado.

Guan se apoderó de ellos ávidamente. No cabía duda de que para él eran una excepción las golosinas. Como de costumbre, *Tim* empezó a jugar ruidosamente con él. El perro se echó sobre el lomo y rodó hasta los pies de Guan. Le lamió las desnudas rodillas y los brazos y saltó sobre él. Guan se vio y se deseó para no perder el equilibrio, pero acto seguido se arrojó sobre *Tim* y los dos rodaron por el suelo. Dick y Ana presenciaban el espectáculo riendo alegremente.

Pero *Jorge* estaba muy seria. *Tim* era su perro y no le gustaba que jugase con personas que no le eran simpáticas. Se alegraba de que Guan estuviera a salvo, pero seguía mirándole con cierta aversión. Frunció el ceño y Julián dio un codazo a Dick para que lo advirtiera. *Jorge* se dio cuenta de ello y se puso más ceñuda todavía.

—Os arrepentiréis de haberle dado los caramelos —les dijo—. Ahora no nos lo quitaremos de encima.

Guan se levantó momentos después. Tenía los dos caramelos en la boca, con lo que su carrillo derecho aparecía considerablemente abultado.

—Venid a ver a mi bizabuelo —dijo, hablando aún peor que de costumbre por culpa de los caramelos—. Le hablé de vosotroz. Oz contará muchaz cozas. A mi bizabuelo le guztan los dulcez —añadió muy serio—. Zí, zí, le guztan.

—Bueno, iremos a verlo mañana por la tarde —dijo Dick sin poder contener la risa—. Ahora lárgate, o no te daremos ningún caramelo más. ¿Entendido?

—Zí —asintió Guan.

Se sacó los caramelos de la boca para ver cuánto habían disminuido y se los volvió a meter.

—Bueno, vete ya —le dijo Julián—. Pero oye: ¿por dónde te has

ido esta tarde? ¿Has trepado por las rocas?

—No —respondió Guan, trasladando los caramelos al otro carrillo—. Vine por el «Camino de los Naufragadorez». Mi bizabuelo me lo enzeñó.

Y se marchó antes de que pudiesen hacerle preguntas. Los cuatro se miraron.

—¿Habéis oído? —dijo Julián—. Ha ido por el «Camino de los Naufragadores». ¿Qué camino será ése? ¿Se os ocurre algo sobre esto? Sin duda, hemos estado en una de las playas que los «naufragadores» utilizaron hace ya mucho tiempo.

—Sí. ¿Pero cómo ha podido salir de la playa sano y salvo? —preguntó Dick—. Me gustaría saber algo más del «Camino de los Naufragadores». Creo que debemos visitar mañana mismo al bisabuelo de ese muchacho. Seguramente sabe cosas muy interesantes.

—De acuerdo: vayamos a verlo mañana —dijo *Jorge*, levantándose—. Pero acordaos de lo que os he dicho. Guan nos importunará ahora más que nunca; lo hemos alentado con los caramelos.

—¡Pero no parece mal chico, al fin y al cabo! —replicó Dick, recordando su espontánea sonrisa y su vehemente aceptación de los caramelos—. Y si convence a su bisabuelo de que nos explique el secreto de los «naufragadores» lo pasaremos muy bien explorando el campo de sus hazañas. ¿No lo crees así, Julián?

—Sí. E incluso creo que eso podría llevarnos a una aventura —respondió Julián, echándose a reír al ver la cara que ponía Ana—. Tranquilízate, Ana. No hay el menor atisbo de aventura en Tremannon. Ha sido una broma.

—Creo que te equivocas —dijo Ana—. Si tú no ves ni sombra de aventura en Tremannon, yo sí que la veo; no me gusta, pero la veo.

Capítulo V

GUAN Y SU BISABUELO

El día siguiente era domingo. Pero los Pennethlan se levantaron a la hora acostumbrada. La señora Pennethlan decía que las vacas, los caballos, las gallinas y los patos se rebelaban si los domingos se les servía el desayuno más tarde: querían desayunarse a la misma hora que todos los días.

—¿Vais a ir a la iglesia? —preguntó la señora Pennethlan—. El camino que conduce a ella a través del campo es precioso. Además, os será simpático el reverendo Parson. Es un buen hombre.

—Sí, iremos —asintió Julián—. Ataremos a *Tim* a la puerta de la iglesia. Ya está acostumbrado. Y esta tarde pensamos ir a visitar a su anciano pastor, señora Pennethlan, para que nos cuente algunas de sus historias.

—Guan os indicará el camino —dijo la granjera, que trabajaba afanosamente en la cocina—. Os prepararé una estupenda comida de día de fiesta. ¿Os gusta la ensalada de frutas con crema?

—¡Mucho! —gritaron todos.

—¿Podemos ayudarla en algo? —se ofreció Ana—. Acabo de ver los guisantes que tiene que desgranar. ¡Un montón enorme! También podemos ayudarla a limpiar esas grosellas. ¡Me encanta arrancarles los tallos con el tenedor!

—Bueno; como os sobra tiempo para ir a la iglesia —dijo la señora Pennethlan, complacida—, acepto vuestra ayuda. Pero los chicos no hacen falta.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó *Jorge*, indignada—. ¡Eso no es justo! ¿Por qué no han de ayudar? ¿Sólo porque son chicos?

—No te acalores, *Jorge* —le dijo Dick—. Trabajaremos como tú,

pues también nos gusta el budín de guisantes y no permitiremos que te lo comas tú solita.

Dick tenía una especial habilidad para calmar a *Jorge* cuando la niña se enfurecía. *Jorge* sonrió de mala gana. Siempre sentía celos de los chicos porque a ella le hubiera gustado serlo. Se sujetó los pantalones y fue por una cesta de guisantes para desgranar.

Pronto se oyó el crujido de las vainas al partirse, un crujido que a Ana le pareció sumamente agradable. Los cuatro estaban sentados al sol, en los escalones de la gran cocina. *Tim*, que los acompañaba, los observaba interesado. Pero no estuvo con ellos mucho tiempo.

En esto llegaron sus cuatro amigos. El pequeño *scottie* trotaba valientemente para que sus compañeros de las largas patas no lo dejaran atrás.

—¡Guau! —ladró el *collie* de mayor tamaño.

Tim balanceó la cola cortésmente, pero no se movió.

—¡Guau! —repitió el *collie*, dando vueltas ante él en señal de invitación.

—*Tim*, te está preguntando: «¿Quieres venir a jugar?» —le explicó *Jorge*—. Puedes ir si quieres. Respirando junto a mi cuello no nos ayudas a pelar guisantes.

Tim dio un lengüetazo a *Jorge* y saltó del escalón alegremente. Se echó sobre el *scottie* y rodó por el suelo con él. Después se lanzó contra los tres *collies*. Estos perros eran grandes y fuertes, pero semejantes detalles no importaban a *Tim*.

—¡Miradlo! —exclamó *Jorge*, orgullosa—. ¡Puede dominarlos a todos con una sola mano!

—¡Con una sola pata! —corrigió Dick—. Es más rápido que el mayor de los *collies* y más fuerte que los tres. *Tim* es un buen amigo. Nos ha acompañado alegremente en todas nuestras aventuras.

—Y nos volverá a acompañar en la próxima —afirmó Julián—. *Tim* vale más que dos perros policías.

—¡Qué tonto se pondría si comprendiera nuestras alabanzas! —dijo Ana—. ¡Oh, lo siento, Dick! Hay guisantes que saltan de la vaina por sí mismos.

—Es la segunda vez que me bombardeas con guisantes —exclamó Dick buscando debajo de su camisa—. Tengo que encontrar el grano que se me ha metido por aquí. De lo contrario, no podré

estarme quieto en la iglesia.

—Nunca lo estás —dijo Ana—. ¡Mirad! ¿No es Guan ese que llega?

Lo era. Se acercaba poco a poco, tan sucio como siempre.

Al llegar, les dedicó una rápida sonrisa que por segunda vez iluminó su carita mugrienta. Tendió su mano abierta y murmuró algo.

—¿Qué dice? —preguntó Dick—. ¡Ah! Pide un caramelo.

—No se lo deis —se apresuró a decir Julián—. No lo convirtáis en un mendigo. Hagámosle trabajar para conseguir el caramelo… Oye, Guan, si quieres un caramelo, ayúdanos a desgranar guisantes.

La señora Pennethlan apareció inmediatamente.

—Pero que antes se lave las manos —dijo. Y desapareció de nuevo.

Guan se miró las manos y en seguida se las escondió debajo de los brazos.

—Ve a lavártelas —dijo Julián. Pero Guan movió la cabeza y se sentó no lejos de ellos.

—Allá tú —dijo *Jorge*—. Como no quieres lavarte las manos, no desgranarás guisantes, pero tampoco tendrás caramelo.

Guan miró a *Jorge* enfurruñado. Al parecer, le gustaba tan poco como él a ella. Esperó hasta que algunos guisantes saltaron al suelo en vez de caer en el plato. Entonces se arrojó a ellos y se los comió. Obró con la rapidez de un gato.

—Mi bizabuelo dice que vayáiz a verle —dijo Guan—. Oz llevaré.

—Bueno —aceptó Julián—. Iremos esta tarde. Le pediremos a la señora Pennethlan que nos prepare un cesto de comida y merendaremos en la colina. Si te lavas las manos y la cara merendarás con nosotros.

—Creo que no se las ha lavado en su vida —opinó *Jorge*—. Mirad, ya vuelve *Tim*. No quiero que se acerque a ese chiquillo tan sucio. ¡Aquí, *Tim*!

Pero *Tim* se lanzó sobre Guan con gran alegría y le invitó una y otra vez a jugar. Al fin, los dos empezaron a revolcarse por el suelo como dos cachorros.

—Si tenéis que ir a la iglesia, debéis empezar a prepararos —les

advirtió la señora Pennethlan apareciendo de nuevo, esta vez con los brazos enharinados hasta el codo—. ¡Caramba! ¡Cuántos guisantes me habéis desgranado!

—¡Ojalá hubiéramos tenido tiempo para limpiar las grosellas! —se lamentó Ana—. Menos mal que le hemos desgranado casi todos los guisantes, señora Pennethlan. ¡Aquí debe de haber miles de guisantes!

—¡Oh! Al señor Pennethlan le gustan mucho. Se come una gran fuente de ellos de una sentada.

Se marchó y los niños fueron a arreglarse. Al fin salieron de la granja. El camino era verdaderamente encantador. Discurría a través del campo, inundado de madreselvas. Las chicas se pusieron ramitos en los gorros.

—Así perfumaremos la iglesia —dijo Ana.

La iglesia, de estilo antiguo, era pequeña pero preciosa. Guan los siguió hasta la misma puerta. Cuando vio que *Jorge* ataba a *Tim* a la puerta, se sentó al lado del perro. Pero esto no gustó a *Jorge*. Le desagradaba que Guan y *Tim* estuvieran juntos todo el tiempo que ella pasara en la iglesia.

Ésta era fría y oscura. No había más luz que la que entraba por tres bellas ventanas con vidrieras de colores, que brillaban al ser batidas por el sol.

El reverendo Parson era tan agradable como la señora Pennethlan les había dicho; un hombre sencillo y simpático, cuyas palabras obtuvieron la atención de todos, desde una viejecita encorvada que lo escuchaba desde un rincón, hasta un niño de cinco años, asido a la mano de su madre, que fijaba en él sus ojos con grave expresión.

Los cuatro quedaron deslumbrados al salir de nuevo al sol desde la fría oscuridad de la iglesia. *Tim* ladró, dándoles la bienvenida. Guan estaba aún sentado en el suelo con el brazo alrededor del cuello de *Tim*. Les dirigió su rápida sonrisa y desató al perro, el cual, alborozado, empezó a correr por el patio de la iglesia. Siempre le ocurría lo mismo: cuando estaba atado y lo soltaban se volvía loco de alegría.

—Venid a ver a mi bizabuelo —dijo Guan a Dick, tirándole del brazo.

—Esta tarde —le aseguró Dick—. Tú nos guiarás. Ven después de comer.

Así que, después de una comida compuesta de carne fría con zanahorias, un budín de patatas nuevas con guisantes, todo ello seguido de una espléndida ensalada de frutas con crema, apareció Guan para llevarlos a la choza de su bisabuelo.

—¿Os habéis fijado en la enorme cantidad de guisantes que se ha comido el señor Pennethlan? —exclamó Ana—. Debe de haberse tragado una fuente entera él solito. Es un fastidio que sólo diga «¡Ah!», «¡Eh!» y esos otros sonidos raros que emite. Hablar con él es sumamente difícil.

—¿De modo que va a llevaros Guan a la choza del viejo? —dijo la señora Pennethlan—. Entonces pondré en el cesto algunas pastas para él y también para el anciano pastor.

—No nos prepare demasiadas cosas —dijo Dick—. Sólo una merienda ligera.

Pero, pese a esta advertencia, la cesta pesaba bastante cuando la señora Pennethlan acabó de cargarla.

El camino que a través del campo conducía a la cabaña del pastor era largo. Guan los guiaba con orgullo. Cruzaron tierras de cultivo, saltaron setos y recorrieron senderos de cabras. Al fin, llegaron a una ladera donde pacían las ovejas. Los corderos jóvenes, con sus abrigos lanudos, que contrastaban con la piel desnuda de las esquiladas ovejas, saltaban y correteaban; pero de pronto, como si se acordasen de que eran animales adultos, se detenían y empezaban a andar de nuevo comedidamente.

El anciano pastor estaba sentado a la puerta de su choza, fumando en una pipa de arcilla. No era muy alto y estaba arrugado como una manzana guardada demasiado tiempo. Pero tenía una expresión de dulzura que a los niños les gustó desde el primer momento. Su repentina sonrisa, semejante a la de Guan, iluminaba sus azules ojos, de un azul parecido al del cielo estival que los cubría.

Las mil arrugas de su rostro se entremezclaban cuando sonreía. Sus espesas cejas, su pelo y su rizada barba eran tan blancos como la lana de los corderos con los que había pasado su vida entera.

—Bienvenidos —les dijo con el suave acento de Cornish—. Guan

de vosotros hablado me había.

—Hemos traído merienda para nosotros y para usted —explicó Dick—. Pero ahora charlaremos un poco. ¿Es verdad que su padre fue uno de los famosos «naufragadores»?

El anciano asintió con un movimiento de cabeza. Julián sacó una bolsa de pastitas secas y se las ofreció al viejo. Éste la tomó sin vacilar. Guan acudió al instante y recibió una golosina.

A juzgar por el ruido que producía al comer, el anciano debía de conservar toda su dentadura. Cuando dio fin a la pastita, empezó a hablar. Hablaba lentamente, y con tanta sencillez como Guan. A veces se detenía para buscar las palabras.

«Habiendo pasado la vida entre corderos, no debe de serle fácil hablar —pensó Julián, al que interesaba aquel anciano de ojos graves y penetrantes—. No cabe duda de que está mucho más a gusto entre ovejas que entre seres humanos».

«Desde luego —se dijo Ana—, este viejecito tiene cosas interesantes que contar».

—Visto habéis las rocas en la costa de Tremannon —empezó a decir el anciano—, rocas malvadas, hambrientas de barcos y hombres. ¡Allí muchos barcos naufragaron! Los hicieron naufragar. Podéis poner cara de incrédulos, pero verdad es.

—¿Cómo los hacían naufragar? —indagó Dick—. ¿Eran atraídos con luces o algo semejante?

El viejo bajó la voz como si temiera que lo oyesen.

—En esta costa, más de cien años hace, una luz había para guiar a los barcos que por aquí navegaban —contó el viejo—. Tenían que dirigirse a la luz y luego costear, evitando los arrecifes que sobresalen del agua. Entonces quedaban a salvo. Pero en las noches tormentosas se colocaba una luz tres kilómetros más allá para engañar a los barcos y arrastrarlos a las rocas.

—¡Qué crueldad! —exclamaron Ana y *Jorge*—. ¿Cómo podía haber hombres capaces de obrar así?

—Sí, es increíble lo que pueden los hombres hacer —dijo el viejo moviendo la cabeza—. Mi padre era un hombre amable que a la iglesia iba y me llevaba con él. Pero siempre se encargaba de poner la luz engañadora, y enviaban un hombre para el barco ver chocar contra las rocas y hacerse pedazos.

—¿Usted ha visto alguna vez un barco estrellarse contra las rocas? —preguntó Dick, imaginándose los chasquidos de las maderas y los gritos de los hombres arrojados al encrespado mar.

—Sí, por desgracia —respondió el anciano con los ojos inmóviles—. Enviado fui a la ensenada con otros hombres para agitar una linterna y engañar otra vez al barco que a los escollos llegaba. Se quejó como si tuviera vida cuando chocó con las rocas y se partió. Y al siguiente día, a la ensenada fui para ayudar a recoger el botín que estaba esparcido entre los escollos. Hubo muchos ahogados aquella noche y…

—No nos describa el cuadro —rogó Dick, sintiendo vértigos—. ¿Dónde encendía su padre la luz? ¿En las colinas o en el acantilado?

—Os mostraré el lugar donde la encendía —dijo el viejo levantándose lentamente—. Sólo hay un lugar en las colinas desde el cual se podía ver la luz. Los «naufragadores» hallaron un buen sitio para la traidora luz. No podía verse desde el interior, lo que les libraba de la intervención de la policía, pero la veían perfectamente los barcos que cerca de la costa navegaban.

Contorneó la colina conduciendo a los muchachos y les señaló un punto de la costa. Entre dos cerros se veía el tejado de una casa y una torre que se elevaba junto a él y que sólo podía verse desde donde ellos estaban. Dick anduvo unos pasos hacia ambos lados, y la casa desapareció en seguida tras un cerro u otro.

—Soy el único que sabe que la luz engañadora puede verse desde tierra —explicó el viejo señalando con su pipa la lejana torre —. Una noche estaba aquí con las ovejas y vi resplandecer una luz. Y que un barco había naufragado en Tremannon oí decir después. Así que deduje que los «naufragadores» eran los que habían encendido la luz.

—¿Vio usted otras veces la luz cuando vigilaba a las ovejas? —inquirió *Jorge*.

—Sí, varias veces —repuso el pastor—. Y siempre en noches de tormenta, cuando los barcos estaban en apuros y buscaban alguna luz que los orientara. Entonces una luz se encendía allí y yo me decía: «Ahora el buen Dios ayude a esos navegantes, pues nadie más los podrá ayudar».

—¡Qué espanto! —exclamó *Jorge*, horrorizada ante tanta maldad

—. Debe de estar usted satisfecho de no ver ya la terrible luz brillando en las noches tempestuosas.

El anciano miró a *Jorge*. En sus ojos había un extraño brillo de terror. Bajó la voz y dijo a *Jorge*, tomándola por un chico.

—Muchacho, esa luz aún brilla en la oscuridad de las noches tormentosas. La torre está en ruinas y habitada por los grajos. Pero tres veces este año la luz he visto. Cuando se acerca una noche de temporal sé que la luz brillará otra vez. Lo siento en los huesos, muchacho; lo siento en los huesos.

Capítulo VI

UNA EXTRAÑA HISTORIA

Los cuatro niños se estremecieron, a pesar del cálido sol, al escuchar las extrañas palabras del viejo. ¿Sería verdad lo que había dicho? ¿Sería cierto que los «naufragadores» encendían aún luces en la torre, ya en ruinas, las noches de tempestad? ¿Cómo era posible? ¿Acaso quedaban todavía «naufragadores» en aquella solitaria costa rocosa?

Dick expresó en voz alta el pensamiento de todos.

—Pero ahora ya se han acabado los naufragios en esta costa, ¿verdad? ¿Hay un faro que señala a los barcos el buen camino?

El anciano asintió con un movimiento de su nevada cabeza.

—Sí, hay un buen faro y no ha habido ningún naufragio en esta costa desde hace muchísimos años. Pero os repito que esa luz se enciende, como se encendía entonces. ¡Lo he visto con mis propios ojos, y veo perfectamente!

—Yo también la he vizto —intervino Guan de pronto.

El viejo lo miró enojado.

—Tú no te metas en lo que no te importa. Nunca has visto esa luz. Tú como un bebé por la noche duermes.

—La he vizto —repitió Guan, tozudo.

Y se apartó de un salto para evitar el bofetón de su bisabuelo.

Dick cambió de tema.

—Abuelo, ¿sabe usted algo del «Camino de los Naufragadores»? ¿Es algún camino secreto que conduce de la ensenada a tierra firme y que utilizaban los «naufragadores»?

El anciano frunció el ceño.

—Esto secreto es. Mi padre me lo mostró y yo juré nunca

decirlo. Todos tuvimos que jurarlo.

—¡Pero si Guan dijo que usted se lo había enseñado! —exclamó Dick.

Guan se levantó de pronto y desapareció tras un grupo de arbustos. Su anciano bisabuelo lo buscó con la mirada.

—¿Guan? ¡Qué embustero! ¡Él nada del «Camino de los Naufragadores» sabe! Nadie sabe eso. Soy el único superviviente que conoce ese camino. Guan no sabe lo que dice. Puede que haya oído hablar del «Camino de los Naufragadores», pero nada más.

—¡Oh! —dijo Dick, decepcionado.

Esperaba que el anciano les enseñara el camino. Así, habrían podido explorarlo. Sin embargo, quizá pudieran hacerlo por su cuenta. Sería divertido intentarlo.

Julián volvió a la cuestión de la luz que se encendía en la vieja torre. Era algo que no comprendía.

—¿Quién puede encender esa luz? —preguntó al anciano—. Usted dijo que la torre está en ruinas. ¿Está seguro de que no fueron relámpagos lo que vio? Siempre que distinguió las luces había tormenta.

—No eran relámpagos —aseguró el viejo—. Primero la luz vi hace noventa años, y os digo que la luz otras tres veces este año he visto; la misma luz, en el mismo sitio y con el mismo tiempo. Y si alguien me dijera que no fue encendida por manos humanas, lo creería.

Tras esta extraordinaria afirmación se hizo un silencio. Ana contempló la lejana torre que sólo se veía entre los dos cerros. El hecho de que sólo desde el lugar en que se hallaban pudiera verse la torre demostraba que los «naufragadores» habían sido muy astutos al elegir aquella construcción para hacer las señales luminosas. Nadie más que el viejo pastor, que andaba por los montes, podría haber visto la luz y deducido lo que se tramaba. Nadie más que él y los propios «naufragadores».

El pastor buceó en los recuerdos almacenados en su mente y relató a los niños historias del pasado, extrañas e increíbles historias. Una de ellas se refería a una mujer a la que se tenía por bruja. ¡Qué cosas hacía!

Los cuatro estaban junto al viejo, maravillados al pensar que, en

cierto modo, estaban conectados con las brujas y los «naufragadores» asesinos de muchos años atrás, a través del anciano pastor.

Guan reapareció tan pronto como Julián abrió el paquete de la merienda. Habían regresado a la choza y se sentaron de cara a poniente, rodeados de ovejas que pacían. Dos corderos jóvenes se acercaron. Parecían tener calor con sus trajes lanudos. Oliscaron al pastor y restregaron contra él sus hocicos.

—A estos corderos los crié con biberón —explicó el viejo—. Siempre lo recordarán. Márchate ya, *Menudo*. El pastel no se ha hecho para vosotros.

Guan se zampó casi la mitad de la merienda. Dirigió a Ana una rápida sonrisa de satisfacción que formó en su cara dos hoyuelos. Ella le sonrió también. Le era simpático el rapaz y lo compadecía. Estaba segura de que su bisabuelo no le daba comida suficiente.

Las campanas de la iglesia sonaron. El sol se ponía.

—Hay que volver a casa —anunció Julián con un dejo de pesar —. El camino no es corto. Gracias por su buena acogida, abuelo. Supongo que se alegrará de verse libre de nosotros y poder fumar sus pipas en paz rodeado de sus corderos.

—¡Oh, sí! —suspiró el abuelo sinceramente—. Acostumbrado estoy a estar solo conmigo mismo, y pensar me gusta. Mis pensamientos tienen cerca de cien años. Si hablar quiero, hablo a mis ovejas. ¡Si vierais cómo escuchan!

Los niños se echaron a reír, pero el anciano hablaba en serio, meditando cada palabra. Recogieron el cesto y se despidieron del viejo pastor.

—¿Qué os parece eso de la luz que aún se enciende en la antigua torre? —preguntó Dick cuando volvían a la granja a través del campo—. ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Creéis que es verdad lo que el viejo ha dicho?

—Sólo hay un modo de averiguarlo —dijo *Jorge* con un brillo de emoción en los ojos—: Esperar a que una noche haya tormenta e ir a verlo.

—Pero ¿y nuestro pacto? —recordó Julián—. Si sucede algo que anuncie una aventura, debemos volverle la espalda. Así lo decidimos, ¿recordáis?

—¡Bah! —exclamó *Jorge*.

—Deberíamos respetar el acuerdo —dijo Ana sin convicción, pues sabía muy bien que sus compañeros no lo harían.

—¡Mirad! ¿Quiénes son ésos? —dijo Dick de pronto, en el momento en que estaban pasando a otro campo por un portillo.

Se sentaron en el suelo y observaron a los que pasaban. Era una caravana de viejos carros descubiertos, los carromatos más antiguos que los niños habían visto jamás. Parecían casas ambulantes de los gitanos.

Diez o doce personas, unas a caballo y otras a pie, iban junto a los carromatos, vestidas con trajes de época. Unas tenían ya cierta edad; otras eran jóvenes, pero todos eran alegres y vestían trajes vistosos.

Los niños los contemplaron. Después de las historias antiguas del anciano, aquella extraña gente no parecía fuera de lugar. Por unos momentos, Ana se sintió trasladada a la época en que el viejo pastor era un muchacho. ¡Debía de haber visto mucha gente vestida como aquélla!

—¿Quiénes son? —preguntó.

Y entonces vieron este letrero rojo pintado en el carro más grande: «LOS DEL GRANERO».

—¡Oh, son «Los del granero»! —exclamó Ana—. ¿No os acordáis? La señora Pennethlan nos habló de ellos. Es esa compañía ambulante que actúa en los graneros de toda la comarca.

«Los del granero» repararon en los asombrados niños. Un artista que llevaba un traje de terciopelo y encajes, una espada en la cintura y una peluca de pelo rizado les lanzó unas hojas. Los cuatro las leyeron con vivo interés:

> ¡LLEGAN «LOS DEL GRANERO»!
>
> Cantarán, bailarán, tocarán el violín;
> darán representaciones de todas clases.
> Edith Wells, la cantante ruiseñor;
> Bonnie Carter, bailarín clásico;
> Janie Coster, el gran violinista;
> John Walters, el mejor tenor del mundo;
> Georgie Roth, el mago de la risa.

Y otros.
También presentamos a *Clopper*, el graciosísimo caballo.

¡LLEGAN «LOS DEL GRANERO»!

—¡Estupendo! —exclamó *Jorge*. Y preguntó, dirigiéndose a los carros—: ¿Trabajarán en la granja Tremannon?

—Sí —repuso un artista de ojos alegres y brillantes—. Siempre actuamos allí. ¿Estáis en la granja?

—Sí —asintió *Jorge*—. Les esperamos. ¿Dónde van ahora?

—A la granja Poltelles. Trabajamos allí esta noche —explicó el artista—. Estaremos pronto en Tremannon.

Los carromatos se alejaron y la abigarrada comitiva de actores extrañamente vestidos desapareció al fin.

—Bueno —exclamó Dick—. Su espectáculo podrá no ser de primera calidad, pero seguro que será divertido. Es una compañía muy alegre.

—Hay una excepción: el hombre que conduce el primer carro —dijo Ana—. ¿Os habéis fijado en él? Tiene cara de pocos amigos.

Pero los demás no lo habían notado.

—Seguramente es el empresario —opinó Dick—, de modo que toda la organización pesa sobre, él. Bien, vamos. ¿Dónde está *Tim*?

Miraron a su alrededor y *Jorge* frunció el ceño. Guan los había seguido, como de costumbre, y *Tim* estaba jugando con él.

¡Qué pesado era aquel chiquillo! ¿Tendrían que soportarlo siempre y hora tras hora?

Volvieron a la apacible granja. Las gallinas estaban aún picoteando por todas partes y los patos graznaban. Un caballo pateó cerca de ellos, y los cerdos llenaban el recinto de la granja con sus gritos.

Se oyeron pasos en el patio y apareció el señor Pennethlan. Tras dirigirles un gruñido, entró en el granero.

Ana dijo casi en un susurro:

—Así debieron de ser los «naufragadores». Cada vez que veo a este hombre, tengo esta idea.

—Ya sé por qué lo dices —manifestó Dick—: Porque es un hombre fuerte y rudo, un hombre… ¿Cuál es la palabra? ¡Ah, sí!:

cruel. Estoy seguro de que sería un buen «naufragador».

—¿Creéis que hay «naufragadores» todavía y que la luz se enciende en la torre para atraer a los barcos hacia las rocas?

—No, no creo que queden «naufragadores» en este país. Nadie toleraría semejante salvajada. Sin embargo, si la luz se enciende, por algo será.

—El anciano ha dicho que no se han producido naufragios desde hace años —intervino Julián—. Sin duda, eso de la luz es una alucinación del viejo.

—Pero Guan dice que también él la ha visto —recordó Ana.

—No estoy seguro de que Guan sea sincero —replicó Julián.

—¿Por qué diría el anciano pastor que la luz no la encendían manos humanas? —preguntó *Jorge*—. No comprendo qué otra clase de manos pueden encender luces. ¿Creerá que lo hace todavía su padre?

Hubo un silencio.

—Podríamos averiguar algo si fuéramos a inspeccionar la torre —sugirió Dick.

Nuevo silencio.

—Nos comprometimos a no descifrar ningún misterio —advirtió Ana.

—En realidad, esto no es un misterio —arguyó Dick—, sino sólo una historia referida por un viejo. Además, no creo que se encienda la luz en las noches tormentosas. El anciano debió de ver relámpagos o algo parecido. ¿Por qué no decidimos ir a explorar la casa y la torre y dejamos para entonces la solución del problema?

—Yo quiero ir —anunció *Jorge* con firmeza—. Nunca me ha parecido buena idea huir de los casos que se nos presentan de improviso. Nos llevaremos a *Tim*, aunque no creo que corramos ningún peligro.

—Bien, accedo —suspiró Ana—. Iremos, ya que todos lo deseáis.

—Eres una buena chica, Ana —sonrió Dick, dando a su hermana una palmada cariñosa en la espalda—. Pero no hace falta que vengas. Te puedes quedar. Ya te lo contaremos todo cuando volvamos.

—¡De ningún modo! —replicó Ana, enojada—. Tal vez no tenga tantas ganas de ir como vosotros, pero no consentiré que me dejéis

a un lado. ¡Eso ni pensarlo!

—Muy bien. Está decidido —dijo Julián—. Iremos tan pronto como podamos. Mañana quizá.

La señora Pennethlan abrió la puerta y los llamó.

—El té está preparado. Debéis de tener apetito. ¡Adentro, pues!

El sol desapareció de pronto. Julián alzó los ojos al cielo, sorprendido.

—¡Eh! Mirad esos nubarrones —exclamó—. Se avecina una tempestad. Ya se veía venir. Hoy ha hecho un calor bochornoso.

—¡Una tempestad! —repitió *Jorge*—. La luz se enciende en las noches tempestuosas. ¡Oh, Julián! ¿Crees que se encenderá esta noche? ¡Vayamos a verlo!

Capítulo VII

SALIDA NOCTURNA

Antes de que los niños terminaran de tomar el té, la espaciosa cocina estaba casi a oscuras. Negras nubes que llegaban del oeste se amontonaban silenciosas, ceñudas y amenazadoras. Muy lejos aún, retumbó el primer trueno.

El pequeño *scottie* irrumpió en la cocina y corrió a refugiarse bajo las faldas de la señora Pennethlan. Temía a las tormentas. La granjera lo consoló, y su corpulento marido se echó a reír inesperadamente y dijo algo así como «ton».

—No, no es asustadizo como un ratón —protestó la granjera, cuya capacidad de interpretar los sonidos que emitía su marido era realmente asombrosa—. Es sencillamente que no le gustan los truenos. Nunca le han gustado. Esta noche dormirá con nosotros.

El señor Pennethlan lanzó entonces por su boca una serie de sonidos que su mujer escuchó ansiosamente.

—Bien —repuso ésta—. Si tienes que levantarte para echar una mirada a *Jenny*, el caballo, procuraré que *Benny* no eche la casa abajo con sus ladridos.

Se volvió hacia los niños.

—No os preocupéis si la oís ladrar. Será sólo que el señor Pennethlan baja a ver al caballo.

Tras un nuevo relámpago se oyó un segundo trueno, éste un poco más cerca. Empezó a llover. Pronto cayó el agua a cántaros, en gruesas gotas que golpeaban el tejado y azotaban el suelo con un fragoroso rumor.

Los cuatro niños sacaron las cartas y se pusieron a jugar a la luz de un quinqué, pues no había electricidad en Tremannon. *Tim* se

sentó en el suelo y apoyó la cabeza en las rodillas de *Jorge*. No temía a los truenos, pero tampoco le gustaban.

—Me parece que lo mejor será que nos vayamos a la cama —dijo Julián.

Sabía que los Pennethlan no querían acostarse tarde, porque se levantaban muy temprano, y que no se irían a dormir hasta que ellos lo hicieran.

Dieron las buenas noches al matrimonio y subieron a sus minúsculas habitaciones. Las ventanas estaban aún abiertas, y sus pequeñas cortinas, descorridas. Se asomaron y vieron claramente las colinas a la luz de los relámpagos. Les encantaba la tempestad, especialmente a Dick. Había algo majestuoso en aquella tormenta que galopaba sobre las montañas y el mar, retumbando en torno de ellos y rasgando el cielo con el fulgurante serpenteo de los relámpagos.

—Julián, ¿quieres que vayamos a la torre de las colinas para ver si se enciende la luz esta noche? —preguntó *Jorge*—. Cuando te lo he preguntado antes, en vez de contestarme te has echado a reír.

—Y ahora vuelvo a reírme —respondió Julián—. Desde luego, no iremos. Nos pondríamos como una sopa. Además, no me seduce ir bajo los rayos por esos montes.

—Bien —aceptó *Jorge*—. La verdad es que tampoco a mí me atrae demasiado hacer una excursión en una noche tan terrible y oscura como ésta.

—Entonces, adiós. Vamos a la cama, Dick.

Durante un buen rato la tempestad siguió rugiendo en los montes como si estuviera encerrada en ellos. Las niñas se durmieron en seguida, pero los chicos estaban desvelados por el calor pegajoso.

—Dick —dijo Julián de pronto—, vámonos. Ya no llueve. Vayamos a ver si hay luz en la torre. La noche es a propósito para que se encienda, según nos ha explicado el pastor.

—De acuerdo —repuso Dick, y añadió mientras empezaba a vestirse—: No puedo dormir, a pesar del sueño que tenía cuando me he acostado.

Se pusieron poca ropa porque la noche seguía siendo calurosa. Julián echó mano de su linterna y Dick buscó la suya.

—Ya la tengo. ¿Listo, Julián? Pues vamos. Procuremos no hacer ruido al pasar junto a la habitación de los Pennethlan; no hay que despertar al pequeño *scottie* que duerme con ellos esta noche.

Se deslizaron por el pasillo, pasaron ante la alcoba de los Pennethlan y bajaron la escalera. Un escalón crujió ruidosamente, y se detuvieron alarmados, conteniendo la respiración. Temían que *Benny*, el *scottie*, empezara a ladrar furiosamente.

Pero no ladró. Fue una suerte. Siguieron bajando con las linternas encendidas y llegaron a la planta baja.

—¿Salimos por la puerta principal o por la trasera? —preguntó Dick.

—Por la trasera —susurró Julián—. La principal es muy pesada y cuesta mucho abrirla.

Siguieron avanzando por el pasillo y no se detuvieron hasta llegar a la puerta trasera, que estaba en la cocina. La habían cerrado con llave y habían echado el cerrojo, pero los dos muchachos lograron abrirla sin hacer demasiado ruido.

Salieron a la oscuridad. La lluvia había cesado, pero el cielo estaba cubierto de nubes. Los truenos se oían ya muy lejanos. Se había levantado una fresca brisa y los chicos la sintieron en sus rostros.

—¡Qué vientecito tan agradable! —murmuró Dick—. Ahora atravesemos el patio. Supongo que éste será el camino más corto para llegar al portillo que da al campo…

—Lo mismo creo —respondió Julián.

Cruzaron el entonces silencioso patio y que de día era una baraúnda de cacareos, gruñidos, pateos y toda clase de ruidos y voces.

En aquel momento estaba desierto y oscuro. Pasaron junto al granero y los establos. Percibieron un ligero resoplido.

—Es el caballo *Jenny*. Debe de sentirse mal —dijo Julián, deteniéndose—. Vamos a echarle una mirada. La última vez que lo vi estaba echado y ponía una cara que daba pena.

Dirigieron el foco de sus linternas por encima de la media puerta del establo y miraron hacia el interior.

Jenny estaba en pie, comiendo. Ya le había pasado todo. Miró a los niños mientras resollaba.

Continuaron la marcha. Al llegar al portillo lo saltaron. Empezó a llover de nuevo. De no llevar sus linternas, Dick y Julián no habrían podido ver nada, tan oscura era la noche.

—Julián, ¿has oído? —preguntó Dick deteniéndose de pronto.

—No. ¿Qué ha sido? —preguntó Julián.

—Parecía un estornudo —repuso Dick.

—Entonces ha sido un cordero —dijo Julián—. Una vez oí estornudar a uno. Lo hacía exactamente igual que el tío Quintín. Es un estornudo lúgubre y profundo.

—No, no ha sido un cordero —replicó Dick—. Además, no hay corderos por aquí.

—Entonces, te ha engañado el oído. Estoy seguro de que no hay nadie, aparte nosotros, para salir de casa en una noche como ésta.

Siguieron avanzando cautelosamente. Los truenos volvían a oírse bastante cerca. Dick se detuvo de nuevo, asiendo el brazo de Julián.

—Alguien va delante de nosotros a corta distancia; lo he visto un instante, a la luz de un relámpago. Estaba saltando aquel portillo, el que vamos a cruzar nosotros. ¿Quién será?

—Si, como parece, lleva el mismo camino que nosotros, lo más probable es que nos haya visto.

—No creo que se le haya ocurrido mirar hacia atrás. Vamos, averigüemos adónde va.

Siguieron andando hacia el portillo cautelosamente. Lo saltaron. Y entonces, de pronto, una mano sujetó a Dick por el hombro.

Dick se sobresaltó. La mano lo sujetaba con fuerza brutal. Dick profirió un grito y trató de desprenderse de aquella garra.

Julián notó también que una mano intentaba apresarlo, pero la esquivó y se ocultó en el seto. Apagó inmediatamente su linterna y permaneció inmóvil, sintiendo que el corazón le latía con violencia.

—¡Déjeme! —gritó Dick retorciéndose como una anguila.

A consecuencia de la lucha, su camisa se rasgó. De pronto, Dick dio un fuerte puntapié al desconocido en una pierna, y éste lo soltó. Cuando trató de asirlo de nuevo, era ya demasiado tarde: Dick se había alejado a todo correr, dejando un jirón de su camisa en manos del enemigo.

Corrió por la senda que partía del portillo y se dejó caer bajo un arbusto. Pronto oyó que el hombre se acercaba gruñendo, y se pegó

aún más al suelo bajo el arbusto. La luz de una linterna se paseó en torno de él, pero el desconocido no lo descubrió.

Dick esperó hasta que los pasos dejaron de oírse a lo lejos, y salió a rastras de su escondite. Avanzó en silencio por el camino.

—¡Julián! —susurró.

Y dio un salto cuando le respondió una voz muy próxima a su cabeza.

—Estoy aquí. ¿Estás bien?

Dick vio vagamente que estaba debajo de un árbol, pero no pudo distinguir nada más.

—Se me ha caído la linterna no sé dónde. ¿Estás en el árbol, Julián?

Una mano se posó en su cabeza.

—Estoy aquí, en la primera rama. Me he escondido primero en el seto y luego me he subido a este árbol. No me atrevo a encender la linterna por si ese tipo ronda por aquí y ve la luz.

—Se ha ido por el sendero. Por poco me arranca el hombro. Se ha llevado la mitad de mi camisa. ¿Quién es? ¿Lo has visto?

—No —respondió Julián mientras bajaba del árbol—. Vamos a buscar tu linterna. No podemos renunciar a una linterna tan excelente. Debe de estar cerca del portillo.

Fueron a buscarla. Julián no quiso encender la suya. De modo que tuvieron que buscar a tientas. Dick la pisó de pronto y la recogió, dando gracias a Dios.

—Escucha, ahí viene ese tipo otra vez. ¡Estoy seguro! —exclamó Dick—. He oído su tosecilla seca. ¿Qué hacemos?

—Oye, yo no iría a las colinas para ver si han encendido la luz. Mi opinión es que nos escondamos y sigamos a ese sujeto para averiguar adónde va. No creo que una persona que vaga por el campo a estas horas de la noche busque nada bueno.

—Tienes razón. Escondámonos en el seto. ¡Diantre! ¡Esto está lleno de ortigas! Tenemos el santo de espaldas.

Los pasos se acercaron y la tos se oyó de nuevo.

—Creo que conozco esa tos —susurró Dick.

—¡Silencio! —musitó Julián.

El desconocido se acercó al portillo y lo saltó. Los chicos lo oyeron y, poco después, lo seguían sigilosamente. No podían oír sus

pasos, pues los amortiguaba la hierba, pero el cielo se había aclarado un poco y veían la sombra que avanzaba ante ellos.

Le siguieron a una prudente distancia. Contenían la respiración cuando tropezaban con una piedra o hacían crujir una ramita con sus pies. De vez en cuando oían toser al perseguido.

—Se dirige a la granja —murmuró Julián, al ver la silueta de los enormes graneros—. ¿Será algún trabajador de los Pennethlan? Tienen sus casitas alrededor de la granja.

El desconocido llegó al patio y lo cruzó, procurando no hacer ruido. Dick y Julián continuaban la persecución. El perseguido rodeó los graneros y atravesó el jardincito que cuidaba la señora Pennethlan. Los chicos no lo perdían de vista.

Se dirigió a la puerta principal. Los muchachos lo observaban sin respirar. ¿Sería un ladrón?

Se acercaron de puntillas. Oyeron un leve «clic» y un ruido de cerrojos que se corren. Después volvió a reinar el silencio.

—¡Ha entrado! —exclamó Julián, atónito.

—Pero ¿no sabes quién es? ¿Es posible que no lo hayas deducido? Debimos sospecharlo cuando oímos la tos. ¡Es el señor Pennethlan! No me sorprende que casi me dislocara el hombro con su manaza.

—¡El señor Pennethlan! ¡Pues claro! ¡Tienes razón! —dijo Julián, tan sorprendido, que se olvidó de hablar en voz baja—. No hemos notado que la puerta principal estaba abierta porque hemos salido por la trasera. ¿Adónde habrá ido? Desde luego, no le preocupaba el caballo, que, como has visto, ya está bien.

—Quizá le guste pasear de noche —apuntó Dick—. En fin, entremos. Tengo frío. Voy con media camisa.

Se dirigieron a la puerta trasera. Aún estaba entreabierta, afortunadamente. Entraron, cerraron y echaron la llave. Luego subieron la escalera de puntillas. Lanzaron un suspiro de alivio cuando se encontraron en su habitación.

—Enciende tu linterna, Julián, y mira mi hombro. Me duele. Debo de tenerlo amoratado.

Julián enfocó con su linterna el hombro de Dick y emitió un suave silbido.

—Tienes un gran morado. Te lo debió de estrujar brutalmente.

—Sí, fue un apretón brutal —murmuró Dick—. Bueno, lo cierto es que hemos perdido el tiempo. Hemos seguido a nuestro anfitrión y el granjero nos ha atrapado y, siguiéndolo de nuevo, nos hemos encontrado aquí. Nos hemos portado como dos tontos.

—Olvídalo —repuso Julián metiéndose en la cama—. De todos modos, estoy seguro de que esta noche no se ha encendido la luz en la torre. No hemos perdido nada con no ir a comprobarlo.

Capítulo VIII

LLEGAN «LOS DEL GRANERO»

Los dos chicos miraron con curiosidad al señor Pennethlan cuando se encontraron con él a la mañana siguiente. Era chocante la aventura que la noche anterior habían corrido con él. El granjero no sabía que los perseguidores a quienes había intentado capturar eran ellos. Tosió una vez más con su tos seca y breve y Julián le dio un codazo significativo a Dick.

La señora Pennethlan estaba a la cabecera de la mesa donde tomaban el desayuno, radiante y parlanchina como de costumbre:

—¿Habéis dormido bien? —preguntó—. La tormenta terminó pronto, ¿verdad?

El señor Pennethlan se levantó diciendo «¡Ah! ¡Oh! ¡Uf!» o algo parecido, y se marchó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ana.

No se explicaba cómo podía haber alguien que comprendiera el extraordinario lenguaje del señor Pennethlan. Julián había dicho que hablaba en abreviatura.

—Ha dicho que quizá no vuelva a la hora de comer —aclaró la señora Pennethlan—. Tomará algo en alguna parte. Se ha desayunado hace ya un buen rato: a las seis y media. Me alegro de que haya venido a tomarse una taza de té. El pobre ha pasado en vela casi toda la noche.

Los dos chicos se miraron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Julián.

—Que ha tenido que estar dos horas con el pobre *Jenny* —explicó la granjera—. Me desperté cuando se levantó. Afortunadamente, *Benny* no ladró. Mi marido tardó dos horas en

volver. Por eso sé el tiempo que pasó junto al caballo.

Julián y Dick no lo compadecían. Sabían muy bien que el señor Pennethlan no había estado con el caballo durante su ausencia. *Jenny* estaba perfectamente cuando lo vieron al salir de la granja.

Estaban perplejos. ¿Por qué mentiría el señor Pennethlan a su mujer? ¿Qué había estado haciendo que no quería que ni ella lo supiese?

Después del desayuno, cuando fueron a recoger grosellas, frambuesas y ciruelas para la ensalada de frutas, lo explicaron todo a las niñas. Ana y *Jorge* escucharon el relato boquiabiertas.

—Os fuisteis sin avisarnos —les reprochó *Jorge*—. Me habría gustado acompañaros.

—El señor Pennethlan siempre me ha parecido un hombre extraño y siniestro —dijo Ana—. Estoy segura de que es una mala persona. Su esposa, en cambio, es la mujer más agradable que he conocido.

Recogieron gran cantidad de grosellas rojas. Ana tuvo la sensación de que alguien estaba oculto cerca de ellos, y miró, inquieta, en todas direcciones. Sí, alguien había en aquellas altas matas de frambuesa. Estaba segura. Miró con atención y descubrió al que acechaba.

Era Guan, ¿cómo no? Debió de suponerlo. Le dirigió una sonrisa y el chiquillo se acercó. Sentía por Ana una simpatía especial. Tendió la mano.

—No tengo caramelos —dijo Ana—. ¿Qué te pareció la tormenta de anoche? ¿Estabas asustado?

Guan negó con un movimiento de cabeza. Después se acercó más a la niña y le dijo en voz baja:

—He vizto la luz ezta noche.

Ana lo miró atónita.

—¿Te refieres a la luz que se enciende en la vieja torre?

Guan asintió. Ana corrió hacia el sitio donde Julián y Dick cogían grosellas, de las que comían tantas como echaban al cesto.

—¡Julián, Dick! Guan dice que anoche vio luz en la torre.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamaron los dos chicos a la vez.

Y Julián preguntó a Guan, que estaba detrás de Ana:

—¿De modo que viste la luz?

—¿En la torre? —añadió Dick.

Guan asintió de nuevo.

—¿La vio tu bisabuelo?

Guan repuso:

—Zí, él también la vio.

—¿De veras? —preguntó Julián, dudando de las palabras de Guan.

Guan volvió a asentir.

—¿A qué hora fue? —dijo Dick.

Pero a esto no le pudo responder Guan. No tenía reloj. Además, aunque lo hubiera tenido, no habría sabido ver la hora que señalaba.

—¡Diantre! —dijo Julián a Dick—. Nos equivocamos. Si Guan dice la verdad, anoche deberíamos haber visto la luz.

—Iremos esta noche a verla —exclamó Dick resueltamente—. El cielo está cubierto de nubes negras y sopla el viento. La luz se enciende en la torre en días como éste. Por lo tanto, hoy podremos verla. Pero que me aspen si entiendo por qué se enciende todavía esa luz. Ningún barco hará caso de ella, teniendo la guía segura de un faro.

—Yo también iré —dijo Guan, que había escuchado en silencio.

—No, tú no vendrás —replicó Julián—. Te quedarás con tu bisabuelo. Si notara tu ausencia, se asustaría.

Empezó a llover.

—¡Oh! —exclamó *Jorge*—. Quiera Dios que no cambie el tiempo. ¡Ha sido tan bueno hasta ayer! Hoy hace fresco con este vientecillo. Vámonos, Ana. Hemos recogido fruta suficiente para alimentar a un ejército.

Todos volvieron a la casa. La lluvia arreciaba. La señora Pennethlan los recibió con una gran noticia.

—¡«Los del granero» han pedido el nuestro para mañana por la noche! —exclamó—. Darán en él su primera representación y después se irán a otra parte. ¿Queréis ayudarme a limpiarlo?

—¿Cómo no? —dijo Julián—. Empezaremos ahora mismo. Hay que sacar muchos trastos. ¿Dónde los ponemos? ¿En el otro granero?

«Los del granero» se presentaron veinte minutos después y se

fueron directamente al granero que les habían cedido otras muchas veces para sus representaciones. Quedaron encantados al ver a los niños y muy agradecidos por su ayuda.

No llevaban los trajes de época con que los habían visto los niños el domingo por la tarde, sino simples guardapolvos. Las mujeres se dedicaron también al duro trabajo de limpiar el granero, donde después tendrían que montar un sencillo escenario con sus bastidores.

Julián vio la cabeza de un caballo. La transportaba un hombrecillo vivaracho que la exhibía con cómico orgullo.

—¿Qué es eso? ¡Ah, sí! Es la cabeza de *Clopper*, el caballo que se sienta y cruza las piernas, ¿no?

—Exacto —dijo el hombrecillo—. Soy el encargado de la custodia de su cabeza. ¡No puedo perderla de vista! Son órdenes del jefe.

—¿Quién es el jefe? ¿Aquel tipo que está allí?

Y señalaba a un hombre malcarado que vigilaba la colocación de algunas balas de paja.

—Sí —repuso el hombrecillo, haciendo una mueca—. ¡Es muy poderoso! ¿Qué piensas de mi caballo, muchacho?

Julián contempló la cabeza del animal. Estaba perfectamente reproducida y tenía una mirada muy cómica. Tanto su boca como sus grandes ojos podían abrirse y cerrarse.

—Yo sólo soy las patas traseras —dijo el hombrecillo, apenado —. Pero me cuido de la cola también. El señor Binks, aquél que está allí, se encarga de las patas delanteras y de la cabeza. Te gustaría ver al viejo *Clopper* en escena. No hay otro caballo como él en todo el mundo, puedo afirmarlo. Sabe hacerlo todo.

—¿Dónde están sus patas y su cuerpo? —inquirió Dick, que acababa de llegar y miraba con gran interés la cabeza del caballo.

—Allí —repuso el hombrecillo extendiendo el brazo—. Bueno, yo me llamo Sid. ¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí?

Julián se presentó a sí mismo y presentó a Dick. Luego explicó que estaban limpiando el granero porque se hospedaban en la granja. Y como aún no había hecho nada, decidió llevarse una bala de paja.

—¿Quiere echarme una mano? —preguntó al hombrecillo.

Sid negó con la cabeza.

—Lo siento, pero órdenes son órdenes y no puedo dejar la cabeza de *Clopper* en ninguna parte. Adonde vaya yo, ha de ir ella conmigo. Podría decirse que *Clopper* y yo dependemos el uno del otro.

—¿Por qué? —preguntó Dick—. ¿Tanto valor tiene esa figura de caballo?

—No es eso —repuso Sid—. Lo que vale de *Clopper* es su popularidad. Sólo os diré que cuando vemos que la función decae, sacamos a *Clopper*. Inmediatamente oímos risas y aplausos: el público se pone de buen humor. ¡Oh! *Clopper* ha salvado nuestras representaciones muchas veces. *Clopper* es una gran atracción.

Se acercó el señor Binks. Era un hombre atlético y bastante más alto que Sid. Hizo un guiño a los chicos.

—Admirando al viejo *Clopper*, ¿eh? ¿Os ha hablado Sid de aquella vez que la cabeza de *Clopper* cayó del carro, y no lo advertimos hasta que habíamos recorrido muchos kilómetros? ¡Cómo se puso el jefe! Dijo que no podíamos actuar sin *Clopper*, por poco nos despide a todos.

—¡Somos verdaderamente importantes! —exclamó Sid, golpeándose el pecho e iniciando una cómica danza con la cabeza del caballo ante sí—. ¡Binks, *Clopper* y yo! No hay función sin nosotros.

—No dejes la cabeza de *Clopper* en el suelo —le advirtió Binks —. El jefe no te quita ojo. Mira, te está llamando.

Sid se acercó al jefe, un tanto alarmado. Llevaba la cabeza del caballo bien sujeta debajo del brazo.

El hombre malcarado le dijo algo con el ceño fruncido y Sid asintió. Julián se acercó a él cuando volvió.

—Tengo curiosidad por saber cuánto pesa esa cabeza. Déjamela un momento.

Sid se la pasó inmediatamente al otro brazo, a la vez que dirigía una rápida mirada al jefe, preguntándose si habría oído al muchacho. Luego miró a Julián.

—¿Cómo te atreves a pedirme eso, después de haberte dicho que tengo prohibido separarme de esta cabeza? Además, el jefe me acaba de decir: «Aléjate de esos chicos. Ya conoces sus trucos. Se

llevarán la cabeza apenas te descuides». ¿Quieres que pierda el empleo?

Julián se echó a reír.

—¡Bah! No perderá su empleo por tan poca cosa. ¿Cuándo van a ensayar usted y el señor Binks? ¡Nos gustaría ver lo que hacen!

—Bien, eso es fácil —dijo Sid, calmándose—. ¡Eh, Binks! Estos chicos quieren vernos ensayar. Ponte las patas.

Binks y Sid se dirigieron a un espacio libre del gran granero y se dispusieron a ponerse la piel de cañamazo y las patas del caballo. Sid mostró a los niños cómo movía la cola con la mano cuando quería.

Binks se colocó la cabeza y las patas delanteras. Su propia cabeza no pasaba del cuello del caballo. Podía hacer uso de las manos para tirar de los cordeles que abrían la boca del caballo y hacían mover sus redondos ojos.

Sid introdujo sus piernas en las patas traseras, dobló el cuerpo hacia adelante, apoyó la cabeza y las manos en Binks y formó de este modo la mitad posterior del caballo. Alguien se acercó y unió las dos partes del animal.

—¡Oh! ¡Qué caballo tan gracioso! —exclamó Dick.

Tenía una apariencia algo grotesca y era extremadamente ágil y flexible. Los dos hombres que se habían introducido en él empezaron a obligarle a hacer toda clase de cómicos movimientos. Primero avanzó haciendo eses. Después se detuvo y pataleó con las patas delanteras, imitando el taconazo de las bailarinas. A continuación hizo lo mismo con las patas traseras. Éstas se enredaron y el animal cayó sentado en el suelo. Entonces la cabeza empezó a mirar sorprendida en todas direcciones.

Los cuatro niños y Guan, que acechaba desde la puerta, presenciaban el espectáculo desternillándose de risa ante las extravagancias del caballo.

Se mordió la cola, empezó a girar como un trompo, se levantó, manteniéndose sobre sus patas traseras únicamente, saltó como un canguro y su boca emitió toda clase de sonidos. Toda la compañía lo observaba, e incluso el malcarado jefe esbozó una sonrisa.

Finalmente, el caballo se sentó sobre sus patas traseras, cruzó las delanteras en el aire, mirando cómicamente a su alrededor, y lanzó

un descomunal bostezo que dejó al descubierto su enorme dentadura.

—¡No hagan nada más! —suplicó Ana, agotada por la risa—. ¡Oh, *Clopper*! Comprendo que seas imprescindible. Aquí serás la mejor atracción del espectáculo.

Fue una mañana agitada y divertida. «Los del granero» la llenaron de charlas, bromas y risas. Sid y Binks se quitaron sus disfraces de caballo. Aquél se apoderó inmediatamente de la cabeza del animal y se la puso debajo del brazo mientras le dedicaba una cómica mueca.

La señora Pennethlan llamó a los niños a la hora del almuerzo. Guan corrió hacia Julián y lo sujetó por el brazo.

—Anoche vi la luz —dijo con vehemencia—. Venid a verla esta noche. No dejéis de venir.

Julián se había olvidado del chiquillo, a causa de la agitación de la mañana. Le respondió, con un guiño amistoso:

—Bien; iremos esta noche. Pero tú no vendrás, Guan. De modo que no te hagas ilusiones. Ahora toma este pastelito y esfúmate.

Capítulo IX

LA LUZ EN LA TORRE

Al caer la tarde, el espacioso granero estaba completamente transformado. Habían sacado la paja, los sacos de grano y de abono, las máquinas y todo lo almacenado allí. Parecía mucho mayor aún. «Los del granero» miraban con orgullo aquel «teatro» donde iban a actuar.

—Hemos estado muchas veces aquí —explicaron a los niños—. Es el mejor granero de la comarca. Su único defecto es la escasez de público. Esto es un desierto. Sólo hay dos pueblos lo bastante cerca para que puedan venir sus habitantes. Sin embargo, lo pasamos muy bien aquí. La señora Pennethlan nos da un gran banquete después de la función.

—Eso explica —dijo Dick con un guiño significativo— por qué vienen ustedes a este lugar solitario: lo que les atrae es la comida de la señora Pennethlan. No los critico. Yo también he recorrido una distancia respetable por la misma razón.

Habían montado un escenario con largos tablones tendidos sobre barriles. En el fondo del tablado, cubriendo la pared de madera, se había colgado una decoración que representaba una escena campestre. La había pintado la propia compañía.

—Este trozo lo pinté yo —dijo Sid, mostrando a Dick un caballo que formaba parte de la escena campestre—. Como ves, es *Clopper*.

«Los del granero» tenían varias decoraciones. Así podían cambiarlas durante la representación. También tenían piezas movibles, construidas igualmente por ellos mismos. Estaban orgullosos de todas, pero especialmente de una que representaba un castillo.

Este castillo tenía una torre que recordó a los niños aquella otra donde, según Guan, había brillado una luz la noche anterior. Se miraron unos a otros con disimulo y se comprendieron. Irían a ver la luz con sus propios ojos, y entonces sabrían si Guan y su bisabuelo decían la verdad.

Julián se preguntó si se encontrarían también con el señor Pennethlan aquella noche. *Jenny*, el caballo, estaba ya bien, eso suponiendo que hubiera estado enfermo. Lo vieron paciendo por el campo. Así que el señor Pennethlan no tendría ninguna excusa para salir de casa aquella noche.

Los niños no podían imaginarse por qué había salido la noche anterior, con un tiempo tan malo. ¿Habría ido a reunirse con alguien? No había tenido tiempo para ir a ver al pastor. Además, ¿para qué ir a verlo si lo había visto por la mañana?

La señora Pennethlan fue a echar una mirada al granero, que ya estaba casi listo para la función de la noche siguiente.

Estaba congestionada de emoción. Era un gran día para ella. «¡Los del granero» en su granero! Los aldeanos de los alrededores acudirían. Tendría que darles una gran cena. ¡Era en verdad emocionante!

No salía de la cocina, donde trabajaba sin descanso. Su enorme despensa estaba repleta de los más apetitosos pastelillos, tartas y empanadillas. También había jamones y quesos. Los niños fueron contemplándola por turno y aspirando con deleite sus emanaciones. La señora Pennethlan acabó por echarlos, entre alegres risas.

—Mañana tendréis que ayudarme. Desgranaréis guisantes y judías, pelaréis patatas, iréis a buscar grosellas y frambuesas, y también fresas silvestres, pues dan muy buen sabor a la ensalada de frutas. Las encontraréis a centenares en aquel bosquecillo.

—La ayudaremos con mucho gusto —dijo Ana—. Aquí todo nos divierte. Pero no pretenderá usted hacer toda esa cena sola, ¿verdad?

—Entre los aldeanos encontraré un par de ayudantes para servirla —exclamó la rolliza granjera, feliz al parecer ante el exceso de trabajo culinario—. Me levantaré a las cinco de la mañana. Así tendré tiempo para hacerlo todo.

—Entonces, tendrá que acostarse temprano —le dijo *Jorge*.

—Todos nos iremos a la cama pronto. Como mañana tenemos que madrugar y nos acostaremos tarde, nos conviene descansar esta noche. Al señor Pennethlan será fácil convencerlo de que se acueste temprano. Siempre está dispuesto a hacerlo.

Los niños estaban seguros de que se iría pronto a la cama, ya que la noche anterior había dormido poco. Julián y Dick estaban también bastante cansados, pero firmemente resueltos a ir a las colinas para ver si realmente se encendía la luz.

La comida fue tan suculenta como de costumbre. El señor Pennethlan participó en ella. Comió sin descanso, muy serio y sin despegar los labios. Al fin, dijo algo así como «¡Oh! ¡Aoh! ¡Oah!».

—Me alegro de que te guste el pastel, «señor» Pennethlan —respondió su esposa—. Aunque parezca inmodestia, reconozco que está riquísimo.

Era increíble la facilidad con que interpretaba los sonidos ininteligibles que emitía su esposo. No era menos sorprendente que se mostrara tan ceremoniosa con su marido y lo llamara «señor». Ana se preguntó si también lo llamaría señor Pennethlan cuando estaban solos. La niña observó atentamente al gigante moreno. ¡Cómo comía!

Él alzó los ojos y, al ver que Ana lo observaba, le dijo:

—¡Ah! ¡Oooh! ¡Ock! ¡Ack!

Ana se quedó boquiabierta, sin saber qué decir. ¿Sería algún idioma extranjero?

—Señor Pennethlan, no atormentes a esa criatura —saltó su mujer—. No sabe qué contestarte. ¿Verdad, Ana?

—Pues… es que… no he entendido lo que ha dicho —repuso Ana, sonrojándose.

—Señor Pennethlan, ¿te has convencido de que sin la dentadura hablas muy mal? —lo reprendió la granjera—. Ya te he dicho que debes ponértela cuando quieras hablar. Yo te entiendo perfectamente, pero los demás no. Sólo oyen un murmullo inarticulado.

El señor Pennethlan frunció el ceño y lanzó un gruñido. Los niños lo miraron confundidos al enterarse de que no tenía dientes. ¡Era extraordinario! ¿Cómo se las arreglaría para comer con tanta facilidad? El granjero mascaba, partía, trituraba… ¡Todo sin

dientes!

«Por eso habla de un modo tan raro —pensó Dick, divertido—. Si come tanto sin dientes, ¿cómo comería si los tuviera?».

La señora Pennethlan cambió de conversación al advertir que su esposo estaba enojado. Empezó a hablar alegremente de «Los del granero».

—¡Ese *Clopper* es graciosísimo! La caída que hace después de pasearse contoneándose por el escenario es algo digno de verse. El señor Pennethlan se ríe tanto, que no sé cómo puede mantenerse en su asiento. Está enamorado de ese caballo. Lo ha visto docenas de veces y siempre que lo vuelve a ver se muere de risa.

—Es un número divertidísimo —dijo Julián—. Me gustaría representarlo en la fiesta de fin de curso del colegio. Dick y yo lo podríamos hacer. ¡Si el señor Binks y Sid nos permitieran ensayarlo!

Terminó la comida. La mayor parte de las fuentes estaban vacías y la señora Pennethlan resplandecía de gozo.

—Lo habéis hecho muy bien. Así me gusta; hay que comerse todo lo que se pone en la mesa.

—Eso es fácil cuando lo que se pone en la mesa está hecho por usted —dijo *Jorge*—. ¿Verdad, *Tim*? No me cabe duda de que a *Tim* le gustaría quedarse aquí para siempre. Estoy segura de que envidia a los perros de la granja.

Después de lavar los platos, tarea en la que todos ayudaron, excepto el señor Pennethlan, se sentaron un rato a leer. Pero el granjero empezó a bostezar de tal modo, que no tardó en contagiar a los demás. La señora Pennethlan se echó a reír.

—¡Vamos! ¡Todos a la cama! En mi vida había oído tantos bostezos a la vez. ¡Pobre señor Pennethlan! Se comprende que tenga sueño después de haber pasado anoche tantas horas junto a *Jenny*.

Los niños se miraron. Sabían muy bien dónde había pasado el granjero aquellas horas.

Todos subieron a acostarse. Los niños se echaron a reír al oír que el señor Pennethlan seguía bostezando ruidosamente en su habitación. Julián miró por la ventana. La noche era profundamente oscura. La lluvia caía en repentinas ráfagas. El viento aullaba, y Julián creyó oír el fragor de las olas que se estrellaban contra las rocas en la ensenada. Con aquel viento, las olas debían de ser

enormes.

—Una noche ideal para los «naufragadores», si los hay todavía —dijo a Dick—. No habría salvación para el barco que navegara por la ensenada esta noche. ¡Se hallaría entre las rocas, hecho pedazos, cuando menos lo esperase! Y mañana la playa estaría sembrada de sus despojos.

—Esperemos un poco para salir. Es muy temprano. En un día despejado, aún habría luz en las colinas. Un atardecer tormentoso es tan oscuro como la noche más negra. Encendamos las velas y leamos.

El viento arreció y bramó furiosamente. Sus roncos e hirientes rugidos resonaban alrededor de la granja. ¡No era la noche más indicada para ir a recorrer las colinas!

—Vamos ya —dijo Julián al fin—. Ha cerrado la noche. La oscuridad es completa.

No se habían desnudado. Así que al punto bajaron la escalera y salieron por la puerta de atrás, que cerraron silenciosamente tras ellos. Atravesaron el patio sin encender las linternas. No las encendieron hasta que estuvieron lejos de la casa.

Al pasar por el vestíbulo habían dirigido una rápida mirada a la puerta principal. Estaba cerrada con llave y cerrojo. Era evidente que el señor Pennethlan no había salido aquella noche.

Caminaron resueltamente, azotados por el vendaval. Cuando iban en contra del viento, resoplaban. Llevaban gruesos jerseys, pues hacía bastante frío, con aquel viento que soplaba continuamente.

Cruzaron campos de cultivo. Saltaron seto tras seto. Cruzaron más campos. Se detuvieron un par de veces para asegurarse de que avanzaban hacia su objetivo. Y respiraron satisfechos cuando se encontraron con un gran rebaño de ovejas, lo que les indicó que se hallaban cerca de la choza del viejo pastor.

—Ahí está la cabaña —susurró Julián—. ¿La ves perfilándose en la oscuridad? Debemos pasar sin que nos puedan oír.

Se deslizaron junto a la choza. No se oía ningún ruido en el interior ni salía luz por las rendijas. El anciano debía de estar profundamente dormido. Julián se imaginó a Guan enroscado junto a él en su lecho de pieles de oveja.

Los muchachos siguieron avanzando en silencio. Iban en busca del sitio desde donde podían ver la torre en ruinas. Tenían que encontrar el punto exacto, ya que la torre no se veía desde ninguna otra parte.

No daban con el sitio. También podía ser que lo hubieran encontrado y la oscuridad les impidiera ver la torre.

—Si no se enciende la luz, no sabremos si tenemos la torre a la vista o no —exclamó Julián—. No la hemos visto nunca de noche. ¡No haber pensado en ello antes! ¡Haber creído que veríamos la torre tanto con luz como sin ella!… ¡Qué tontos hemos sido!

Estuvieran charlando un rato sin moverse de donde estaban y sin cesar de mirar hacia donde suponían que estaba la torre. Pero no veían nada. ¡Qué modo de perder el tiempo!

De pronto, Julián lanzó un grito.

—¿Quién es?… ¡Te he visto! ¿Quién eres?

Dick se sobresaltó. ¿Qué ocurría? Alguien se acercó a ellos y una voz dijo tímidamente:

—Zoy yo, Guan.

—¡Diantre! ¡Estás en todas partes! —exclamó Julián—. Estabas esperándonos, ¿verdad?

—Zí. Venid conmigo.

Y el chiquillo tiró del brazo de Julián. Recorrieron un corto trecho y treparon por una ladera. Guan se detuvo.

Los chicos vieron la lejana luz al instante. No era una alucinación. El haz luminoso giraba como el de un faro. Sus destellos permitían a los muchachos ver la oscura silueta de la torre.

—Parecen señales —dijo Julián—. Un destello, luego tres seguidos, después dos, y finalmente uno. ¿Quién hará estas señales y por qué? Ya no hay «naufragadores», ¿verdad?

—Mi bizabuelo dice que laz hace zu padre —murmuró Guan con voz asustada.

Julián se echó a reír.

—¡Qué tontería! Sin embargo, esto es un misterio, ¿verdad, Dick? Esas señales podrían atraer a un barco. Las grandes olas lo arrojarían contra las rocas, donde se haría añicos.

—En fin, mañana sabremos si ha habido algún naufragio esta noche —dijo Dick—. ¡Quiera Dios que no lo haya! La sola idea de

una desgracia semejante me horroriza. Estoy seguro de que ya no hay «naufragadores».

—Si los hay, deben de deslizarse furtivamente por el «Camino de los Naufragadores», dondequiera que éste se halle, y luego esperarán a que el barco se haga pedazos. Después irán a recoger el botín, lo pondrán en sacos y, cargados con ellos, emprenderán la vuelta.

Dick se estremeció, horrorizado.

—¡Calla, Julián! Dejemos eso. Ahora decidamos algo sobre la luz.

—Ya está decidido. Tan pronto como podamos, tal vez mañana, visitaremos la torre. Sólo así podremos averiguar algo.

Capítulo X

PREPARATIVOS PARA LA FUNCIÓN

Julián y Dick estuvieron un rato observando la luz y luego emprendieron la vuelta a la granja. El viento era tan frío y soplaba con tal fuerza, que los chicos tiritaban.

—¡Me alegro de que nos hayamos encontrado, Guan! —exclamó Dick rodeando con el brazo los hombros del tembloroso chiquillo—. Gracias por tu ayuda. Vamos a ir a inspeccionar la vieja torre. ¿Querrás ser nuestro guía?

Guan tembló más aún, a causa del miedo, no del frío.

—No, me da «zuto», mucho «zuto» eza torre.

—Supongo que querrás decir «susto», que te asusta esa torre. Bueno, Guan; no hace falta que vengas. Desde luego, es muy raro lo que ocurre. Ya puedes volver a tu cabaña.

Guan desapareció en la oscuridad, corriendo como un conejo perseguido. Los chicos volvieron a la casa sin tomar precauciones: estaban seguros de que no se encontrarían con nadie a aquellas horas. Pero cuando llegaron al patio, vieron algo que los hizo detenerse en seco.

—¡Hay luz en el granero grande! —murmuró Dick—. Ya no. Ahora se ha encendido de nuevo. Alguien está explorando el granero con una linterna. ¿Quién será?

—Quizá sea uno de «Los del granero» —susurró Julián—. Vayamos a verlo. Ya sabes que «Los del granero» duermen esta noche en los cobertizos de la granja.

Se acercaron de puntillas al granero y atisbaron por una rendija. Al principio no vieron nada, pero después se encendió una linterna cuya luz se dirigió a un rincón donde había algunos enseres de «Los

del granero»: decorados, vestidos y diversos objetos.

—Hay un hombre registrando los bolsillos de los trajes —exclamó Julián, indignado—. ¡Míralo! ¡Es un ladrón!

—¿Será algún artista de la compañía?

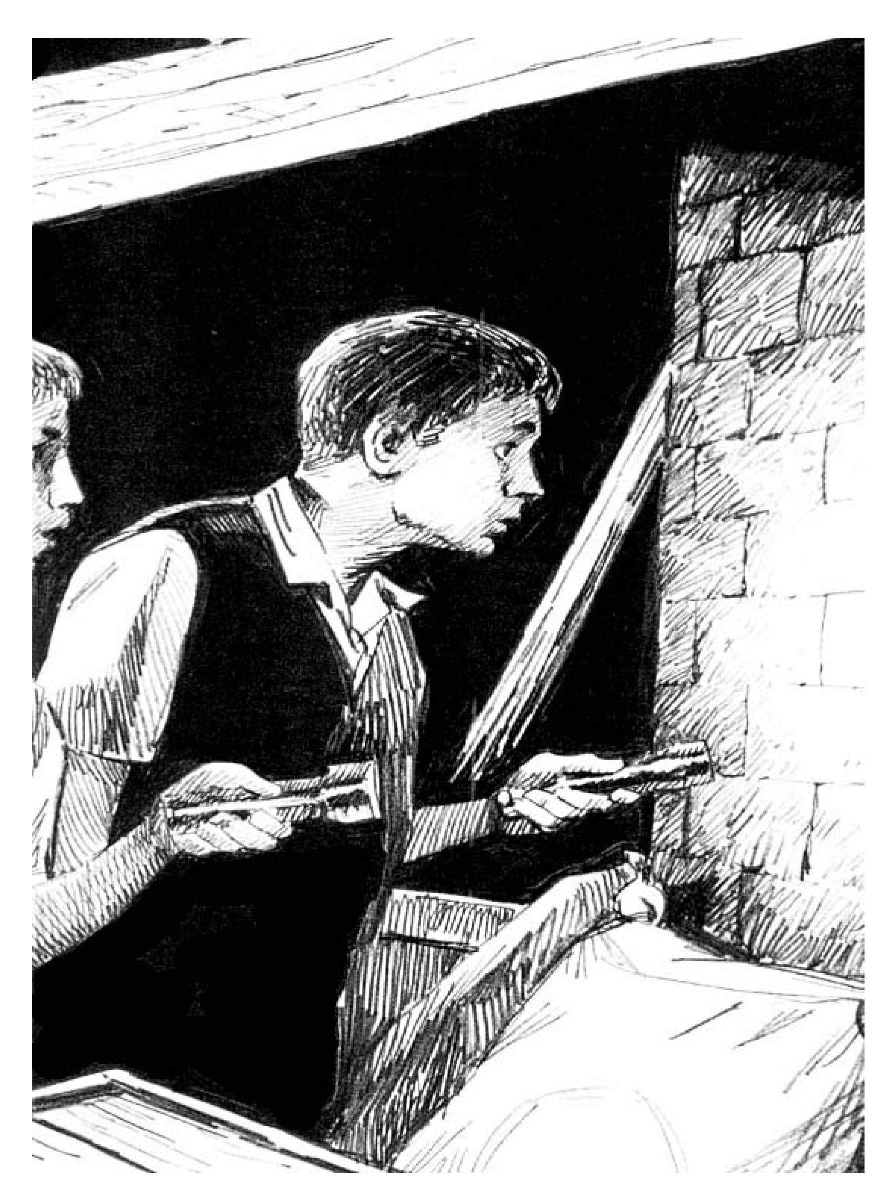
Momentáneamente la linterna iluminó las manos del ladrón y los chicos contuvieron un grito de sorpresa. ¡Conocían aquellas manos cubiertas de un vello negro y tupido!

Dick susurró:

—¡El señor Pennethlan! Sí, es su fornido corpachón. Ahora lo veo bien. Debe de estar loco. Va por los montes de noche, entra furtivamente en los graneros, registra los bolsillos.

Sí, debía de estar loco. ¿Lo sabía la señora Pennethlan? No podía saberlo, pues si lo supiese no sería la mujer alegre y feliz que era.

Julián se sentía violento. No le gustaba espiar a su anfitrión. ¡Qué hombre tan extraño! Decía mentiras, vagaba por el campo de noche, registraba bolsillos. Sí, debía de estar loco. En aquel momento revolvía los cajones de una cómoda que «Los del granero» tenían que utilizar en una de las escenas de su función…



—Vámonos —dijo Julián acercando la boca al oído de Dick—. Va a registrarlo todo. Que me aspen si sé lo que espera encontrar entre esos trastos. Vámonos. No quiero verlo apoderarse de algo. Sería muy desagradable tener que decir que lo hemos visto robar.

Dejaron el granero y volvieron a la casa, en la que entraron por la puerta trasera. Fueron a mirar la puerta principal. Estaba cerrada,

pero no con llave. Tampoco estaban echados los cerrojos.

Los chicos subieron a sus habitaciones. Estaban perplejos. Se habían sucedido dos hechos inexplicables: la luz en la torre, el dueño de la granja registrando el granero… Tenían motivo para no saber qué pensar.

—Despertemos a las niñas —dijo Julián—. No puedo esperar a mañana para contarles lo que hemos visto.

Ni *Jorge* ni *Tim* dormían. *Tim* les había oído salir y había permanecido despierto, esperándolos. Con sus gemidos, acababa de despertar a *Jorge*, que estaba escuchando por si oía algún ruido en la puerta.

—¡Ana! ¡*Jorge*! Tenemos noticias —murmuró Julián.

Tim lanzó un débil aullido de bienvenida y saltó de la cama. Pronto estuvo Ana despierta, y las niñas escucharon las extraordinarias novedades.

Al saber que el señor Pennethlan estaba en el granero, quedaron tan sorprendidas como al enterarse de que se había encendido la luz en la torre.

—¿Conque lo que dijo el anciano es verdad? —exclamó Ana—. ¿Vuelve a verse la luz en la torre? ¿Para qué la encenderán? ¿Crees que habrá algún naufragio esta noche, Julián? ¡Sería horrible!

—Espantoso —convino *Jorge* mientras oía rugir el viento—. ¡Estrellarse contras las rocas en una noche como ésta! Yo creo que debemos acercarnos a la costa. Tal vez podamos salvar alguna vida.

—No opino lo mismo —intervino Dick—. No creo que pudiéramos acercarnos a la ensenada esta noche. Las olas deben haber cortado el camino que baja hasta las rocas.

La charla se prolongó hasta que *Jorge* lanzó un bostezo y dijo:

—Tendremos que dormir si queremos madrugar. Mañana no podremos ir a explorar la torre, Julián. Recuerda que hemos prometido ayudar a la señora Pennethlan a preparar el festín que ha de dar a «Los del granero».

—Lo dejaremos para pasado mañana, pero iremos. Guan no quiere ser nuestro guía. Dice que le da «zuto» la torre.

—Lo mismo me pasa a mí —afirmó *Jorge*, metiéndose en la cama—. Me habría llevado un gran susto si hubiera visto la luz en la torre.

Los chicos volvieron a su habitación. Pronto estuvieron acostados y durmiendo. El viento seguía rugiendo en torno de la granja, pero nada podía despertar a aquellos dos muchachos agotados por su paseo nocturno.

Al día siguiente estuvieron todos tan ocupados, que apenas tuvieron tiempo para recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sin embargo, ocurrió algo que les refrescó la memoria.

La señora Pennethlan vigilaba el desayuno y animaba la conversación como de costumbre. Nunca le faltaban palabras: se pasaba el día charlando con los niños y con los perros.

—¿Habéis podido dormir esta noche a pesar de los rugidos del viento? —preguntó—. Yo he dormido la mar de bien. Y también el señor Pennethlan. Me ha dicho que no se ha movido en toda la noche. ¡Estaba tan cansado!

Los niños se tocaron con el pie por debajo de la mesa, pero ninguno dijo palabra. Estaban más enterados que ella de lo que su marido hacía por las noches.

Después ya no tuvieron tiempo para pensar en nada, pues hubieron de dedicarse a recoger fruta, pelar guisantes e ir de un lado a otro, llevando cosas a «Los del granero», a los que, además, ayudaron a colocar bancos, barriles, cajas y sillas para el público. Incluso remendaron la ropa de escena. Ana se ofreció a coser un botón y al instante recibió una lluvia de peticiones. Le rogaban que cosiera esto, aquello y lo de más allá.

Fue un día de trabajo agotador. Guan apareció, como de costumbre, y fue saludado por *Tim* calurosamente. Todos los perros lo querían, pero especialmente *Tim*, cuyo cariño rayaba en la adoración. La señora Pennethlan le hizo infinidad de encargos, que él cumplió con presteza.

—Es un poco simple, pero hace con rapidez lo que se le pide, cuando espera conseguir alguna golosina —explicó.

Y no cesaba de ordenar:

—¡Trae eso, Guan! ¡Haz aquello!

«Los del granero» trabajaron también de firme. Hicieron un pequeño ensayo y todo les salió mal. El director se enfureció, rugió y pataleó, hasta el punto de que Ana se preguntó por qué no se marcharían todos, dejándolo plantado.

Primero hubo una especie de concierto como los que ofrecen los payasos en las playas. Luego se representó una obrita de tipo melodramático, con villanos y héroes, amén de una heroína que sufría grandes calamidades. Pero al fin todo se arreglaba, cosa que alivió a Ana en gran manera.

Clopper, el caballo, no desempeñaba papel definido. Su misión consistía en pasearse por el escenario para llenar los espacios vacíos divirtiendo al púbico. No había duda de que su trabajo sería perfecto.

Julián y Dick vieron al señor Binks y a Sid cuando ensayaban su número en un rincón del patio. ¡Qué bien coordinaban los movimientos de las patas delanteras con los de las traseras! ¡Cómo saltaba, bailaba y trotaba el gracioso caballo! ¡Cómo galopaba, caía, se le trababan las patas, se sentaba, se levantaba, se acostaba y hacía todo cuanto Sid y el señor Binks querían que hiciese! Era realmente divertido.

—Déjeme un momento la cabeza, señor Binks —suplicó Julián —. Quiero probármela para ver cómo me sienta.

Pero no se la dejaron. Sid se negó y el señor Binks guardó silencio.

—Órdenes son órdenes —repuso Sid, apoderándose de la cabeza tan pronto como el señor Binks se desprendió de ella. Y añadió—: No quiero perder mi empleo. El jefe me dijo que si la cabeza de caballo se perdía, me perdería yo también. ¡Conque apartaos de *Clopper*!

—¿Duerme usted con esa cabeza? —preguntó Dick con curiosidad—. Ir siempre cargado con la cabeza de caballo debe de ser muy incómodo.

—Uno acaba por acostumbrarse. Sí, duermo con *Clopper*. Su cabeza y la mía se apoyan en la misma almohada. ¡Tiene un sueño muy profundo!

Julián comentó:

—Es lo mejor de la función. ¡El granero se vendrá abajo esta noche con la actuación de *Clopper*!

—Siempre tenemos éxito —dijo el señor Binks—. *Clopper* es el elemento más importante de la compañía, aunque el peor pagado. ¡Es una vergüenza!

—Sí. Tanto las patas traseras como las delanteras están muy mal pagadas —confirmó Sid—. Nos consideran como un solo actor, de modo que sólo recibimos media paga cada uno. Pero aun así, nos gusta esta vida, y aquí estamos.

Se marcharon juntos. Como siempre, Sid llevaba la cabeza de caballo bajo el brazo. Era un hombrecillo poco inteligente, pero alegre y divertido.

Durante el almuerzo, Julián se acordó de algo de pronto.

—Señora Pennethlan —dijo—, supongo que la galerna no habrá producido ningún naufragio, ¿verdad?

La granjera se mostró sorprendida:

—¡Claro que no! Ahora los barcos pasan tranquilamente junto a las rocas. Los faros les señalan el camino. Los pescadores conocen los arrecifes tan bien como la palma de su mano, y a veces navegan entre las rocas. Pero sólo ellos se atreven a hacerlo.

Todos exhalaron un suspiro de alivio. ¡La luz no había producido ningún naufragio! ¡Qué alegría! Continuó el almuerzo. El señor Pennethlan estaba en la mesa, comiendo como siempre, sin decir palabra. Sus mandíbulas se abrían y cerraban con fuerza. Parecía mentira que no tuviera dientes. Julián miró aquellas manos cubiertas de vello negro. ¡No cabía duda: eran las mismas que había visto la noche anterior! Entonces no sostenían un cuchillo y un tenedor, sino que registraban bolsillos.

Llegó la tarde. Todos estaban preparados. En la cocina se había montado una gran mesa con largas tablas y caballetes. La señora Pennethlan mostró a las niñas el gran mantel blanco con que la iba a cubrir. ¡Era el mayor mantel que habían visto en su vida!

—Lo saco en la época de la cosecha —explicó la granjera con orgullo—. Damos una cena para celebrarla. Entonces montamos esta misma mesa en el granero grande, pues aquí no hay espacio para todos los jornaleros. Luego quitamos la mesa y bailamos.

—¡Qué divertido! —exclamó Ana—. Los que viven en el campo son más felices que los habitantes de las ciudades. Aquí ocurren cosas interesantes.

—La gente de la ciudad no opina lo mismo. Creen que en el campo reina un tedio de muerte. Sin embargo, hay más vida en una granja que en cualquier otra parte del mundo, ¡no me cabe duda! La

vida aquí es la verdadera vida: siempre lo he dicho.

—¡Es verdad! —asintieron Ana y *Jorge* a la vez.

Habían puesto el mantel. Era blanco como la nieve y resplandecía de limpieza.

—Este mantel es una joya —dijo la señora Pennethlan—. Perteneció a mis tatarabuelos; tiene cerca de doscientos años. ¡Está tan blanco como siempre y no tiene un solo zurcido! Ha servido para más cenas de cosecha que ningún otro mantel.

Ya estaba puesta la mesa. Había en ella platos, cubiertos, vinagreras y vasos. Todos «Los del granero» estaban invitados al festín, y también los niños, por supuesto. Dos aldeanos ayudarían a servir. ¡Sería una fiesta estupenda!

La despensa estaba tan repleta de comida, que era imposible entrar en ella. Pasteles de carne y de fruta, jamones, lengua, embutidos, tartas, compotas, estofado, fruta fresca, membrillo, un gran merengue, crema y otras muchas cosas elaboradas por la señora Pennethlan, la cual se echó a reír cuando vio a los niños contemplar boquiabiertos tantas maravillas.

—Hoy no merendaréis. Así tendréis más apetito a la noche y cenaréis más a gusto.

Con semejante cena en perspectiva, nadie echó de menos la merienda.

—Ya llegan los primeros del pueblo —exclamó Julián, que estaba a la puerta del granero para vender entradas—. ¡Hurra! ¡Pronto empezará la función! ¡Dense prisa! ¡El mejor espectáculo del mundo! ¡Vengan todos! ¡Pasen!

Capítulo XI

«LOS DEL GRANERO» Y *CLOPPER*

Cuando el granero estuvo lleno de espectadores, la algazara era tremenda. Habían tenido que traer más cajas para sentarse. Todo el mundo hablaba y reía, algunos niños aplaudían impacientes, y los perros de la granja, excitados, ladraban y aullaban con todas sus fuerzas.

Tim estaba también excitado. Recibía a todo el mundo con un ladrido y agitaba la cola vivamente. Guan estaba con él, y *Jorge* estaba segura de que el chiquillo se imaginaba que *Tim* le pertenecía. Guan iba limpio porque la señora Pennethlan lo había bañado.

—No verás la función ni tomarás parte en la cena si no te bañas —le había amenazado. Pero él no quería bañarse: le daba «zuto» el baño.

—Me ahogaré —exclamó retrocediendo ante la bañera ya preparada.

—¿Te da «zuto»? —exclamó la señora Pennethlan, ceñuda, mientras lo metía en el agua con ropa y todo—. Pues ahora tendrás más «zuto». ¡Anda, quítate la ropa! La lavaré en la bañera después de lavarte a ti. ¡Eres el niño más sucio que he conocido!

Mientras Guan lanzaba gritos ensordecedores, la señora Pennethlan lo rascaba, enjabonaba y frotaba. El rapaz llegó al extremo de levantar la mano a la granjera, pero ella le dio una sonora bofetada y el chiquillo enmudeció de pronto. Entonces Guan comprendió que estaba a merced del enemigo y decidió resignarse a soportar hasta el fin aquel horrible baño.

La granjera lavó los mugrientos pantalones y la camisa del

rapazuelo y los puso a secar. Luego envolvió a Guan en un viejo mantón y le dijo que esperase a que la ropa estuviera seca para vestirse.

—Un día de éstos te haré un trajecito decente. ¡Pareces un mendigo! ¡Oh! ¡Qué delgado estás! Tendré que alimentarte bien.

Guan resplandeció de alegría. ¡Alimentarlo! ¡Esto sí que le gustaba!

Después se fue al granero para ver llegar a los espectadores. Lo acompañaba *Tim* y se sentía persona importante.

Lanzó un grito de alegría cuando vio acercarse a su anciano bisabuelo.

—Dijizte que vendríaz pero no lo creí. Entra. Te buzcaré una zilla.

—¿Qué pasado te ha? —preguntó el viejo, extrañado—. Pareces distinto. ¿Qué hecho has?

—Me he bañado —respondió Guan con orgullo—. Zí, tomé un baño, abuelo. Lo mizmo deberíaz hacer tú.

El anciano le contestó con una bofetada y saludó con la cabeza a varios conocidos. Llevaba su viejo cayado de pastor, en el que estuvo apoyado incluso después de sentarse.

—¡Hola, abuelo! Hace ya casi veinte años que no te hemos visto por aquí —exclamó un aldeano de cara redonda y colorada—. ¿Qué has hecho durante todo ese tiempo?

—Ocuparme en mis asuntos y en mis ovejas —respondió el viejo con el dulce acento de Cornish—. ¡Ay! Y pueden otros veinte años pasar sin que a verme vuelvas, John Tremayne. Y ahora decirte quiero una cosa: no he venido por la función, sino por la cena.

Todos se echaron a reír, y también lo hizo el viejo, que estaba más contento que unas pascuas. Guan lo miró con orgullo. Su bisabuelo tenía la mar de gracia cuando se ponía a hablar.

—¡Chist, chist! Va a empezar la función —dijo alguien de pronto al ver que se movía la cortina.

Al punto cesaron los rumores y todos los ojos se fijaron en el escenario. Una cortina azul, bastante ajada, hacía de telón.

Un violín empezó a sonar en el proscenio y luego se oyó una alegre cancioncilla. La cortina se descorrió lentamente, encallándose de vez en cuando, y el público lanzó un suspiro de

emoción. Habían visto a «Los del granero» muchas veces, pero no se cansaban de verlos.

Todos «Los del granero» estaban en escena. El violinista tocó una conocida melodía que pronto corearon con ardor los aldeanos. El anciano pastor llevaba el compás golpeando el suelo con el cayado.

Todo el público aplaudió calurosamente. Alguien preguntó:

—¿Dónde está *Clopper*? ¿Cuándo sale?

Y *Clopper*, el caballo, apareció tímidamente, mirando al público por el rabillo del ojo. Su actitud vergonzosa tenía tanta gracia que el viejo casi se cae de la silla de tanto reírse.

El violín atacó otra melodía y *Clopper* echó a andar. Luego aceleró el paso hasta correr, y finalmente empezó a galopar y se cayó del escenario.

—¡Jo, jo, jo! —rugió, más que se rió, alguien—. ¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo!

Su risa era tan estrepitosa, que todos se volvieron. Era el señor Pennethlan, que se retorcía y se agitaba en su asiento como si le hubiera dado un ataque. Pero sólo se reía de *Clopper*.

Clopper oyó reír al gigante y se puso un casco detrás de la oreja para escucharlo. Esta vez el anciano se rió tan a gusto, que se cayó de la silla. A *Clopper* se le enredaron las patas traseras con las delanteras y se cayó también. Fue tal la algarabía de gritos, aullidos y bramidos que se produjo entre el público, que el granero se venía abajo.

—Sal ya del escenario —dijo una voz enérgica desde un lado del escenario.

Julián trató de ver quién era, mientras *Clopper*, obediente, se marchaba, sacudiendo una de las patas traseras, lo que motivó nuevas risas de los aldeanos. La orden la había dado el director, que estaba en un lugar desde donde podía ver con todo detalle lo que ocurría en escena. Estaba muy serio ¡a pesar de los trucos de *Clopper*!

La función fue un éxito, pese a su baja calidad. Los chistes fueron viejos; la comedia más vieja todavía. Los cantantes dejaron mucho que desear, y más aún los bailarines. Pero fue todo tan alegre e ingenuo que el público aplaudió desde el principio hasta el fin.

Clopper tuvo una gran noche. Cada vez que su cabezota aparecía en el escenario, en el público estallaba un coro de risas. Sin duda, habría bastado un actor para asegurar el éxito, y ese actor era, naturalmente, *Clopper*. Julián y Dick presenciaron su actuación fascinados. ¡Cómo les habría gustado ponerse las patas y la cabeza y hacer el papel de *Clopper*!

—Sid y Binks son formidables —comentó Dick—. ¡Ah, si nos dejaran esas patas y esa cabeza y pudiéramos representar el número de *Clopper* en el festival del colegio! Tendríamos un exitazo. Preguntémosle a Sid si podemos ensayar.

—No nos dejará la cabeza, pero podríamos hacer el número sin ella: sólo con las patas. Estoy seguro de que se nos ocurrirían algunos nuevos trucos.

Cuando se corrió la cortina todo el mundo lo lamentó. El violín tocó la marcha final. El público, puesto en pie, la cantó.

—¡Tres «hurras» para «Los del granero»! —exclamó un niño.

Y el «¡hip, hip, hurra!» salió perfecto. El pastor agitó su bastón tan impetuosamente, que dio un golpe en la nuca a un granjero de alta estatura.

—¡Oiga, abuelo! —exclamó el granjero frotándose la parte posterior del cuello—. Si pretende que nos peguemos debo decirle que no quiero pelearme con usted. Me derribaría fácilmente si acertara a atraparme un tobillo con el puño de su cayado.

El anciano se sentía feliz. ¡No había pasado un rato como aquél desde hacía cuarenta años! ¡Quizá cincuenta! Y, terminada la función, la cena. Esto era lo que le había decidido a acudir. ¡Iba a enseñar a comer a los «jovencitos» de sesenta años!

Los aldeanos atravesaron el patio y regresaron al pueblo charlando y riendo. Se quedaron dos mujeres para ayudar. «Los del granero» no se quitaron los trajes de escena. Aparecieron en la cocina tal como iban, incluso con el maquillaje, que les caía en churretes por las mejillas, derretido por el calor. El granero se había caldeado excesivamente debido a la abundancia del público.

Los niños estaban encantados. Habían reído tanto con *Clopper* que les dolían los costados. La comedia les había gustado también, con su profusión de suspiros, gemidos, amenazas y lágrimas. En aquel momento esperaban la cena con ansiedad.

«Los del granero» revoloteaban alrededor de la repleta mesa, felicitando a la señora Pennethlan, dando palmadas amistosas a los invitados en la espalda y comportándose, en general, como un grupo de escolares alocados a la hora del recreo. Julián los observaba. ¡Qué gente tan divertida! Buscó al director con la mirada, seguro de que, por excepción, estaría sonriente y contento.

Pero no estaba allí. Julián miró por todas partes y no lo vio.

—¿Dónde está su jefe? —preguntó a Sid, que estaba a su lado.

—En el granero, a solas consigo mismo —respondió Sid, mientras se disponía a dar cuenta de un enorme trozo de pastel de carne coronado de huevos duros—. Nunca come con nosotros, ni siquiera después de las funciones. Le gusta estar sin compañía. Comerá solo. Yo me alegro, porque nunca he hecho buenas migas con él.

—¿Dónde está *Clopper*…, bueno, su cabeza? —preguntó Julián, al no verla junto a Sid—. ¿Está debajo de la mesa?

—No. La tiene el jefe. Me ha dicho que se me podría caer, o que sería fácil que la manchara de comida —explicó Sid, sirviéndose seis grandes cebollas aderezadas—. ¡La señora Pennethlan es una maravilla! ¡Ah, si me pudiera casar con una mujer como ella! ¡Entonces no adelgazaría como ahora en las patas traseras de *Clopper*!

Julián se echó a reír. Luego se preguntó quién llevaría la cena al director. Al ver que la señora Pennethlan estaba preparando una bandeja de comida se acercó a ella.

—¿Es para el director?… ¿Quiere que se la lleve?

—Sí, Julián —dijo, agradecida, la granjera—. Aquí la tienes. Y pídele a Dick que le lleve una botella y un vaso, ¿quieres? No caben en la bandeja.

Julián y Dick fueron al granero, cargados con la comida y el vino.

Aún soplaba un fuerte viento, y empezó a llover nuevamente.

—No hay nadie —dijo Julián, extrañado.

Dejó la bandeja y vio una nota prendida en la cortina. La leyó. «Vuelvo dentro de una hora. He ido a dar un paseo. El Director».

—Bueno, le dejaremos la bandeja aquí —decidió Julián.

Pero, ya iban a salir, cuando algo les llamó la atención: ¡las

patas y el cuerpo de *Clopper*!

—Todo el mundo está en la mesa. El director estará ausente una hora. ¡Nadie se enterará si nos ponemos las patas!

Se miraron y se adivinaron mutuamente el pensamiento. Ensayarían el número del caballo.

—Tú serás las patas traseras y yo las delanteras —dijo Julián—. ¡Hala! ¡De prisa!

Se pusieron las patas apresuradamente y Julián cerró como pudo la cremallera. Pero no quedaba bien sin la cabeza. ¿Se habría llevado el director esta parte de *Clopper*? No, estaba en el granero.

—¡Mírala! —exclamó Dick—. ¡Está en aquella silla, cubierta con una manta!

Julián se abalanzó sobre ella. Era bastante más pesada de lo que había supuesto. Recorrió con la vista su interior, preguntándose dónde tendría que colocar su propia cabeza y cómo movería los ojos y la boca de *Clopper*.

Introdujo una mano y tanteó. Entonces se abrió una cajita que había en el cuello y cayeron varios cigarrillos, que se esparcieron por el suelo.

—¡Córcholis! —exclamó Julián—. No sabía que el señor Binks guardase los cigarrillos en el cuello de *Clopper*. Dámelos, Dick; los volveré a poner en la cajita. Gracias.

Puso los cigarrillos en la cajita y la cerró. Se colocó la cabeza con todo cuidado.

—En el cuello hay agujeros para los ojos, Dick. Así puede ver el señor Binks por dónde va. Me extrañaba que no diera más tropezones de los que ha dado… Bueno, ya estoy listo. La cabeza se sostiene firmemente sobre mis hombros. Yo iré diciendo «uno, dos; uno, dos», y procuraremos concertar nuestros pasos. No empezaremos a ensayar trucos hasta que nos acostumbremos a ser *Clopper*. ¿Cómo suena mi voz cuando hablo desde aquí dentro?

—Del modo más raro que te puedas imaginar —repuso Dick, que estaba encorvado para formar con su espalda el lomo del caballo y abrazado a la cintura de Julián—. Oye, ¿qué ruido es ése?

—Alguien llega. ¡Es el director que vuelve! —exclamó Julián, alarmado—. ¡Corramos hacia la puerta antes de que nos pille!

Y, ante el estupor del jefe de la compañía, *Clopper* galopó sin

ningún garbo hacia la puerta del granero cuando él entraba. El caballo casi tropezó con él al salir. Al principio no advirtió que se trataba de *Clopper*, pero luego profirió un rugido y se lanzó en pos del caballo.

—No veo nada —dijo, jadeante, Julián—. ¿Hacia dónde hemos ido? ¡Oh, estamos en una cuadra vacía! ¡He de descorrer la cremallera y quitarme la cabeza de *Clopper*! ¡Ayúdame!

Pero ¡qué desgracia! La cremallera se había atascado. Los chicos forcejearon, pero fue inútil. Por lo visto, tendrían que pasar dentro de *Clopper* el resto de la noche.

Capítulo XII

LA VISITA A LA TORRE

—¡Diantre de cremallera! —rezongó Julián, desesperado—. ¡Está atrancada! ¡Es muy difícil que podamos hacerla correr desde aquí dentro! ¡No puedo soportar esta cabeza! ¡Tengo que quitármela!

La empujó hacia arriba, pero nada consiguió. Luego empezó a tirar hacia abajo de la suya, pero tampoco logró sacarla de la de *Clopper*.

El caballo se sentó, exhausto. Su aspecto no podía ser más grotesco. Julián apoyó la cabeza en la pared, jadeando.

—¡Qué calor tengo! —gimió—. Dick, por lo que más quieras, piensa algo. Necesitamos ayuda. No me atrevo a volver al granero, ya que allí está el director, y tampoco podemos aparecer así en la cocina. El estupor sería general, y Sid y el señor Binks se pondrían furiosos.

—Hemos sido unos estúpidos. ¡Ponernos esto estando solos! —exclamó Dick, tratando también de descorrer la cremallera—. ¡Uf! ¡Me gustaría saber para qué sirven las cremalleras! ¡Qué incómodo estoy! ¿Puedes cambiar de postura, Julián? Se me va la cabeza de tenerla tanto tiempo agachada.

—Vayamos a explorar los alrededores de la cocina —propuso Julián, intentando levantarse.

Dick también lo intentó, pero los dos cayeron, uno sobre otro. Repitieron el intento, esta vez con más suerte.

—No es tan fácil como parece formar parte de un caballo de dos piezas —opinó Julián—. ¡Si pudiera mantener los agujeros de los ojos en su sitio! ¡Estoy completamente ciego!

Logró al fin colocar los boquetes ante sus ojos, y los dos chicos

salieron del establo cautelosamente. Atravesaron el patio con el mayor sigilo. Julián iba marcando el paso: «uno, dos; uno, dos», y su marcha estaba perfectamente sincronizada a la de Dick.

Se dirigieron a la puerta de la cocina y allí decidieron probar a llamar la atención de algún invitado sin entrar. Cerca vieron una gran ventana, abierta a causa del calor que reinaba en la cocina. Julián decidió mirar por ella para ver si *Jorge* o Ana andaban por allí. De ser así, las llamarían.

Pero no contó con que llevaba una cabeza mucho mayor que la suya y, al acercarse, la cabeza de *Clopper* tropezó con la ventana. Todos se volvieron, y se oyeron voces.

—¡Un caballo! ¡Eh, Pennethlan, uno de sus caballos anda suelto! —gritó uno de los aldeanos que habían ayudado a servir la cena—. Está mirando por la ventana.

El granjero salió inmediatamente. Julián y Dick retrocedieron a toda prisa y trotaron con perfecto estilo a través del patio. ¿Adónde irían? El granjero vio la silueta del caballo en la oscuridad y corrió tras él.

Clopper trotó desesperadamente y acabó galopando. Pero esto acabó muy pronto, pues las patas traseras no se movían de acuerdo con las delanteras, y se enredaron, haciendo caer a nuestros dos amigos. El granjero corrió hacia ellos alarmado, creyendo que era uno de sus animales el que se había caído.

—Saca tu rodilla de mi boca —susurró una voz enojada.

El granjero se quedó de piedra al oír que salía del caballo una voz humana. Pero en seguida se dio cuenta de lo que pasaba. El caballo era una simple funda y dentro había dos personas. A juzgar por el sonido de la voz, debían de ser Julián y Dick. Dio un leve puntapié al supuesto animal.

—¡No, por favor! —suplicó la voz de Dick—. ¡No sé quién es usted, pero le suplico que descorra la cremallera! ¡Nos estamos ahogando!

El granjero emitió un terrible resoplido. Se inclinó y buscó la cremallera. Tras un enérgico tirón funcionó la dichosa cremallera y la piel del caballo se abrió.

Los chicos salieron a gatas. Estaban agradecidos a su salvador.

—¡Oh, gracias, señor Pennethlan! —dijo Julián, turbado—.

Nosotros… nosotros sólo hemos ido a dar una vuelta.

El señor Pennethlan emitió un extraño sonido y se dirigió a la cocina para seguir cenando. Dick y Julián lanzaron un suspiro de alivio. Se encaminaron cautelosamente al granero cargados con las patas y la cabeza del caballo. Atisbaron por la ventana. Allí estaba el director paseando con cara de mal humor.

Julián esperó a que estuviera lejos de la ventana y entonces dejó las patas y la cabeza en el interior del granero silenciosa y rápidamente. Cuando el director dio media vuelta continuando su nervioso paseo, lo primero que vio fue el desarticulado cuerpo de *Clopper*. Corrió hacia la ventana y miró al exterior.

Pero Julián y Dick habían desaparecido. Ya los vería al día siguiente cuando la paz hubiera renacido en la granja.

Se deslizaron en silencio en la cocina. Estaban sucios y acalorados. Procuraron pasar inadvertidos.

Jorge y Ana los vieron en seguida. *Jorge* se acercó a ellos.

—¿Dónde habéis estado? Hace más de una hora que os fuisteis. ¿Queréis algo de comer antes de que se acabe todo?

—Después te lo contaremos —repuso Julián—. Ahora danos algo de comer. Mi estómago lo reclama. Estoy desfallecido.

El señor Pennethlan había vuelto a sentarse y no daba descanso a su boca. Señaló a los chicos con su cuchillo, que se encogieron en sus asientos.

—Oc, oc, ac —dijo echándose a reír. Y añadió otros sonidos incomprensibles.

—¿De modo que te han ayudado a coger el caballo que miraba por la ventana? —tradujo la señora Pennethlan—. ¿Qué caballo era?

—¡*Clopper*! —dijo el granjero con toda claridad.

Seguidamente lanzó un fuerte resoplido. Pero como nadie lo entendió, no se habló más del asunto. *Jorge* y Ana adivinaron lo ocurrido y guiñaron el ojo a los muchachos.

Fue una velada deliciosa, una reunión tan agradable, que todos sintieron que terminara. Las aldeanas y las dos chicas recogieron los platos sucios y los muchachos los llevaron al fregadero para lavarlos.

«Los del granero» echaron también una mano, de modo que la

gran cocina rebosaba de charlas y risas. Una fiesta inolvidable en todos los aspectos.

Pero, al fin, la cocina quedó desierta y la lámpara se apagó. Las mujeres del pueblo tomaron el camino de sus casas. «Los del granero» se marcharon. El viejo pastor asió a Guan de la mano y emprendió la vuelta a su choza, diciendo tristemente:

—He demasiado comido y seré de pegar los ojos incapaz en la noche toda.

—Eso no tiene importancia. ¡Valía la pena! —replicó la señora Pennethlan mientras cerraba con llave la puerta de la cocina.

Miró a su alrededor. Estaba cansada, pero se sentía feliz. No había nada que le gustara tanto como dedicar horas y horas a preparar deliciosos platos y luego ver que la gente los consumía en unos minutos. Los niños se dijeron que aquella pasión de la buena mujer era verdaderamente maravillosa.

Pronto estuvieron los cuatro acostados y durmiendo. También dormían los Pennethlan. Sólo la gata estaba despierta en la cocina, al acecho de los ratones. No le gustaba la multitud. ¡Quería la cocina para ella sola!

El día siguiente fue despejado y cálido, aunque soplaba aún una fuerte brisa.

La señora Pennethlan dijo a los cuatro niños a la hora del desayuno:

—Estaré ocupada todo el día poniendo todo esto en orden. ¿Queréis que os prepare una comida con los restos de la cena y os vais a pasar fuera todo el día? Hace un día estupendo y lo pasaréis bien.

La idea les pareció excelente. Julián había proyectado ir a explorar la vieja torre de los «naufragadores». Yéndose a comer fuera, tendrían todo el día para hacerlo.

—¡Oh, sí, señora Pennethlan; nos encantará! Deje que las niñas preparen la comida. Usted tiene demasiado trabajo.

Pero la señora Pennethlan no aceptó; no podía consentir que nadie más que ella preparase la comida. Cuando la envolvió, el paquete era tan grande, que Julián se dijo que en él debía de haber comida suficiente para doce personas por lo menos.

Salieron los cuatro alegremente de la granja, con *Tim* pegado a

sus talones. Los perros de la granja los acompañaron un trecho alborotando delante y detrás de los niños y tratando de animar a *Tim*. Pero *Tim* permanecía inalterable y continuaba su camino con toda seriedad, como diciendo: «Llevo a estos niños de paseo, y no puedo jugar con vosotros. ¡Sólo sois perros de granja!».

—¿Dejaremos que Guan venga con nosotros si cambia de opinión? —preguntó *Jorge*—. ¿Es conveniente que se entere de lo que vamos a hacer?

Julián reflexionó.

—No, no debe venir. Quizá veamos algo que no queramos que él sepa. Después iría contándolo por todas partes.

—Yo opino lo mismo —asintió *Jorge*—. De modo que si viene le dices que se vaya. Estoy harta de él. Menos mal que ahora va un poco más limpio.

Guan apareció, desde luego. Se acercó sin hacer el menor ruido con sus pies desnudos. Nadie se hubiese dado cuenta de que les seguía de no ser por *Tim*, que dejó repentinamente a *Jorge* y fue a dar los buenos días a Guan, saltando alegremente.

Jorge se volvió, buscando al perro con la mirada, y vio a Guan.

—Julián, ahí está ese chiquillo.

—¡Hola, Guan! —lo saludó Julián—. No vengas; tenemos que ir solos a un sitio.

—Yo quiero ir —dijo Guan, todavía orgulloso de su limpieza.

—Pues hoy no vienes —replicó Julián—. Lárgate, ¿oyes? Te repito que hoy no queremos que vengas.

La cara de Guan se nubló. Se volvió hacia Ana, suplicante.

—¿Puedo ir?

Ana movió la cabeza:

—No, hoy no —repuso—. Otro día vendrás. Toma este caramelo y vete.

Guan tomó el caramelo y dio media vuelta, malhumorado. Se fue a campo traviesa y pronto lo perdieron de vista los niños.

Los cuatro y *Tim* siguieron adelante, y se felicitaron de haberse puesto los jerseys cuando el viento empezó a soplar con más fuerza. Julián suspiró de pronto:

—¡Qué ganas tengo de que comamos! La mochila pesa tanto, que me está haciendo polvo los hombros.

—Cuando lleguemos a la torre nos quitaremos las mochilas —dijo Dick para consolarlo—. Podemos investigar un poco antes de comer. Por lo visto, la señora Pennethlan quiere que comamos, merendemos y cenemos fuera; sólo así se comprende que nos haya puesto esta barbaridad de comida.

Sin duda, iban en la debida dirección. En el mapa habían visto varios itinerarios que conducían a la torre y habían deliberado sobre cuál sería el mejor.

Julián llevaba la brújula y se guiaba por ella, conduciendo al grupo por caminos o a través del campo. A veces bordeaban senderos y a veces perdían de vista todos los caminos. Pero estaba seguro de seguir la dirección conveniente: no le cabía duda de que llegarían a la costa.

—Mirad esos dos cerros juntos —dijo Ana—. ¿O son acantilados? Me parece que entre ellos está el sitio desde donde se ve la torre.

—Lo mismo creo yo —convino Dick—. Ya estamos muy cerca. Me pregunto cómo podría venir aquí la gente cuando la torre y la casa estaban habitadas. No hay caminos de ninguna clase.

A través de un fragoso campo llegaron a un sendero hundido entre exuberantes setos que casi lo cubrían.

—¡Un túnel verde! —exclamó Ana, entusiasmada—. Mira esas enormes ortigas, Julián.

Al final del sendero había un paso que subía casi en línea recta y en él, no muy lejos, estaba la torre. Se detuvieron y la contemplaron. En aquella torre era donde, hacía cien años, se encendía la luz que conducía a los barcos a su perdición, y en las noches últimas la luz había vuelto a encenderse.

—Esa torre se está cayendo a pedazos —comentó Dick—. Ya se han desprendido grandes trozos. Sin duda, la casa también está desmoronándose. Desde aquí sólo puede verse parte del tejado. Vamos. Esto promete ser divertido.

La torre no aparecía en aquel momento tan terrorífica como cuando los chicos la vieron bajo la tormenta y coronada por la misteriosa luz. Su aspecto era el lamentable de una construcción en ruinas. Siguieron adelante entre altos cardos, ortigas y toda clase de matojos.

—Cualquiera diría que nadie ha venido por aquí desde hace muchos años —dijo Julián, sorprendido—. ¡Lástima que no tengamos una guadaña para segar toda esta maleza! Apenas podemos dar un paso. Además, las ortigas me están acribillando.

Llegaron al fin a la casa. También estaba en ruinas y ofrecía un triste aspecto. Las puertas se habían caído, las ventanas estaban desvencijadas y no tenían un solo cristal; el tejado estaba lleno de agujeros. Un enorme rosal trepador se encaramaba por todas partes. Su ramaje y sus infinitas rosas blancas cubrían las paredes y el tejado ocultando la fealdad de las ruinas.

La torre parecía estar firme aún. Sólo la parte más alta, donde faltaban trozos de pared, se hallaba en mal estado. Julián se abrió paso a través de las matas que obstruían la puerta y entró en la casa. La cizaña cubría el suelo.

—¡Hay una escalera de piedra que sube a la torre!… ¡Mirad! Hay unas manchas en todos los escalones. ¿De qué serán?

—De aceite —repuso *Jorge*—. Alguien ha subido aceite en un bidón o en una lámpara que goteaban. Julián, llevemos cuidado. ¡Puede rondar alguien por aquí!

Capítulo XIII

EN LA TORRE DE LOS «NAUFRAGADORES»

Dick y Ana se dirigieron a toda prisa a la escalera de piedra cuando oyeron las palabras de Julián y *Jorge*… ¡Aceite! Esto sólo podía significar una cosa: que se encendía una lámpara en la torre.

Miraron atentamente las grandes manchas de aceite que había en los escalones.

—Subamos —dijo al fin Julián—. Yo iré delante. Llevad cuidado; mirad dónde ponéis los pies porque la torre no está tan firme como parecía.

La torre se alzaba en un ángulo de la casa y sus paredes eran mucho más gruesas que las del resto de la construcción. Su única entrada era un hueco que se abría en el interior de la casa. Dentro de la torre había una escalera de piedra en espiral.

—¡Esto debió de ser la puerta de la torre! —exclamó Dick, golpeando con el pie una gruesa tabla de madera que yacía pudriéndose en el suelo junto al umbral de piedra—. La torre no parece tener habitaciones: sólo la escalera. Debía de utilizarse únicamente para observar.

—O para hacer señales a los barcos a fin de atraerlos a las rocas, —dijo *Jorge*—. ¡No me empujes, *Tim*! Casi me haces caer. Estos escalones son demasiado altos…

Como había dicho Dick, lo único que había en el interior de la torre era aquella escalera de caracol estrecha y empinada. Julián fue el primero en llegar a la cima. A sus ojos se ofreció un cuadro maravilloso. Millas y millas de agua de un azul oscuro como el de las gencianas. Cerca de la costa, las olas se cubrían de largos flecos de espuma al chocar con los escollos ocultos que esperaban a los

barcos incautos.

Jorge se acercó a Julián y quedó admirada al tender la vista sobre el mar. ¡Qué cuadro tan maravilloso! ¡Agua azul, cielo azul, olas que se estrellan en las rocas y blancas gaviotas planeando en la brisa marina!

Llegó Dick y Julián le advirtió:

—¡Cuidado! No te apoyes en las paredes: están a punto de derrumbarse.

Julián tocó la parte superior del muro y se desprendió un trozo con gran estrépito.

Gruesas piedras habían caído aquí y allá dejando grandes huecos en las paredes. Cuando llegó Ana, Julián la asió del brazo, temeroso de que se apoyara en la resquebrajada pared y se precipitase en el vacío.

Jorge sujetaba a *Tim* por el collar, para obligarlo a estarse quieto.

—No pongas tus patazas en la pared. ¡Te encontrarías abajo, entre las ortigas, en menos que canta un gallo!

—Desde luego, es un sitio estupendo para encender una luz que haya de verse desde el mar —dijo Dick—. Se distinguiría desde muchas millas de distancia. Antaño, cuando los barcos que navegaban cerca de aquí se veían azotados por una de las tormentas que tan frecuentes son en estas costas, sus tripulantes debían de dar gracias a Dios al ver una luz por la que guiarse.

—Pero era una luz maldita —dijo Julián—, una luz que los atraía hacia esas grandes rocas. Oíd. ¿Esas rocas están cerca de la ensenada en la que estuvimos el otro día?

—Creo que sí —repuso Dick—. Pero hay infinidad de rocas y gran número de ensenadas por estos alrededores, y es difícil asegurar si son las mismas que vimos.

—Los barcos que navegaban hacia la luz debían de chocar con esas rocas que vemos ahí abajo —dijo Julián, señalándolas—. ¿Cómo se las compondrían los «naufragadores» para llegar hasta ellas? Debe de haber un camino en alguna parte.

—El «Camino de los Naufragadores», ¿no? —preguntó Dick.

Julián reflexionó.

—No lo sé. Creo que el «Camino de los Naufragadores» debe de ir desde el mar hasta algún punto de tierra firme. Seguramente era

un camino que podían utilizar fácilmente los interesados. Escuchad. Os diré cómo me parece que ocurría todo.

—A ver —dijeron todos.

—En las noches de tormenta, los habitantes de la casa subían a la torre y hacían señales luminosas si veían algún barco navegando por estas aguas. Luego, con el ánimo en tensión, lo veían acercarse, iluminado por la luz de la torre o por la luna.

Todos se imaginaron la escena y *Jorge* se estremeció. ¡Pobre barco condenado a naufragar!

—Cuando la embarcación —continuó Julián— se estrellaba contra las rocas, los de la torre hacían una señal diferente, destinada a un observador situado en las colinas… —y señalaba hacia atrás—, a un observador situado en el único lugar desde donde puede verse la luz. Seguramente la luz lanzaba los habituales destellos para atraer al barco, y luego hacía señales en clave al observador de las colinas diciéndole: «El barco se ha estrellado contra las rocas. Dilo a los demás y venid a recoger el botín».

—¡Es horrible! —exclamó Ana—. Me cuesta creerlo.

—Ciertamente, es difícil creer que alguien pueda ser tan inhumano —convino Julián—. Pero me parece que así ocurrían las cosas. Luego, los habitantes de esta casa bajaban a la costa y esperaban a sus amigos, que llegaban por el «Camino de los Naufragadores», dondequiera que éste se halle.

—Sin duda —opinó Dick—, es un camino secreto que sólo conocían los «naufragadores». Hay que tener en cuenta que hacer naufragar a un barco era un acto que iba contra la ley. Así, pues, todo lo relacionado con este acto ilegal debía mantenerse en secreto. Ya oísteis lo que dijo el viejo pastor: los «naufragadores» que conocían ese camino tenían que prometer solemnemente no revelar el secreto a nadie.

—El padre del viejo pastor vivía probablemente en esta casa y subía por la escalera de caracol en las noches de temporal para encender la luz que enviaba al mar sus destellos —coligió Julián.

—Por eso a Guan le daba «zuto» la torre —intervino *Jorge*—. Cree que el padre de su bisabuelo enciende todavía la luz. En fin, lo cierto es que alguien la enciende…, alguien que no puede proponerse nada bueno, desde luego.

—Y alguien, no lo olvidemos, que puede estar rondando por aquí —recordó Julián, hablando en voz baja de pronto.

—¡Es verdad! —exclamó Dick, recorriendo con la mirada la reducida pieza, como si temiera descubrir a alguien escuchándolos —. ¿Dónde guardará ese hombre la lámpara? Aquí no está.

—Hay manchas de aceite en casi todos los escalones —dijo Ana —. Lo he visto al subir. Debe de ser una lámpara de gran tamaño, ya que su luz ha de llegar muy lejos.

—¡Mirad! —dijo Dick—. Allí, junto a la pared, el suelo está manchado de aceite. De modo que la lámpara ha estado aquí.

Miraron las oscuras manchas. Dick se agachó y las olió. Desde luego eran de aceite.

Jorge, que observaba la pared en otro lado, llamó a los demás.

—También hay manchas aquí. Ahora lo comprendo todo. Cuando la luz había atraído al barco y éste estaba hecho pedazos entre las rocas, el que hacía las señales traía la lámpara a este lado para comunicar al observador de las colinas el resultado de la operación.

—Así debía de ocurrir entonces —asintió Ana—. Pero ahora ¿quién será el que enciende la luz? Estoy segura de que aquí no vive nadie; esta casa está en ruinas y expuesta al viento y la lluvia. Alguien que conoce el camino que conduce aquí tiene una lámpara y hace las señales: no me cabe duda.

Hubo una pausa. Dick miró a Julián. La misma idea los asaltó a los dos. Habían visto a un hombre vagando de noche bajo la tormenta; lo habían visto dos veces.

—Acaso sea el señor Pennethlan el que hace las señales —dijo Dick—. No acertábamos a comprender por qué estaba fuera de la granja, a pesar de la tempestad, la primera noche.

—No, no es el hombre que enciende la luz —replicó Julián—. Es «el observador de las colinas». Si sale a pasear en noches tormentosas es para ver si le dicen desde la torre, por medio de señales, que un barco se acerca.

Nuevo y largo silencio. La idea de la complicidad del granjero los entristecía a todos.

—Sabemos que dice mentiras, lo vimos registrando bolsillos — continuó Julián—, lo que demuestra que es capaz de todo. Sin

duda, es el hombre que va a las colinas, a ese único punto desde donde se ve la luz.

—Pero ¿para qué? —preguntó Ana—. Dicen que no hay naufragios en estas costas desde que pusieron el potente faro. ¿Qué pretenderá esta gente que no provoca naufragios?

—¡Contrabando! —exclamó al punto Julián—. A eso se dedican. Seguramente utilizan una barca. En las noches de tempestad y viento en que no se les puede ver ni oír, se hacen a la mar y esperan a que la luz les indique que todo va bien. Entonces entran en la ensenada.

—Y, sin duda, alguien que ha bajado a la cala por el «Camino de los Naufragadores» y está escondido en ella recoge las mercancías de contrabando —añadió Dick, acalorado—. De esto se encargarán tres o cuatro personas si la carga es excesiva. ¡Eureka! ¡Hemos descifrado el misterio!

—Y el observador que está en las colinas —agregó Julián— da la noticia a sus amigos y bajan todos a la cala. ¡Es un plan ingenioso! Nadie ve la luz de la torre excepto los de la barca que espera, y nadie ve desde el interior las señales, excepto el observador de las colinas. ¡La cosa no puede estar más clara!

—Desde luego, hemos tenido suerte y hemos aclarado muchas cosas —dijo Dick—. Pero quedan otras por aclarar. Por ejemplo, estoy seguro de que el hombre que enciende la luz no viene por donde hemos venido nosotros, ya que no hemos visto hierbas aplastadas ni ningún otro rastro de su paso.

—Cierto: ni siquiera nos hemos tropezado con un cardo roto —convino Ana—. Debe de haber otro camino para venir aquí.

—¡Claro que lo hay! Ya hemos dicho que tiene que haber un camino por el que el hombre de la luz pueda ir a la cala desde aquí —exclamó *Jorge*—. Bien, pues éste es el que utiliza para venir a la torre. Primero va a la ensenada, y desde ella viene aquí. ¡Qué tontos hemos sido!

Esta idea los enardeció a todos. ¿Dónde estaría aquel paso? No se lo podían imaginar. Desde luego, no partía de la torre, ya que en ella sólo había espacio para la escalera de caracol.

—Bajemos —propuso Ana, empezando a hacerlo.

De pronto, un ligero ruido que llegó a ella desde abajo la

detuvo.

—Sigue —la apremió *Jorge*, que iba detrás de ella.

Ana volvió su carita, transfigurada por el miedo, y susurró:

—He oído un ruido abajo.

Jorge se volvió a Julián.

—Ana cree que hay alguien abajo.

—Ven, Ana —le ordenó Julián al instante.

Ana volvió a subir, todavía asustada.

—¿Será el hombre de la lámpara? —musitó—. Ten cuidado, Julián. No sería nada agradable que te encontraras con él.

—¡Claro que no sería agradable! —exclamó *Jorge*—. ¡Seria terrible!

—Si vas a bajar, Julián, ¡mucho ojo!

Julián miró hacia abajo por el hueco de la escalera. No tenía más remedio que bajar para ver si había alguien allí. No podían estar en lo alto de la torre todo el día, esperando a que se marchara el misterioso visitante.

—¿Cómo era el ruido que oíste? —preguntó a Ana.

—El ruido de alguien que corre —repuso la niña—. Claro que pudo haber sido una rata o un conejo. Sólo fue un rumor. Algo que se movió… ¡o alguien!

—Sentémonos un momento, y escuchemos a ver si oímos algo más —propuso Dick.

Se sentaron y permanecieron en silencio. *Jorge* sujetaba a *Tim* por el collar. Escucharon atentamente. Oían al viento que soplaba en torno a la torre. Oían el grito lejano de las gaviotas: «¡Ioo, ioo, ioo!». Oían, allá abajo, al pie de la torre, el rumor que producían los espinosos cardos al rozar unos con otros.

Pero no oyeron nada en la cocina ni al pie de la escalera. Julián miró a Ana.

—No se oye nada. Debe de haber sido un conejo.

—Quizá —admitió la niña, un poco avergonzada—. ¿Qué hacemos? ¿Bajamos?

—Sí. Yo iré delante con *Tim* —dijo Julián—. Si alguien nos acecha odiará a *Tim* cuando lo vea. ¡Y *Tim* se enfurecerá al verlo a él!

Cuando Julián inició el descenso, se oyó claramente un ruido

abajo. Era, como había dicho Ana, el rumor de una carrera. Después se hizo el silencio.

—¡Ahora lo he oído! —dijo Julián.

Siguió bajando. Los demás lo miraban, conteniendo la respiración. *Tim* iba con Julián, tratando de adelantarlo. No parecía asustado, lo que hacía pensar que el ruido podía proceder de un ratón o un conejo.

Julián siguió bajando lentamente. ¿Con quién se iba a encontrar: con un enemigo o con un amigo? ¡Cuidado, Julián! ¡Piensa que puede haber alguien esperándote!

Capítulo XIV

EL PASADIZO SECRETO

Julián se detuvo en el último escalón y aguzó el oído. No llegaba el rumor más leve de las habitaciones de la casa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Julián resueltamente—. Sé que hay alguien ahí escondido. Lo acabo de oír.

Nadie le contestó. La cocina estaba llena de cizaña, y la hiedra y el rosal trepador de flores blancas la sumían en la penumbra. Su voz resonó en el silencio, pero no obtuvo respuesta.

Julián entró en la cocina y miró en todas direcciones. Allí no había nadie. La soledad y el silencio eran absolutos. Julián atravesó el umbral y entró en otra habitación. También estaba vacía. La casa sólo tenía cuatro habitaciones, dos de ellas extremadamente pequeñas. Todas estaban vacías. *Tim* no daba muestras de inquietud. Ni siquiera ladró como habría ladrado si hubiese olido a alguien.

—Sin duda, *Tim*, ha sido una falsa alarma —dijo Julián, aliviado —. El ruido debe de haberlo hecho un conejo, o un trozo de pared que se ha venido abajo. ¿Qué husmeas, *Tim*?

El perro olfateaba ávidamente en un rincón próximo al umbral de piedra. De pronto se detuvo y miró a Julián como si quisiera decirle algo. Julián se acercó e inspeccionó el rincón donde *Tim* olfateaba.

No había nada: sólo algunas matas raquíticas que crecían en el suelo. Julián se preguntaba por qué interesarían a *Tim*. Pero *Tim* empezó en seguida a corretear por todas partes. Parecía extrañado de que le hubiesen llevado a una casa tan rara.

—¡Dick! —le llamó Julián—. ¡Baja con las niñas! ¡Aquí no se ve

a nadie! El ruido que ha alarmado a Ana debe de haberlo hecho algún animal.

Los de arriba respiraron y bajaron a reunirse con él.

—Siento haberos asustado —se excusó Ana—, pero el ruido ha sido exactamente el de una persona que corría. Claro que esto no es posible, porque *Tim* habría ladrado, y está tan tranquilo.

—Desde luego, podemos decir que ha sido una falsa alarma —declaró Dick—. Bueno, ¿qué hacemos ahora? ¿Comemos o empezamos a buscar la entrada del pasadizo que conduce a la ensenada?

Julián consultó su reloj.

—En realidad, aún no es hora de almorzar, pero podemos comer si estáis hambrientos.

—Bueno, yo empiezo a tener apetito —dijo Dick—. Pero creo que podré resistir hasta que encontremos el principio de ese camino. ¿Dónde diantre estará?

—He inspeccionado las cuatro habitaciones —repuso Julián—, y sólo he visto maleza. No hay ninguna puerta que dé al exterior, ni ninguna trampa en el suelo. Es un misterio.

—Hagamos una investigación a fondo —dijo *Jorge*—. Será muy divertido, por lo menos para mí. Y tú, *Tim*, podrás participar.

Empezaron a explorar las cuatro habitaciones. No podía haber ninguna trampa en el suelo, ya que estaba enteramente cubierto de hierbajos en los que no se veía huella alguna. Si la trampa hubiera existido y la hubiese utilizado el hombre de la lámpara, la maleza no estaría intacta.

—Escuchad —dijo Julián de pronto—. Tengo una idea. Recurramos a *Tim* para que encuentre la entrada.

—¿Cómo? —preguntó *Jorge* al instante.

—Haciéndole oler las manchas de aceite de los escalones para que luego siga el rastro por la maleza —explicó Julián—. No es posible que la lámpara derramara aceite sólo en la escalera. Debe de haber un rastro desde la entrada del pasadizo, dondequiera que esté, hasta la cima de la torre. *Tim* puede seguirlo. Nos conducirá a la entrada que buscamos.

—De acuerdo —repuso *Jorge*, sujetando a *Tim* por el collar—. Pero creo que no existe esa entrada. Hemos inspeccionado esta casa

palmo a palmo. Ven, *Tim*, tienes que trabajar de firme.

La nariz de *Tim* se acercó a la mancha de aceite del primer escalón.

—Huélela bien, *Tim*, y sigue la pista —le ordenó su dueña.

Tim comprendió perfectamente la orden. *Jorge* lo tenía bien enseñado. Olfateó detenidamente el aceite y luego subió por la escalera hasta la mancha siguiente. Pero *Jorge* lo hizo volver.

—No, *Tim*; por ahí no: por el otro lado. Tiene que haber manchas de aceite en el suelo de la casa.

Tim volvió atrás dócilmente. En seguida encontró un charco de aceite entre las hierbas que cubrían el suelo. Lo olió y avanzó de nuevo, siguiendo el rastro.

—¡No hay otro como *Tim*! —exclamó *Jorge*, satisfecha—. ¿Verdad que es muy listo, Julián? Va siguiendo la pista del hombre que llevaba la lámpara. ¡Adelante, *Tim*! ¿Dónde está la siguiente mancha?

El rastro despedía un fuerte olor y era muy fácil de seguir para *Tim*. Siguiéndolo, salió de la habitación y entró en otra más pequeña. Luego en una más espaciosa, que debía de haber sido el salón, pues tenía una enorme chimenea. *Tim* se dirigió a la chimenea con la nariz pegada al suelo. Entró en el hogar y se detuvo. Miró a *Jorge* y empezó a ladrar.

—Dice que el rastro termina aquí —interpretó *Jorge*, excitada—. De modo que la entrada del pasadizo debe de estar en esta gran chimenea.

Todos se apiñaron ante el hogar. Julián encendió su linterna y enfocó el tiro de la chimenea, enorme cavidad cuya parte alta se había desprendido.

—Aquí no hay nada… Pero ¿qué es esto?

Dirigía la luz a uno de los lados de la chimenea. Había allí un oscuro orificio del tamaño justo para que pudiera pasar el cuerpo de un hombre.

—¡Mirad! Creo que hemos encontrado lo que buscábamos. ¿Veis ese agujero? Estoy seguro de que es la entrada del pasadizo secreto. ¡Adelante, *Tim*!

—¡Nos vamos a poner tan sucios como mendigos! —exclamó Ana.

—Es una preocupación muy propia de ti —dijo *Jorge*, en son de censura—. ¿Qué importa que nos ensuciemos? Esto puede ser importantísimo. ¿Verdad, Julián?

—Desde luego. Si esto es la entrada de un paso secreto y lo utiliza una banda de contrabandistas, vamos a hacer algo muy importante. ¿Qué hacemos primero: comer o explorar?

—Explorar, desde luego —dijo Dick—. ¿Hacemos pasar a *Tim* delante? Yo así lo haría.

Tim se introdujo de un salto en el negro orificio y desapareció al punto. Estaba entusiasmado… ¿Conejos? ¿Ratas? ¿Por qué entrarían los niños detrás de él?… ¡Qué juego tan divertido!

—Ahora yo —decidió Julián, y añadió—: Es un poco difícil entrar por aquí. Dick, ayuda a Ana y a *Jorge* y, cuando estén dentro, ponte detrás de mí.

Dicho esto, se internó en el pasadizo. Los demás fueron entrando y siguiéndolo. Ana se lamentó de no llevar pantalones como *Jorge*. Incluso su corta faldita era entonces un engorro para ella.

El corredor que empezaba en la chimenea terminaba en seguida sobre un espacio más ancho. Julián saltó a esta especie de habitación subterránea y se preguntó si no estaría en un simple escondite en vez de hallarse en el pasadizo que buscaban. Pero en esto vio junto a sus pies un segundo agujero que era la boca de un oscuro pozo.

Dirigió hacia el fondo la luz de su linterna y vio una serie de abrazaderas de hierro a un lado. Al punto se volvió para comunicar a los demás su descubrimiento. Acto seguido empezó a bajar por el pozo, utilizando las abrazaderas para apoyar los pies y asirse con las manos.

Al llegar al fondo del pozo, Julián se encontró de pie sobre un duro suelo, y dio una vuelta proyectando su linterna en todas direcciones.

Allí, ante él, estaba el pasadizo. Sin duda, era el que conducía a la ensenada, el que el hombre que cuidaba la luz hacía mucho tiempo utilizaba para ir a echar una mirada codiciosa a los barcos que se estrellaban contra las rocas.

Oyó a los demás, que bajaban rápidamente. De pronto pensó en *Tim*. ¿Dónde estaría? ¿Se habría caído en el pozo? ¡Pobre *Tim*! Se

preguntaba si estaría herido. Después cayó en la cuenta de que no había ladrado, y supuso que habría caído de pie como los gatos.

—He encontrado el pasadizo —dijo a los que bajaban—. Empieza aquí, en el fondo del pozo. Recorreré un trecho y os esperaré. Luego seguiremos todos en fila india.

Pronto estuvieron todos en el fondo del pozo.

Jorge estaba preocupada. Ya sabía que *Tim* había desaparecido.

—¡Debe de haberse herido al caer! Este pozo es muy alto… ¿Dónde estará, Dios mío?

—Pronto lo alcanzaremos —dijo Julián para tranquilizarla—. Ahora no debemos separarnos. El pasadizo va hacia abajo, y la pendiente, como era de esperar, es muy viva.

Efectivamente, la pendiente era tal, que en algunos sitios los niños resbalaban. De pronto, Julián vio algunas abrazaderas de hierro colocadas aquí y allá en los trechos más difíciles. Gracias a ellas, los niños se ahorraron más de una caída.

—Estas abrazaderas deben de ser especialmente útiles para los que suban —comentó Julián—. Sería casi imposible trepar por aquí sin poder apoyar los pies en ninguna parte. Mirad. Ahora viene un trozo más llano.

Aquel trozo se fue ensanchando y, de pronto, los niños se encontraron en una gruta. Los cuatro entraron en ella, sorprendidos. Era baja de techo y las paredes, de piedra negra, relucían a la luz de la linterna.

—¿Dónde estará *Tim*? —repitió *Jorge*, inquieta—. Ni siquiera se le oye.

—Sigamos hasta la ensenada —dijo Julián—. Este pasadizo debe de conducir a la orilla del mar, seguramente a las rocas donde se estrellaban los barcos. Hemos llegado a la salida de la gruta.

Salieron y se encontraron en un paso formado por las rocas. A veces, las paredes estaban tan juntas que era difícil pasar entre ellas. De pronto, el pasadizo se dividió en dos. Uno de los ramales se dirigía serpenteando hacia el mar; el otro, tierra adentro.

—Sigamos el ramal de la derecha, el que conduce al mar —decidió Julián.

Todos iban a internarse en este paso, cuando *Jorge* se detuvo, asiendo a Julián del brazo.

—¡Escucha! Oigo a *Tim*.

Todos se detuvieron y escucharon. *Jorge* tenía un oído muy fino y oía los ladridos de *Tim*. Momentos después, todos los oyeron. «¡Guau-guau-guau-guau!». Sí, era *Tim*; no cabía duda.

—¡*Tim*! —gritó de pronto *Jorge*, haciéndoles dar un salto a todos —. ¡¡¡*Tim*!!!

—¡Qué susto nos has dado! —exclamó Dick—. ¿No comprendes que no puede oírte desde tan lejos? Sigamos el ramal de la izquierda. Los ladridos de *Tim* venían de esa parte.

—Sí —afirmó Julián—. Vayamos a buscarlo y luego volveremos para seguir el otro ramal. Estoy seguro de que conduce al mar.

Avanzaron por el de la izquierda. Fue cosa fácil, pues era mucho más ancho que el pasadizo que acababan de dejar. Los ladridos de *Tim* se oían cada vez más cerca. *Jorge* lanzó un agudo silbido y esperó ver aparecer a *Tim* corriendo hacia ella. Pero no apareció.

—Es extraño que no acuda —dijo, preocupada—. Debe de estar herido… ¡¡¡*Tim*!!!

Un recodo, y luego, el paso volvía a dividirse en dos. Los niños, sorprendidos, vieron una tosca puerta empotrada en la pared rocosa del ramal de la izquierda. ¡Una puerta! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Mirad, ¡una puerta! —exclamó Dick, asombrado—. ¡Y qué recia es!

—¡*Tim* está detrás de esa puerta! —aseguró *Jorge*—. Sin duda entró ahí, y la puerta se cerró sola. ¡*Tim*! ¡Estamos aquí! ¡En seguida entramos!

Empujó la puerta, pero ésta no se abrió. Entonces vio un picaporte, lo levantó y la puerta se abrió fácilmente, dando paso a una cueva en la que entraron los cuatro niños. Era una extraña caverna de techo bajo.

Tim se lanzó sobre ellos apenas los vio. No estaba herido. Se alegró tanto al verlos que la caverna se venía abajo con sus ladridos.

—¡Guau! ¡¡¡Guau!!!

—¡Oh, *Tim*! ¿Cómo has entrado aquí? —le preguntó *Jorge* acariciándolo—. Se cerró la puerta detrás de ti, ¿verdad? ¡Oh! ¡Qué extraño es todo esto! Es un almacén. Mirad esas cajas, esos cestos,

esos paquetes…

Mientras inspeccionaban la caverna, se oyó un ligero *clic*. Pensando en el picaporte, Julián corrió a la puerta y trató de abrirla.

—¡Está cerrada! Alguien ha echado el picaporte. Lo he oído. ¡Dejadnos salir! ¡¡¡Dejadnos salir!!!

Capítulo XV

ENCERRADOS EN LA CUEVA

Dick, *Jorge* y Ana se miraron inquietos. Indudablemente, alguien los había espiado y, después de haber capturado a *Tim* y haberlo encerrado, había hecho lo mismo con ellos.

Tim empezó a ladrar al oír los gritos de Julián, y corrió hacia la puerta que el muchacho golpeaba con las manos y los pies.

Se oyó una voz al otro lado de la puerta, y alguien dijo balbuceando cómicamente:

—Habéis llegado en un mal momento. Tendréis que permanecer donde estáis hasta mañana.

—¿Quién es usted? —preguntó Julián, indignado—. ¿Cómo se atreve a tratarnos de este modo?

—Podéis comer y beber —respondió la voz—. He visto las mochilas que lleváis y supongo que están llenas de comida. ¡Es una suerte para vosotros! Ahora, paciencia. Así aprenderéis a no meteros en lo que no os importa.

—¡Déjenos salir! —gritó Julián, al que había enfurecido más aún el tono impertinente y la frialdad de aquella voz.

Y, fuera de sí, volvió a golpear la puerta, aunque sabía muy bien que no conseguiría nada.

Nadie contestó. El de fuera, quienquiera que fuese, se había marchado. Julián dio un último puntapié a la puerta y se volvió hacia sus compañeros.

—Ese tipo debe de habernos espiado. Seguramente nos ha seguido hasta la casa en ruinas, y entonces se ha fijado en nuestras mochilas. Sin duda, el ruido que Ana ha oído cuando estábamos en la torre lo ha hecho él.

Tim ladró de nuevo. Aún estaba junto a la puerta. *Jorge* lo llamó:

—¡Ven, *Tim*! Es inútil que ladres. La puerta está cerrada. ¿Por qué te dejaríamos entrar antes que nosotros en el agujero? Si no hubieras ido delante, no te habrían atrapado y habrías podido defendernos de ese hombre.

—Bueno. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ana, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Dirás qué podemos hacer —corrigió *Jorge*—. Y la respuesta es: ¡nada! Estamos encerrados en una caverna que penetra en el corazón de un acantilado, y cerca sólo tenemos al sujeto que nos ha atrapado. Si a alguien se le ocurre una solución, que la exponga.

—No te enfades —dijo Ana—. Lo único que podemos hacer es esperar hasta que nos abran esa puerta. Quiera Dios que ese hombre no se olvide de nosotros. Sólo él sabe que estamos aquí.

—¡Eso sería horrible! —murmuró Dick—. Pero estoy seguro de que la señora Pennethlan dará la voz de alarma, y saldrá una patrulla de rescate en nuestra busca.

—No creo que esa patrulla nos encontrara —dijo *Jorge*—. Incluso suponiendo que siga nuestras huellas hasta la torre, no dará con la entrada secreta del pasadizo.

—Bueno, seamos optimistas y comamos —repuso Julián, abriendo su mochila.

Todos se animaron en seguida.

—¡Tengo apetito! —exclamó Ana, extrañada—. Debe haber pasado ya la hora del almuerzo. Comer nos distraerá, ¿no os parece?

Se dieron un verdadero banquete, y se alegraron de que la señora Pennethlan les hubiera puesto tanta comida.

Si no los dejaban salir hasta el día siguiente necesitarían abundantes provisiones.

Examinaron las cajas y cestos. Algunos eran muy viejos y todos estaban vacíos. También había un baúl de marinero en el que se leía el nombre de «Abraham Trelawny», y que sólo contenía un botón dorado.

—Abraham Trelawny —leyó en voz alta Dick—. Sin duda, perteneció a la tripulación de uno de aquellos barcos que los «naufragadores» atrajeron a los escollos. Las olas debieron de

traerlo hasta aquí. Estoy casi seguro de que éste era el sitio donde los dueños de la casa en ruinas se repartían el botín y lo ocultaban.

—Lo mismo creo yo —dijo Julián—. Por eso la puerta puede cerrarse no sólo con picaporte, sino también con llave. Los «naufragadores» almacenaban aquí, seguramente, muchas cosas de valor procedentes de los naufragios y no querían que nadie pudiera entrar en la caverna con ánimo de robarles. ¡Qué gente tan odiosa!… ¡Uf, qué aburrido es esto!

Ciertamente, era un aburrimiento estar como presos en aquella cueva. Sólo usaban una linterna para evitar quedarse a oscuras, cosa que podía ocurrir si gastaban las dos pilas a la vez.

Julián recorrió la cueva palmo a palmo para ver si había alguna posibilidad de huir. Pero hubo de convencerse de que no existía tal posibilidad. Las paredes eran de dura roca, y en ellas no había grieta ni abertura de ninguna índole.

—Ese tipo ha dicho que hemos llegado en un mal momento —dijo Julián, sentándose en el suelo—. ¿Será que esperan que llegue un barco de contrabando esta noche? Han hecho señales dos veces esta semana. Si aún no ha llegado la barca que esperaban, deben de esperar que llegue esta noche, y entonces quedaría justificada nuestra inoportunidad.

—¡Si no estuviéramos encerrados en esta odiosa cueva —exclamó *Jorge*—, podríamos haberlos espiado y, en caso necesario, haberlos detenido o haber avisado a la policía!

—Pero como ya no lo podemos hacer, no pensemos en ello —dijo Dick con acento sombrío—. *Tim*, fuiste un tonto. ¡Dejarte atrapar!…

Tim escondió el rabo entre las piernas. Estaba tan triste como Dick. No le gustaba aquella cueva de techo bajo. ¿Por qué no abrirían la puerta y se marcharían? Se acercó a la puerta y gimoteó mientras la arañaba.

—No podemos abrirla, *Tim* —le dijo Ana—. ¡Pobre animal! Creo que tiene sed, *Jorge*.

Pero sólo tenían limonada casera, y esta bebida le gustaba muy poco a *Tim*.

—No malgastéis la limonada. Ya sabéis que no le gusta —dijo Julián—. Mañana nos vendrá muy bien a nosotros.

Dick consultó su reloj.

—¡Sólo son las dos y media! —suspiró—. ¡Horas y horas de espera! Juguemos a algo; por ejemplo, al «tres en raya». Será mejor que estar brazo sobre brazo.

Jugaron al «tres en raya» hasta que se cansaron de este juego. Entonces pasaron a adivinanzas, y luego a otros entretenimientos parecidos. A las cinco dieron un bocado y cambiaron impresiones.

¿Qué diría la señora Pennethlan cuando viera que se hacía de noche y no volvían?

—Si el señor Pennethlan está mezclado en este asunto…, y yo aseguraría que lo está —opinó Julián—, no le gustará que le pidan que avise a la policía para que nos busque. Es precisamente por la noche cuando no querrá ver a la policía por aquí.

—Estás en un error —replicó *Jorge*—. Creo que preferirá que la policía se dedique a buscar niños perdidos que a meter las narices en sus asuntos.

—No había pensado en eso —convino Julián.

¡Qué lentamente pasaba el tiempo! Los niños bostezaban, hablaban, guardaban silencio, jugaban con *Tim*… La linterna de Julián se apagó y tuvieron que usar la de Dick.

—Es una suerte que tengamos dos linternas —dijo Ana.

A las nueve y media todos empezaron a sentir sueño.

—Yo creo que debemos intentar dormir —opinó Dick, lanzando un enorme bostezo—. Este suelo de roca es muy duro, pero hay un trozo cubierto de arena, donde estaremos más cómodos.

Todos convinieron en que intentar descansar era una buena idea y se dirigieron al rincón cubierto de arena. Ciertamente era mejor que la dura roca. Se agitaron sobre la arena, y así formaron unos huecos a los que se ajustaban perfectamente sus cuerpos.

—Es una cama bastante dura —protestó *Jorge*—. Oye, querido *Tim*, no me babees la cara. Échate entre Ana y yo, y ¡a dormir!

Tim se echó sobre las piernas de *Jorge*. Apoyó el hocico en sus patas y exhaló un profundo suspiro.

—Supongo que *Tim* no estará resoplando de ese modo toda la noche —comentó Ana.

Aunque ellos creían que no podrían pegar los ojos, se durmieron en seguida. *Tim* se durmió también aunque sin sumirse por

completo en la inconsciencia. ¡Estaba en guardia! Nadie podría abrir la puerta, ni tan sólo acercarse a ella, sin que *Tim* lo oyese.

Alrededor de las once, *Tim* abrió un ojo y levantó las orejas. Escuchó con la cabeza apoyada en las piernas de *Jorge*, y abrió el otro ojo.

Se sentó y escuchó atentamente. *Jorge* se despertó al moverse *Tim* y tendió una mano hacia él.

—*Tim*, échate —susurró.

Pero *Tim*, sin hacerle caso, emitió un débil gemido.

Jorge se sentó completamente despierta. ¿Por qué habría lanzado aquel gemido? ¿Habría oído pasar a alguien hacia la ensenada? ¿Habrían encendido la luz en la torre y se habría acercado la esperada barca?

Puso la mano en el collar de *Tim*.

—¿Qué pasa? —musitó.

Esperó, diciéndose que *Tim* gruñiría si oía algo más. Pero no gruñó: gimió de nuevo.

De pronto, se desprendió de la mano de *Jorge* y se acercó a la puerta. *Jorge* encendió la linterna, extrañada.

Tim arañaba la puerta y gemía, pero seguía sin gruñir.

—¡Julián! Creo que hay alguien detrás de la puerta —dijo *Jorge* en voz baja—. *Tim* debe de haber oído a la patrulla de rescate. ¡Despierta, Julián!

Todos se despertaron. *Jorge* repitió sus palabras.

—*Tim* no gruñe —añadió—. Eso demuestra que no son enemigos los que hacen el ruido que oye. Ya habría gruñido si estuviera cerca el hombre que nos ha encerrado.

—Quietos un momento y escuchemos —dijo Julián—. No tenemos el oído tan fino como *Tim*, pero quizás oigamos algo.

Permanecieron inmóviles, escuchando. De pronto, Julián dio un codazo a Dick. Había oído algo.

—¡Atención! —susurró.

Todos aguzaron el oído mientras el corazón les latía con celeridad.

Oyeron como si una mano rozara la puerta, y el ruido cesó. *Jorge* esperaba que *Tim* empezara a ladrar como un loco, pero no lo hizo. Permanecía inmóvil, con la cabeza baja y las orejas erguidas. De

pronto, lanzó un nuevo gemido y volvió a arañar la puerta.

Del exterior llegó un susurro y *Tim* lloriqueó, corrió hacia *Jorge* y volvió al lado de la puerta. Todos estaban desconcertados.

Julián se levantó y se acercó a la puerta sin hacer ruido. Sí, alguien había al otro lado. Se oía un murmullo. ¿Habría dos personas?

—¿Quién anda ahí? —preguntó de pronto—. Te he oído. ¿Quién eres?

Un silencio que duró unos segundos, y luego una vocecita familiar respondió muy bajito:

—Zoy yo: Guan.

—¡Guan! ¿Es posible? ¿De veras eres tú?

—Zí.

Hubo un silencio de asombro en la cueva. ¡Guan! ¡Guan a aquellas horas de la noche a la puerta de la caverna en que estaban encerrados! ¿Estarían soñando?

Tim pareció volverse loco cuando oyó a Guan hablando con Julián. Se lanzó contra la puerta ladrando y gritando. Julián lo sujetó por el collar.

—¡Quieto, idiota! ¡Vas a echarlo todo a perder!

Tim obedeció. Julián habló con Guan de nuevo.

—Guan, ¿llevas alguna luz?

—¡No! —respondió Guan—. Eztá muy ozcuro aquí fuera. ¿Puedo acercarme a vozotros?

—Sí, claro. Pero, oye. ¿Sabes levantar un picaporte y abrir una puerta cerrada con llave? —preguntó Julián, temiendo que aquel niño medio salvaje ignorase incluso las cosas más sencillas.

—Zí. ¿Eztáiz encerradoz?

—Sí. Pero quizás esté la llave en la cerradura. Palpándola lo sabrás. Primero levanta el picaporte y luego da la vuelta a la llave si está ahí.

Los cuatro contuvieron la respiración mientras oían cómo las manos de Guan tanteaban la tosca puerta en la oscuridad, en busca del picaporte y de la llave.

Luego oyeron levantar el picaporte suavemente, y entonces pidieron a Dios que el desconocido que los había encerrado se hubiera dejado la llave en la cerradura.

—Aquí hay una llave —anunció la voz de Guan de pronto—. Pero va demaziado fuerte; no puedo darle la vuelta.

—Prueba con las dos manos —le apremió Julián.

Oyeron que Guan jadeaba a causa del esfuerzo, pero la llave no giraba.

—¡Es desesperante! —exclamó Dick—. Tan cerca como podríamos tener la libertad, y tan lejos como la tenemos.

Ana apartó a Dick. Una idea acababa de acudir a su imaginación.

—¡Guan! ¡Escúchame, Guan! Saca la llave de la cerradura y échala por debajo de la puerta. ¿Me oyes?

—Zí, te oigo —respondió Guan.

Y el chiquillo tiró de la llave, que chirrió ruidosamente al salir de la cerradura. Luego, gracias a Dios, apareció por debajo de la puerta, empujada con el mayor cuidado por Guan.

Julián la recogió y la introdujo en la cerradura. La hizo girar, y la puerta se abrió. ¡Qué alegría!

Capítulo XVI

EL «CAMINO DE LOS NAUFRAGADORES»

Julián empujó la puerta y, cuando ésta se abrió, *Tim* salió delante de todos. Al ver a Guan, empezó a lanzar alegres ladridos, a saltar sobre él y a lamerle, mientras el chiquillo reía.

—¡Vámonos en seguida! —dijo Dick—. Ese hombre puede venir en cualquier momento, y hay que evitar que nos encuentre.

—Bien, dejemos los comentarios para después —dijo Julián.

Los hizo salir a todos y salió él con la llave en la mano y cerró la puerta. Metió la llave en la cerradura y le dio la vuelta. Luego echó el picaporte y sacó la llave. Mientras se la guardaba en el bolsillo, guiñó un ojo a Dick.

—Así, si ese tipo se acerca a ver cómo estamos, ni siquiera se enterará de que hemos huido, ya que no podrá entrar.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Ana, que tenía la sensación de estar soñando.

Julián se detuvo a reflexionar.

—Sería una locura volver por el pasadizo a la casa en ruinas. Si hay alguien en la torre haciendo señales, y yo juraría que así es, nos podrían capturar de nuevo. ¿Quién nos asegura que no haríamos ruido al llegar a la chimenea?

—Bueno; volvamos atrás y sigamos el otro ramal que vimos: el de la derecha —dijo *Jorge*—. Mirad, ahí está —añadió, enfocándolo con la linterna—. ¿Adónde conducirá?

—A la orilla del mar. He bajado por él buzcándooz, pero no eztabaiz. Entoncez he ido por ezte camino y he encontrado la puerta. En la playa no hay nadie.

—Bueno, bajemos por aquí —decidió Dick—. Cuando estemos

fuera de peligro podremos planear lo que debemos hacer.

Se internaron en un pasadizo y avanzaron alumbrándose con la linterna. El túnel descendía en viva pendiente y resultaba difícil andar por él. Ana estrechó la mano a Guan.

—Gracias por habernos sacado de la cueva.

Guan le dirigió una sonrisa, pero Ana no pudo verla en la oscuridad.

Oyeron el rumor de las olas, y al fin salieron del túnel. Soplaba un fuerte viento, pero las estrellas brillaban en el cielo, enviándoles un tenue resplandor que les pareció más intenso por contraste con la negrura del pasadizo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Dick, mirando en todas direcciones.

En seguida vieron que se hallaban en la misma playa en que habían estado hacía unos días, aunque en el otro extremo.



—¿Podemos volver a la granja desde aquí? —preguntó Julián, tratando de averiguar su situación exacta—. ¡Mirad! La marea está subiendo. Tenemos que darnos prisa si no queremos que el agua nos rodee.

Avanzando por la arena, una ola llegó hasta muy cerca de sus pies. Julián echó una rápida mirada al acantilado que tenía a sus

espaldas. Era un paredón casi vertical. ¡Imposible trepar por él en la oscuridad! ¿Tendrían tiempo para encontrar una caverna donde poder esperar a que la marea bajase?

Llegó otra ola y Julián notó que le mojaba los pies.

—¡Esto se pone feo! La próxima gran ola nos derribará. ¡Ojalá saliera la luna! Las estrellas dan muy poca luz.

—Guan, ¿hay por aquí alguna cueva donde podamos refugiarnos? —preguntó *Jorge* ansiosamente.

—Oz llevaré a caza por el «Camino de loz Naufragadorez» —anunció Guan sorprendiéndolos a todos—. Zí, venid conmigo.

—¡Ahora recuerdo que dijiste que conocías ese camino! —exclamó Julián—. Sería una suerte que estuviera cerca. Llévanos, Guan. ¡Eres una joya! Pero date prisa: ya tenemos los pies mojados y en cualquier momento puede llegar otra ola gigante.

Guan los condujo de cala en cala y llegaron a una mayor que las demás. Entonces, el chiquillo los llevó tierra adentro por un camino rocoso.

Guan se detuvo ante una gran roca. La rodeó hasta llegar al otro lado y los demás lo siguieron, uno tras otro. Nadie podía sospechar que había un camino detrás de aquella roca.

—Eztamoz en el «Camino de loz Naufragadorez» —dijo Guan, con énfasis. Y siguió adelante. Pero de pronto se detuvo, dando lugar a que sus seguidores chocaran el de atrás con el de delante.

Tim lanzó un breve ladrido de advertencia y *Jorge* lo sujetó por el collar.

—¡Alguien viene! —susurró Guan.

Y los empujó hacia atrás. Se oía a lo lejos un rumor inconfundible de voces. Dieron media vuelta y echaron a correr. ¡No querían complicaciones!

Guan pasó delante y los condujo de nuevo a la gran roca. Estaba temblando. Seguido por los demás, Guan siguió avanzando por el acantilado. Así llegaron a una pequeña cueva formada por una grieta bajo un saliente rocoso.

—¡Chist! —advirtió Guan, como imitando a una serpiente.

Se sentaron y esperaron. Dos hombres salieron de detrás de la roca, uno de aventajada estatura y el otro más bajo. No podían verlos bien, pero Julián musitó al oído de Dick:

—Estoy seguro de que es el señor Pennethlan. Observa su talla.

Dick asintió. No le extrañaba lo más mínimo que el fornido granjero estuviera mezclado en aquel asunto. Los cinco niños contuvieron la respiración y observaron.

Guan dio un codazo a Dick y señaló hacia el mar.

—Mira, viene una barca.

Al principio, Dick no vio ni oyó nada. Pero poco después oyó algo: ¡el zumbido de una canoa-automóvil! ¡Qué oído tan fino tenía Guan! Los demás oyeron también el ruido del motor por encima del fragor de las olas.

—No lleva luz —observó Guan cuando la canoa se acercó.

—Se estrellará contra las rocas —dijo Dick.

Pero antes de que la barca llegara a los escollos pararon el motor. Los niños podían ver ya la ligera embarcación sacudida por las olas junto a la barrera de rocas. Era evidente que ya no podía acercarse más.

Los muchachos oyeron voces de nuevo. Los dos hombres que habían llegado por el «Camino de los Naufragadores» discutían al pie de la gran roca. Uno de ellos se fue y el otro se quedó solo donde estaba.

—El que se ha marchado ha sido el más alto —murmuró Julián —. ¿Adónde habrá ido? ¡Ah! Allí está. ¿Lo veis allá abajo, entre las rocas? ¿Qué hace?

—¡Ha zubido a un bote! —musitó Guan—. Ez un bote ezcondido entre laz rocaz de modo que laz olaz no lo alcanzan. Ahora va hacia la canoa.

Los niños forzaron la vista. El cielo estaba despejado, pero no tenían más luz que la de las estrellas y sólo podían ver vagas formas que se movían.

Llegó hasta ellos el ruido de unos remos que golpeaban el agua, y en seguida vieron la oscura silueta de un bote con un tripulante deslizándose por el mar.

—Va entre los escollos —dijo Dick—. Ha de conocer muy bien esta costa para atreverse a navegar entre rocas con la marea alta y en plena noche.

—¿Por qué lo hará? —preguntó Ana.

—Sin duda va a recoger el contrabando de la canoa —dedujo

Julián—. ¡Vaya! ¡Ya lo he perdido de vista!

En el mismo caso estaban los demás. Y también dejaron de oír los remos poco después. El estruendo de las olas al estrellarse contra los rompientes ahogaba todos los demás ruidos.

Más allá de las rocas estaba la lancha de motor, pero sólo la penetrante vista de Guan la percibía, desdibujada, a la luz de las estrellas. Hubo un momento en que el oleaje enmudeció, y entonces los niños oyeron un cambio de palabras en el mar.

—Ya ha llegado a la canoa —dedujo Dick—. Volverá dentro de unos minutos.

—¡Mirad! —dijo Julián—. El otro hombre va hacia la ensenada, sin duda para ayudar a atracar a su compañero… Bueno, ahora tenemos ocasión de huir por el «Camino de los Naufragadores». ¿Queréis que la aprovechemos?

—¡Buena idea! —aprobó *Jorge*, levantándose—. Nos vamos a casa, *Tim*.

Se dirigieron a la gran roca y entraron de nuevo en el «Camino de los Naufragadores». Guan iba delante. Alumbrándose con la linterna, subieron por el pasadizo secreto.

—¿Dónde desemboca el «Camino de los Naufragadores»? —preguntó Ana a Guan.

—En un cobertizo de la granja Tremannon —respondió el chiquillo, ante el asombro de todos.

—Desde luego —dijo *Jorge*—, para el señor Pennethlan es fácil venir aquí. El camino no es difícil ni largo. Me pregunto cuántas veces habrá ido a las colinas por la noche y cuántas le habrá advertido la luz de la torre que tenía que bajar por el «Camino de los Naufragadores» para recoger el contrabando de alguna lancha. La organización me parece perfecta y difícil de descubrir.

—Sin embargo —replicó Dick con cierta jactancia—, nosotros lo hemos descubierto todo fácilmente. Hemos averiguado muchas cosas importantes acerca del señor Pennethlan.

Seguían avanzando. El pasadizo era estrecho y recto. Seguramente había sido en otro tiempo el lecho de una corriente subterránea. Era bastante liso.

—Hemos andado ya más de un kilómetro —refunfuñó Dick—. ¿Falta mucho todavía, Guan?

—No —respondió el chiquillo.

Ana pensó de pronto que no sabían cómo se las había arreglado Guan para encontrarlos en plena noche, y se lo preguntó:

—Guan, ¿cómo has podido encontrarnos esta noche? Cuando nos hemos despertado y te hemos oído detrás de la puerta, nos ha parecido un milagro.

—Ha zido muy fácil. Me dijizteiz: «Vete; hoy no puedez venir con nozotroz». Y yo me aparté, me ezcondí, volví luego y fui detráz de vozotroz a la vieja caza aunque tenía zuto.

—Comprendo que tuvieras «zuto» —dijo Dick—. Bueno, sigue.

—Me ezcondí otra vez. Eztuvizteiz en la torre mucho rato. Entré en la caza y…

—¿De modo que fue a ti a quién oímos desde arriba? —exclamó Ana—. Nos preguntamos quién podría ser.

—Zí, era yo. Me zenté entre laz hierbaz, en un rincón, y ezperé a que bajaraiz. Entoncez me volví a ezconder y oz miraba por un agujero dezde fuera. Oz vi entrar en la chimenea. Y de pronto, ya no eztabaiz allí. Yo tenía zuto.

—¡Qué bien suena eso de «zuto»! —exclamó Dick, irónico—. Ahora comprendo que *Tim* olfateara esos hierbajos: percibía tu olor. Bien, ¿qué hiciste después?

—Iba a zeguiroz; pero el agujero eztaba tan ozcuro que me quedé en la chimenea y allí eztuve mucho rato ezperando a que volvieraiz.

—¿Qué más? —le apremió Dick.

—Oí vocez. Creí que eraiz vozotroz que volvíaiz. Pero no. Eran unoz hombrez. Azi que corrí a ezconderme en laz ortigaz.

—¡Pues sí que buscaste un buen escondite! —exclamó *Jorge*.

—Como tenía hambre, volví a la cabaña. Mi bizabuelo me riñó por haberlo dejado zolo y me hizo eztar trabajando todo el día. Eztaba muy enfadado conmigo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que pasaste el día en las colinas, aun sabiendo que nosotros estábamos en el pasadizo? —exclamó Julián —. ¿Qué hiciste después?

—Al ozcurecer, fui a la granja Tremannon para ver zi habíaiz vuelto. Pero no eztabaiz. Sólo eztaban «Loz del granero» dando otra función. Tampoco vi al zeñor ni a la zeñora Pennethlan. Entoncez

me di cuenta de que aún debíaiz de eztar en el ozcuro agujero. Temí que loz hombrez oz hubieran hecho algo.

—¿Así que volviste aquí ya de noche? —exclamó Julián, asombrado—. ¡Bravo! ¡Eres un valiente!

—Tenía mucho zuto, me temblaban laz piernaz como a mi bizabuelo; pero me metí en el agujero y al fin oz encontré.

—¡Y eso que no llevabas linterna! —dijo Dick, dándole una palmada en la espalda—. ¡Eres un verdadero amigo, Guan! *Tim* percibió tu olor cuando llegaste a la puerta, puesto que no ladró. Sabía perfectamente que eras tú.

—Yo quería zalvar a *Tim*. *Tim* ez mi mejor amigo.

Jorge no dijo nada. Estaba pensando, no sin cierto pesar, que Guan era un chico valeroso y de buen corazón, y que había sido una tonta al molestarse porque a *Tim* le hubiera sido simpático. Precisamente esta simpatía había sido la salvación de los cinco.

Guan se detuvo de pronto.

—Ya eztamoz —anunció—. Mirad el techo.

Julián dirigió la luz de la linterna hacia arriba. Había una trampa abierta sobre sus cabezas.

—Esa trampa está abierta. Alguien ha bajado por ella esta noche.

—Sí —dijo Dick—. Han bajado dos personas: el señor Pennethlan y su compañero. ¿Adónde da la trampa, Guan?

—A un rincón del cobertizo donde guardan laz herramientaz. Cuando la trampa eztá cerrada, la cubren con cebollaz y zacoz de grano. Ezto lo quitan zólo cuando la tienen que abrir.

Treparon hasta la trampa y salieron al cobertizo. Julián encendió la linterna. En efecto, por todas partes se veían herramientas y útiles de labranza. ¿Cómo podían imaginarse días atrás, cuando estuvieron en aquel cobertizo, que aquellos sacos ocultaban la entrada del «Camino de los Naufragadores»?

Capítulo XVII

MUCHO DESPUÉS DE MEDIANOCHE

De pronto saltó una rata desde un rincón del cobertizo y se arrojó al sótano. *Tim* corrió tras ella ladrando, y se detuvo en el preciso momento en que iba a caerse de cabeza por la abertura: patinó con las cuatro patas y logró pararse cuando estuvo en el mismo borde.

Se quedó mirando el agujero con la cabeza ladeada.

—¡Mirad! Está escuchando —dijo Ana—. Alguien se acerca. Quizá son los contrabandistas.

—No; si está tan atento es porque oye a la rata —aseguró Julián.

—¿Sabéis lo que debemos hacer? —dijo *Jorge*—. ¡Cerrar la trampa y poner los sacos encima! Así, cuando esos hombres vuelvan, no podrán salir. Si avisamos a la policía a tiempo los capturarían fácilmente.

—¡Bien pensado! —aprobó Dick—. ¡Una idea cañón! Se volverán locos cuando lleguen y vean que la trampa está cerrada. No pueden salir por el otro lado a causa de la pleamar.

—Me gustaría ver la cara del señor Pennethlan cuando vea la trampa cerrada y advierta que no la puede abrir —dijo Julián—. Emitirá uno de sus peculiares sonidos.

—¡Ooc, ac, ooc! —articuló Dick—. Ven, Julián. Ayúdame a cerrar la trampa; pesa demasiado.

Cerraron la gran trampa y amontonaron sobre ella sacos, cajas y algunos pesados utensilios de labranza. Indudablemente, nadie podría abrir aquella trampa desde abajo.

Cuando terminaron, estaban sudorosos, sucios y rendidos de cansancio.

—¡Uf! —exclamó Dick—. ¡Gracias a Dios que hemos terminado! Ahora vamos a la granja. Tenemos que presentarnos a la señora Pennethlan.

—¡Oh! —exclamó Ana—. Va a ser difícil decirle que su marido está mezclado en este vergonzoso asunto. Lo siento sobre todo por ella. Debe de estar preocupada por nosotros.

—Sí, será un poco difícil decírselo —admitió Julián gravemente —. Dejadme llevar a mí la voz cantante. Bueno, vamos. Procurad no hacer ruido. Hay que evitar que los perros ladren. Por cierto que me sorprende que no hayan ladrado.

Ciertamente, era extraño. Generalmente, los perros de la granja despertaban a todo el mundo apenas oían un ruido desacostumbrado. Los cinco niños y *Tim* salieron del cobertizo y cruzaron el patio. *Jorge* asió del brazo a Julián.

—Mira —le dijo en voz baja—. Hay luces en las colinas. ¿Qué significarán?

Julián miró y vio que, en efecto, varios puntos luminosos iban y venían por las lejanas laderas. Tras unos instantes de perplejidad, dedujo:

—Eso es que la señora Pennethlan ha enviado a un grupo de hombres, todos provistos de linternas, a buscarnos… ¡Quién sabe si nuestros buscadores serán «Los del granero»!

Atravesaron el patio sin hacer el menor ruido. El local que «Los del granero» utilizaban para sus funciones estaba sumido en la oscuridad. Julián supuso que estaba lleno de bancos, después de la función de la noche. De pronto, acudió a su imaginación el recuerdo del señor Pennethlan registrando los bolsillos de la ropa colgada y los cajones de la cómoda que usaban «Los del granero» en sus representaciones.

En esto oyeron una llamada a media voz. Todos se detuvieron y *Jorge* apretó con su mano el cuello de *Tim* para que no ladrase ni gruñera. ¿Quién sería?

La voz susurrante no tardó en oírse de nuevo.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Nadie se movió; nadie dijo nada. Todos estaban confundidos. ¿Quién esperaba en la sombra y a quién? La voz volvió a oírse, un poco más allá:

—¡Aquí! ¡Aquí estoy!

Y entonces, como impulsado por la impaciencia, el misterioso individuo avanzó por el patio. No pudiendo verle la cara en la oscuridad, Julián encendió la linterna y lo enfocó.

¡Era el director de la compañía, aquel hombre antipático y malcarado! Éste, tras un momento de vacilación, retrocedió unos pasos y desapareció. *Tim* lanzó un gruñido.

—¡Otro que se dedica a vagar en la oscuridad! —murmuró Dick —. Era el director. ¿Qué haría en el patio a estas horas?

—No quiero romperme la cabeza —dijo Julián—. Estoy demasiado cansado para pensar claramente. No me sorprendería ver a *Clopper* atisbando por una esquina y diciendo: «¡Hola, amigos!».

Todos se echaron a reír. Era exactamente lo que diría *Clopper* si de pronto apareciera.

Se dirigieron a la casa. Había luces encendidas, tanto en el piso como en la planta baja. Las cortinas no estaban echadas en la ventana de la cocina, y los niños miraron a través de los cristales. La señora Pennethlan estaba allí, sentada, retorciéndose las manos. Parecía muy preocupada.

Abrieron la puerta y entraron en tropel. Guan los acompañaba. La señora Pennethlan se levantó de un salto y corrió hacia ellos. Acarició a Ana y a *Jorge* y empezó a hablar atropelladamente. Los niños vieron que estaba llorando.

—¿Dónde habéis estado? —exclamó mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Han salido varios hombres a buscaros. Se han llevado los perros. Y «Los del granero» se han unido a ellos. Ya llevan muchas horas recorriendo los alrededores. El señor Pennethlan tampoco está en casa. No sé adónde ha ido. ¡Señor, qué noche tan horrible! Pero, gracias a Dios, habéis vuelto sanos y salvos.

Julián advirtió que estaba profundamente trastornada. La asió del brazo afectuosamente y la condujo a un sillón.

—No se preocupe. Ya ve que no nos ha pasado nada. Sentimos mucho haberla asustado.

—Pero ¿dónde habéis estado? —preguntó la señora Pennethlan entre sollozos—. Temía que os hubierais ahogado, perdido por el monte o caído en algún barranco… ¡Oh! ¿Dónde estará el señor

Pennethlan? Se ha marchado a las siete y aún no ha dado señales de vida.

Los niños no sabían qué decir. Sabían muy bien dónde estaba el señor Pennethlan: recogiendo el contrabando de la barca y trayéndolo a la granja con su compañero por el «Camino de los Naufragadores».

—Quiero que me expliquéis detalladamente lo que habéis hecho —exigió la señora Pennethlan secándose los ojos y en un tono terminante que extrañó a los niños—. ¡Nos habéis hecho pasar un mal rato!

—Bueno —empezó a decir Julián—. Es una larga historia, pero trataré de acortarla. Han ocurrido cosas muy extrañas, señora Pennethlan.

Lo contó todo. Habló de la torre en ruinas, de las explicaciones del anciano pastor sobre la luz, de su visita de exploración a la torre, del pasadizo secreto que conducía a la caverna. Y después de explicar que los habían capturado, pero que habían conseguido evadirse, Julián se detuvo.

¿Cómo decir a la señora Pennethlan que uno de los contrabandistas era su marido? Miró a sus compañeros como pidiéndoles ayuda. Ana se echó a llorar y *Jorge* estaba a punto de acompañarla. Guan dijo de pronto, muy satisfecho de poder meter baza:

—¡Hemoz vizto al zeñor Pennethlan! ¡Zí, lo hemoz vizto!

La señora Pennethlan miró a Guan y luego paseó la vista por los rostros turbados y ansiosos de los demás niños.

—¿Decís que lo habéis visto?… Lo dudo. ¿Qué hacía?

—Pues… pues… —balbuceó Julián— nos pareció verlo en un bote, remando hacia una lancha que estaba al otro lado de las rocas. Esto parece indicar que pertenece a la banda de contrabandistas. Si así fuera, podría verse en un atolladero. Porque…

No pudo continuar, pues la señora Pennethlan, levantándose de un salto de su silla, se arrojó sobre él y le dio una sonora bofetada. Julián no tuvo tiempo de esquivarla: estaba paralizado por la sorpresa.

—¡Infame! —exclamó, jadeando, la señora Pennethlan—. ¡Sólo un malvado como tú puede insultar de ese modo al señor

Pennethlan, que es un ejemplo de rectitud, honradez y nobleza de corazón! ¡Él un contrabandista! ¡Él mezclado con esos rufianes! ¡No pararé de tirarte de las orejas hasta que te comas lo que has dicho!

Julián la esquivó. Estaba asombrado del cambio que se había producido en la alegre granjera. Tenía el rostro congestionado, sus ojos echaban fuego, e incluso parecía haber crecido. ¡Nunca había visto a una persona tan indignada! Guan se escondió rápidamente debajo de la mesa.

Tim gruñó. La señora Pennethlan le era simpática, pero no podía permitirle que maltratara a sus amigos. La granjera volvió a encararse con Julián, temblando de cólera.

—Ahora pídeme perdón si no quieres que te dé una paliza que nunca podrás olvidar. Y prepárate para cuando llegue el señor Pennethlan y se entere de lo que has dicho de él.

Julián era demasiado alto y fuerte para que una mujer pudiera darle una paliza si él decidía no dejársela dar, pero estaba seguro de que lo intentaría si no se excusaba. ¡Qué tigresa!

Puso su mano en el brazo de la granjera.

—No se enfade. Siento haberla molestado.

La señora Pennethlan se desprendió de la mano de Julián.

—¿Cómo no he de enfadarme al oír decir esas cosas del señor Pennethlan? ¡No era él quien estaba en la cueva de los «naufragadores»! ¡Estoy segura!… Pero no sé dónde está, y esto es para mí insoportable.

—Eztá en el «Camino de los Naufragadorez» —afirmó Guan desde su ventajosa posición, pues continuaba debajo de la mesa—. Cerramoz la trampa enzima de él.

—¿En el «Camino de los Naufragadores»? —exclamó la granjera.

Y, para alivio de los niños, se dejó caer de nuevo en el sillón. Se volvió a Julián y le dirigió una mirada interrogadora.

Éste asintió.

—Sí, hemos venido por ese camino desde la playa. Guan lo conoce. Va a parar a un rincón del cobertizo de las herramientas al que se sale por una trampa que hay en el suelo. Nosotros…, bueno, nosotros hemos cerrado la trampa y amontonado sobre ella sacos y otras cosas pesadas. Me parece…, bueno, me parece que el señor Pennethlan no podrá salir.

A la señora Pennethlan se le salían los ojos de las órbitas. Con el deseo de hablar, abrió y cerró la boca varias veces, como un pez fuera del agua, pero no pudo decir palabra. Los niños la compadecieron.

—¡No lo creo! —dijo al fin—. Todo eso es falso como una pesadilla. El señor Pennethlan llegará en cualquier momento; sí, en cualquier momento; os lo aseguro. No está en el «Camino de los Naufragadores». Es un hombre honrado. Pronto estará aquí, ya lo veréis.

Hubo un silencio. Y entonces se oyó el ruido de unas grandes botas que atravesaban el patio. «Clop, clop, clop».

—¡Tengo zuto! —gritó de pronto Guan haciéndoles dar un salto a todos. Los pasos se deslizaron alrededor de la cocina y se acercaron a la puerta.

—¡Sé muy bien quién es! —exclamó la señora Pennethlan—. ¡Conozco esos pasos!

La puerta se abrió y alguien entró en la cocina. ¡Era el señor Pennethlan!

Su mujer corrió a él y le echó los brazos al cuello.

—¡Cuánto me alegro de que hayas llegado! He dicho que vendrías y has venido.

El señor Pennethlan parecía cansado. Los niños, mudos de estupor, vieron que estaba empapado de pies a cabeza. El granjero los miró sorprendido.

—¿Por qué están levantados estos niños? —preguntó.

Los muchachos se quedaron boquiabiertos. ¡Hablaba claramente! Su pronunciación era correcta. Su único defecto era que la letra ese salía de sus labios acompañada de un leve silbido.

—¡Oh, señor Pennethlan! Si supieras lo que esos chicos han contado de ti… —sollozó su mujer—. Han dicho que eras un contrabandista, que te han visto en la ensenada de los «naufragadores», yendo en un bote hacia una lancha de motor para recoger mercancías de contrabando. Y estaban seguros de haberte atrapado en el «Camino de los Naufragadores», cerrando la trampa que…

El señor Pennethlan apartó a su mujer y fijó su mirada en los asombrados niños, que se preguntaban, atemorizados, cómo habría

podido salir del «Camino de los Naufragadores». ¿Habría logrado levantar la trampa con su enorme fuerza a pesar del gran peso acumulado encima? ¡Qué imponente era aquel gigante con su espeso pelo negro, sus pobladas cejas que enmarcaban unos ojos profundos y su recia y oscura barba!

—¿Qué significa todo eso? —les preguntó, dejándolos otra vez boquiabiertos.

Estaban tan acostumbrados a oír sus expresiones inarticuladas, que se resistían a admitir que pudiera hablar correctamente.

—Pues verá, señor —dijo Julián, balbuceando—. Nosotros…, sí, nosotros hemos inspeccionado la torre y… hemos encontrado una pista de los contrabandistas… Y…, pues sí, nos ha parecido verlo en la bahía de los «naufragadores», y creíamos que los habíamos atrapado a usted y a sus amigos, al cerrar la trampa que…

—Eso es muy importante —le interrumpió el señor Pennethlan, impaciente—. Yo no soy un contrabandista, no lo olvidéis. Por el contrario, trabajo para la policía. No ha sido a mí a quien habéis visto en la bahía. He estado en la costa, empapándome, como podéis ver, pero observando, aunque no he conseguido descubrir nada. ¿Qué sabéis vosotros? ¿Qué es eso de la trampa? ¿La habéis cerrado, atrapando a esa gentuza?

Todo esto era tan asombroso, que por un momento nadie pudo decir palabra. Al fin, habló Julián.

—Sí, señor. Hemos cerrado la trampa, y si quiere que apresemos a esos tipos para entregarlos a la policía, podemos hacerlo. No tenemos más que esperar junto a la trampa hasta que salgan.

—¡De acuerdo! —aprobó el señor Pennethlan—. ¡Vamos! ¡No perdamos tiempo!

Capítulo XVIII

DICK TIENE UNA IDEA

Con los nervios en tensión, los cinco niños siguieron al señor Pennethlan. Guan había salido de debajo de la mesa, dispuesto a no perder detalle del espectáculo que se avecinaba. Pero cuando ya estaban en la puerta, el granjero se volvió.

—Las chicas no pueden venir —dispuso—. Y Guan tampoco.

—Las chicas se quedarán conmigo —dijo la señora Pennethlan, que, en su excitación, se había olvidado por completo de su enojo y de sus lágrimas—. ¡Guan, ven aquí!

Pero Guan había salido corriendo y estaba ya con los otros chicos. ¡Nada en el mundo podría privarle de ver lo que iba a ocurrir! *Tim* iba también con el grupo —¿cómo no?— y estaba tan nervioso como los demás.

—¡Estas cosas no debían pasar a altas horas de la madrugada! —comentó la señora Pennethlan—. Es la primera vez que oigo decir a mi marido que anda buscando a los contrabandistas. Yo sabía que rondaban por aquí, pero jamás me había dicho que trataba de desenmascararlos.

Julián y Dick se habían olvidado por completo de su cansancio. Atravesaron rápidamente el patio, siguiendo al señor Pennethlan, Guan detrás de ellos y *Tim* correteando a su alrededor como un loco. Llegaron al cobertizo y entraron.

—Hemos amontonado… —empezó a decir Julián, y enmudeció de pronto.

La potente linterna del señor Pennethlan iluminaba el rincón donde se hallaba la trampa.

¡Estaba abierta! ¡Era increíble, pero estaba abierta! Los sacos y

cajas que los niños habían acumulado sobre ella aparecían esparcidos por el suelo.

—¡Mirad! —exclamó Julián—. ¿Quién la habrá abierto? Señor, los contrabandistas han logrado escapar con su botín. ¡Nos han derrotado!

El señor Pennethlan profirió una exclamación de contrariedad y cerró la trampa de un manotazo. ¡Poom! Iba a decir algo, cuando se oyeron voces no muy lejos. Eran «Los del granero», que volvían de buscar a los niños.

Al ver luz en el cobertizo, asomaron la cabeza. Y cuando vieron a Julián y a Dick gritaron alegremente:

—¿Dónde estabais? ¡Os hemos buscado por todas partes!

Julián y Dick estaban tan descorazonados por su fracaso, que apenas pudieron responder al gozoso saludo de «Los del granero». Volvían a sentir el cansancio. En cuanto al señor Pennethlan, estaba de pésimo humor. Correspondió al saludo de los titiriteros y les dijo que ya hablarían al día siguiente, pues estaba deseando irse a la cama.

«Los del granero» se alejaron charlando. El señor Pennethlan se dirigió a la granja. Lo seguían Julián y Dick casi corriendo. Guan había desaparecido como una sombra. Julián, al ver que no estaba en la casa cuando el desalentado grupo entró en la cocina, supuso que habría regresado a las colinas para reunirse con su bisabuelo.

—Son las tres y cinco de la madrugada —dijo el granjero consultando su reloj—. Dormiré aquí mismo un par de horas y luego iré a ordeñar las vacas… Envía a esos niños a la cama. Ya no tengo fuerzas ni para hablar. ¡Buenas noches!

Dicho esto, se llevó la mano a la boca, se quitó la dentadura postiza y la introdujo en un vaso de agua que colocó en la mesa.

—¡Au, ou, oc! —dijo a su esposa, mientras se quitaba la empapada chaqueta.

La señora Pennethlan envió a Julián y a los demás niños escaleras arriba. Se caían de sueño y cansancio. Las niñas lograron desnudarse, pero los niños se echaron en la cama tal como estaban y se durmieron en medio segundo.

No se despertaron cuando cantaron los gallos y mugieron las vacas, y tampoco cuando las carretas de «Los del granero» entraron

traqueteando en el patio para cargar sus enseres. Tenían que actuar en otro granero aquella noche.

Julián se despertó al fin. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba completamente vestido. Permaneció tendido en la cama, pensando, y de nuevo experimentó una profunda decepción al recordar el fracaso en que habían desembocado todas sus esperanzas y actividades del día anterior.

¡Si al menos supieran quién había abierto la trampa! ¿Quién podía ser?

De pronto, un relámpago de lucidez cruzó su mente, y Julián lo comprendió todo. No se había acordado de explicar al señor Pennethlan que el director estaba en un oscuro rincón del patio, diciendo en voz baja: «Estoy aquí». ¡Lamentable olvido!

Sin duda, estaba esperando a los contrabandistas. Seguramente contrataba a pescadores de la localidad para poder llegar entre los escollos a la lancha que navegaba por la costa de Cornish. Y como aquellos hombres iban y venían por el «Camino de los Naufragadores», nadie podía verlos ni enterarse de sus actividades.

«Los del granero» daban a menudo funciones en la granja Tremannon. Nada, pues, más fácil para el director que arreglar las cosas de modo que el contrabando llegara cuando él estuviera allí. Esto suponía una facilidad para los contrabandistas, ya que la entrada del «Camino de los Naufragadores» estaba en el cobertizo próximo al granero. Y si el contrabando llegaba en una noche de tormenta, ¡mejor que mejor! En este caso nadie rondaba por aquellos parajes y él podía ir tranquilamente a las colinas y esperar la señal de la torre, que le anunciaba la llegada de la lancha.

Además, el hombre de la torre daría, por medio de señales, la noticia de que el director estaba en Tremannon. ¿Quién hacía las señales? Probablemente algún pescador que descendía de los antiguos «naufragadores», al que atraía la emoción de aquel trabajo… y el dinero.

Todo quedaba lógicamente enlazado y ajustado como las piezas de un rompecabezas. Julián lo vio todo con absoluta claridad.

¿Quién podía imaginarse que el director y propietario de «Los del granero» estaba complicado en un asunto de contrabando? Los contrabandistas eran gente astuta, pero el director los aventajaba a

todos.

Como oyera fuertes ruidos procedentes del exterior, Julián se levantó para ver qué ocurría. Miró por la ventana y vio que «Los del granero» estaban cargando sus trastos en los carromatos. Entonces despertó a Dick dando grandes voces y echó a correr escaleras abajo. ¡Tenía que explicar al señor Pennethlan lo del director! ¡Debía detenerlo! Seguramente se llevaba las mercancías de contrabando en una de las cajas. ¡Buen sistema para largarse sin despertar sospechas! Evidentemente, el director era un portento de sagacidad.

Llevando al sorprendido Dick pegado a sus talones, Julián corrió en busca del señor Pennethlan. Estaba junto a los carros, viendo trabajar a toda la compañía. El mal humor nublaba su semblante. Julián corrió hacia él.

—¡Señor Pennethlan, me acabo de acordar de algo muy importante! ¿Puedo hablar con usted?

Se apartaron de los carros y Julián le explicó que sospechaba del director de la compañía.

—Anoche estaba esperando a los contrabandistas en la oscuridad, no cabe duda. Al oírnos llegar debió de creer que eran ellos. Y, seguramente, fue él quien abrió la trampa cuando la encontró cerrada y cubierta de cajas y sacos. Después de abrirla, esperó a que llegaran los contrabandistas y le entregaran las mercancías. ¡Ahora debe de haberlas escondido en algún carromato!

—¿Por qué no me lo dijiste anoche? —exclamó el señor Pennethlan—. ¡Acaso sea ya demasiado tarde! Llamaré a la policía para que registren los carros; pero, si intento detener a «Los del granero», el culpable sospechará y huirá inmediatamente.

Julián se tranquilizó al ver que el señor Pennethlan llevaba puesta la dentadura y podía hablar claramente. El granjero se atusó la barba y frunció el ceño.

—He registrado muchas veces las ropas y cajas de «Los del granero» en busca de contrabando. Cada vez que han estado aquí lo he hecho, pero no he encontrado nada.

—¿Sabe qué es lo que pasan? —preguntó Julián.

El granjero asintió.

—Sí, drogas; drogas que venden a precios exorbitantes en el

mercado negro. Los paquetes serán pequeños. Sospechaba que alguno de los titiriteros recogería y guardaría el contrabando, pero, por mucho que he buscado, no he encontrado nada.

—Si el paquete es pequeño, se puede ocultar fácilmente —intervino Dick, pensativo—. Pero es peligroso llevarlo encima. ¿Cree que lo puede llevar el director?

—¡Oh, no! No viviría tranquilo pensando que lo registraran —aseguró el señor Pennethlan—. En fin, no tengo más remedio que dejar que se vayan y advertir a la policía, por si quiere registrar los carromatos en la carretera. No me es posible hacerla venir antes de que parta la caravana. En la granja no tenemos teléfono.

El señor Binks llegó en aquel momento con las patas de *Clopper*. Les hizo un guiño a los muchachos.

—Anoche nos hicisteis andar mucho. ¿Qué pasó?

—Sí —añadió Sid apareciendo con la ridícula cabeza de *Clopper* debajo del brazo, como de costumbre—. *Clopper* estaba muy preocupado por vosotros.

—Supongo que no llevaría anoche la cabeza de *Clopper por* las colinas, ¿verdad? —preguntó Dick.

—No. Se la dejé al director. A su cuidado estuvo la cabeza de su querido *Clopper* mientras yo iba haciendo el tonto por las colinas en busca de un grupo de niños que se pintan solos para fastidiar al prójimo.

Dick miró fijamente la cabeza del caballo, cuyos ojos redondos tenían el don de hacer reír. La estuvo mirando unos momentos y, de pronto, hizo algo extraño, verdaderamente extraño: se apoderó de la cabeza ante el estupor de Sid y echó a correr por el patio. Julián lo siguió con la vista, sorprendido.

Sid lanzó un grito de furor.

—¡Oye! ¿Qué haces? ¡Trae eso inmediatamente!

Pero Dick no le hizo caso. Siguió corriendo y pronto desapareció. Sid se lanzó en pos de él, y todos los demás corrieron con Sid.

El director cruzó el patio a toda velocidad. Estaba furioso. Gritaba y blandía el puño en son de amenaza. Pero cuando llegó con Sid a la esquina por donde Dick había desaparecido, ya no vieron ni rastro de él.

—¿Qué le ha dado? —preguntó el señor Pennethlan—. ¿Por qué habrá echado a correr con la cabeza de *Clopper*? Ese chico debe de estar un poco chiflado.

Julián lo comprendió todo de pronto. Ya sabía por qué Dick se había apoderado de la cabeza de *Clopper*. ¡Sí, lo sabía!

—¡Señor Pennethlan! ¿Por qué el director no permite que se abandone la cabeza de *Clopper*? Quizás oculta en ella algo que no quiere que nadie pueda encontrar. ¡Vayamos a comprobarlo! ¡De prisa!

Capítulo XIX

MUCHO MÁS SOBRE *CLOPPER*

En aquel momento Dick apareció por otra esquina, cargado aún con la cabeza de *Clopper*. Sid y el director estaban a punto de alcanzarlo. No había podido esconderse en ninguna parte. Cuando estuvo jadeante, cerca del señor Pennethlan, le tiró la cabeza.

—Tome y no la suelte. Tengo la seguridad de que la mercancía está dentro.

Llegaron Sid y el director presas de cólera. El director trató de arrebatar la cabeza de *Clopper* al granjero. Pero su talla era escasa y el señor Pennethlan era alto y fuerte. Con toda calma mantuvo la cabeza de caballo fuera del alcance de su dueño, levantándola con una mano, y contuvo al director con la otra.

Todo el mundo se acercó a ellos. «Los del granero» los rodearon llenos de curiosidad y pronto se sumaron a los espectadores dos labriegos. La señora Pennethlan y las niñas, que ya estaban levantadas, oyeron el bullicio y bajaron también. Las gallinas se dispersaron cloqueando y *Tim* y los cuatro perros de la granja atronaron el espacio con sus ladridos.

El director estaba fuera de sí. Empezó a golpear al granjero, pero fue inmediatamente apartado por el señor Binks.

Uno de los labradores se abrió paso entre la agitada multitud y apoyó su manaza en el hombro del director, que sintió como si una garra de hierro lo inmovilizara.

—No lo deje marcharse —le ordenó el señor Pennethlan.

Bajó la cabeza de *Clopper* y miró a los asombrados espectadores.

—Trae ese barril —dijo a Julián.

El chico obedeció inmediatamente y colocó el barril ante el

granjero, al que el director miraba mientras su rostro perdía el color.

—¡Déme eso! ¡Es mío! ¡No sé lo que pretende!

—¿De modo que esta cabeza es suya? —preguntó el granjero—. Pero dígame: ¿es suyo también lo que hay dentro?

El director no contestó. Su inquietud era evidente. El señor Pennethlan volvió la cabeza hacia abajo y miró el interior. Introdujo la mano y buscó a tientas. Pronto encontró un pequeño escondite. Lo abrió y cayeron en el barril una docena de cigarrillos.

—Son míos —aclaró el señor Binks—. Los guardo ahí. ¿Hay algo malo en ello? El director hizo poner ahí esa cajita para mis cigarrillos.

—No hay nada malo en ello, señor Binks —lo tranquilizó el granjero.

Volvió a introducir la mano y siguió explorando con los dedos el interior de la cajita. El director lo observaba conteniendo la respiración.

—He encontrado algo, señor director —exclamó el señor Pennethlan, que no le quitaba ojo—. Esta cajita tiene doble fondo. ¿Cómo se abre? Si no me lo dice, tendré que destrozar la cabeza de *Clopper* para averiguarlo.

—¡No, no la rompa! —exclamaron Sid y el señor Binks a un tiempo.

Y añadieron, dirigiéndose al director en son de reproche, que no sabían que hubiera un secreto en *Clopper*.

—No lo hay —negó obstinadamente el director.

—¡Ah! ¡Ya lo he encontrado! —exclamó de pronto el granjero—. Ya lo tengo.

Abrió el doble fondo y sacó un paquetito hecho con papel blanco, un paquete diminuto, pero que valía cientos de libras.

—¿Qué es esto, señor director? —preguntó el granjero al pálido contrabandista—. Yo se lo diré. Es uno de los muchos paquetitos de drogas que ha recibido de sus compinches. Por algo había prohibido usted a Sid que se separase de la cabeza de *Clopper*. Si me lo permite, abriré este paquete y todos veremos lo que hay dentro.

Se oyó un murmullo en el grupo formado por «Los del granero». Un murmullo de horror. Todos miraron indignados al director. Sid

le dijo, irritado:

—¡Lo que usted me hacía vigilar eran sus malditas drogas, no a *Clopper*! ¡Pensar que he estado ayudando, día tras día, a un hombre que debería estar en la cárcel…! Jamás volveré a hacer el número de *Clopper*. ¡Jamás!

A punto de echarse a llorar, el pobre Sid se abrió paso entre sus estupefactos compañeros y se alejó. Poco después le siguió el señor Binks.

El señor Pennethlan se guardó el paquetito blanco en un bolsillo y ordenó:

—Encerrad a ese hombre en el granero pequeño. Y tú, Dan, toma tu bicicleta y ve a avisar a la policía. A vosotros —añadió, dirigiéndose a «Los del granero»— sólo puedo deciros que habéis perdido a vuestro jefe, mejor dicho, que os habéis librado de él.

«Los del granero» miraron a su director mientras dos aldeanos lo conducían a su encierro provisional.

—Nunca nos fue simpático —dijo uno de los cómicos—. Pero tenía dinero y nos hacía préstamos en las malas temporadas. ¡Un dinero ganado con el criminal contrabando de drogas! Nos utilizaba como pantalla para sus sucios manejos. Tiene usted razón: nos hemos librado de él.

—¡Ya nos las compondremos para seguir adelante! —dijo otro—. ¡En, Sid, vuelve! ¡Alégrate, que todo se arreglará!

Sid y el señor Binks reaparecieron con grave semblante.

—Nunca volveremos a hacer el número de *Clopper* —anunció Sid —. Nos ha dado mala suerte. Compraremos un burro y haremos con él cosas nuevas. El señor Binks dice que no quiere oír hablar de *Clopper y* yo pienso como él.

—Bien —respondió el granjero, sin soltar la cabeza de *Clopper*—. Traigan las patas. Me quedo con él. Siempre me ha hecho gracia, y a mí no me ha traído mala suerte.

Viendo que ya no tenían nada que hacer en la granja, «Los del granero» se despidieron. Sid y el señor Binks, serios y corteses, dieron la mano a los niños. Sid dirigió una última mirada a *Clopper* y se alejó del grupo.

—Nos vamos —dijo el señor Binks—. Gracias por todo, señor Pennethlan, y ¡hasta pronto!

—¡Hasta pronto! —exclamó el granjero—. Mi granero está siempre a la disposición de ustedes.

El director estaba ya encerrado y en espera de que llegara la policía.

El señor Pennethlan recogió los trozos de *Clopper y* miró a los niños, que eran cinco entonces, ya que Guan estaba con ellos.

Les sonrió. Parecía otro hombre.

—Bueno, todo ha terminado, Dick. Me he preguntado si te habrías vuelto loco cuando te he visto salir disparado con la cabeza de *Clopper*.

—Ha sido un momento de inspiración —repuso Dick con modestia—. Se me ha ocurrido de pronto. Y oportunamente, porque «Los del granero» estaban a punto de ponerse en camino.

Se dirigieron a la casa. La señora Pennethlan había echado a correr. Y las niñas adivinaron el motivo.

—¡Voy a prepararos algo de comer! —gritó mientras entraba en la cocina—. ¡Pobrecitos! ¡Ni siquiera os habéis desayunado! ¡Venid a ayudarme! Podéis vaciar la despensa si queréis.

¡Poco faltó para que lo hicieran! Sacaron jamón, lengua, guisantes… Ana lavó lechugas rizadas. Julián llenó de tomates una fuente. *Jorge* coció una docena de huevos en un cazo. Como por arte de magia, aparecieron un pastel de guindas y otro de compota. Además, se sirvieron dos grandes jarros de crema de leche, que se colocaron uno en cada extremo de la mesa.

Guan revoloteaba por la cocina haciendo tropezar a todo el mundo, con los ojos desorbitados ante tantos y tan variados manjares. La señora Pennethlan se echó a reír.

—¡Déjame pasar, *Cara Sucia*! Quieres comer con nosotros, ¿verdad?

—Zí —repuso Guan con ojos centelleantes—. ¡Claro que quiero!

—Entonces sube a lavarte esas manos.

Y, cosa inaudita, Guan obedeció, manso como un cordero. Cuando bajó, tenía las manos casi limpias.

Se sentaron. Julián puso una silla junto a él y colocó la cabeza de *Clopper* de modo que parecía que estuviera sentado. Ana se echó a reír.

—¡Oh, *Clopper*! ¡Pareces un caballo vivo! Señor Pennethlan,

¿qué va a hacer con él?

—Regalarlo a unos amigos —repuso el granjero masticando tan enérgicamente con dentadura como sin ella.

—¡Vaya suerte la de esos amigos! —suspiró Dick sirviéndose un huevo y ensalada—. ¿Saben hacer el número de *Clopper*?

—Sí, y lo saben hacer muy bien. Saben dar vida al gracioso *Clopper*. Sólo les falta aprender una cosa. ¡Ja, ja, ja!

Los niños se miraron asombrados. ¿A qué venían aquellas carcajadas?

El señor Pennethlan se atragantó y su mujer le dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Cuidado, señor Pennethlan! *Clopper* te está mirando.

El granjero volvió a echarse a reír. Al fin, continuó, dirigiéndose a los niños:

—Os decía que sólo hay una cosa que esos amigos míos no saben.

—¿Qué cosa? —preguntó *Jorge*.

—Pues… ¡descorrer la cremallera! —y por tercera vez se echó a reír hasta que le saltaron las lágrimas—. No saben… ¡ja, ja, ja!… descorrer la cremallera.

—¡Señor Pennethlan, basta ya de risas! ¿Por qué no dices de una vez que vas a regalar a *Clopper* a Julián y a Dick, en vez de armar tanto escándalo?

—¡Oh! ¿De veras? —exclamó Dick, emocionado—. ¡Gracias, señor Pennethlan, mil veces gracias!

—Si vosotros me habéis dado lo que yo quería, justo es que yo os dé a vosotros lo que deseáis —dijo el granjero, volviendo a llenarse el plato de jamón—. *Clopper* estará muy bien contigo y con tu hermano. ¿Nos daréis una funcioncita antes de marcharos? ¡Ja, ja, ja! ¡*Clopper* es un tunante! ¡Nos está mirando!

—¡Y nos hace guiños! —exclamó *Jorge* con estupor, mientras *Tim* salía de debajo de la mesa para mirar a *Clopper*—. ¡Estoy segura de haberlo visto guiñar el ojo!

En verdad, no habría sido extraño que hiciera toda clase de guiños tras aquellos agitados días de cuyas emociones le había correspondido la parte principal.

FIN



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.